

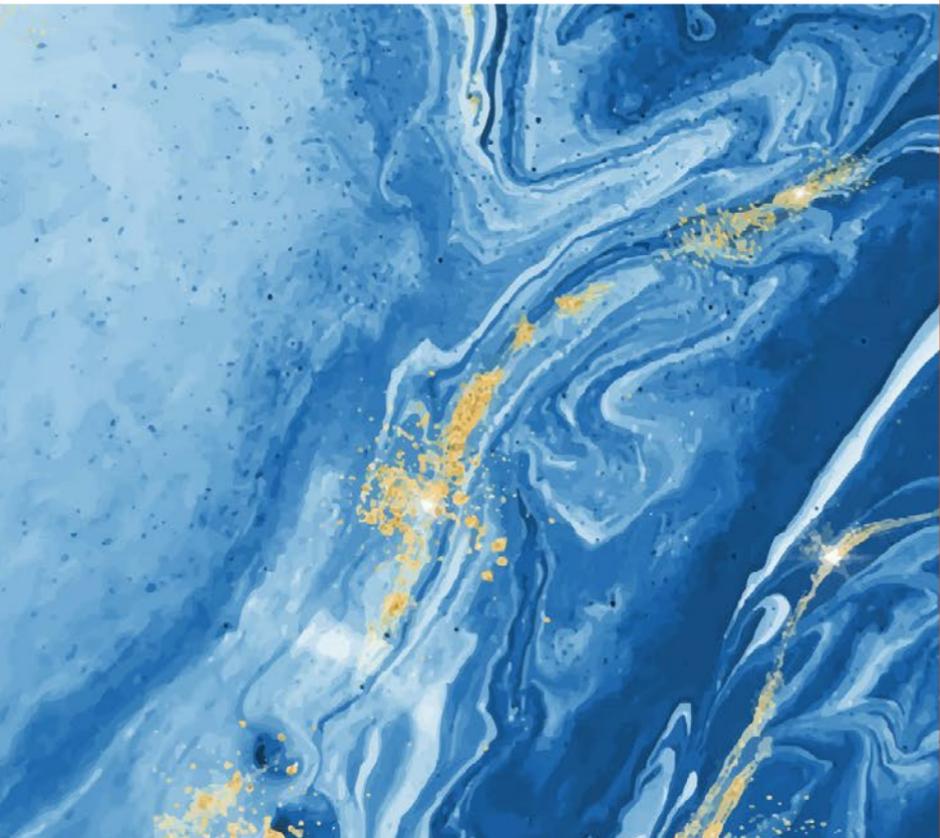
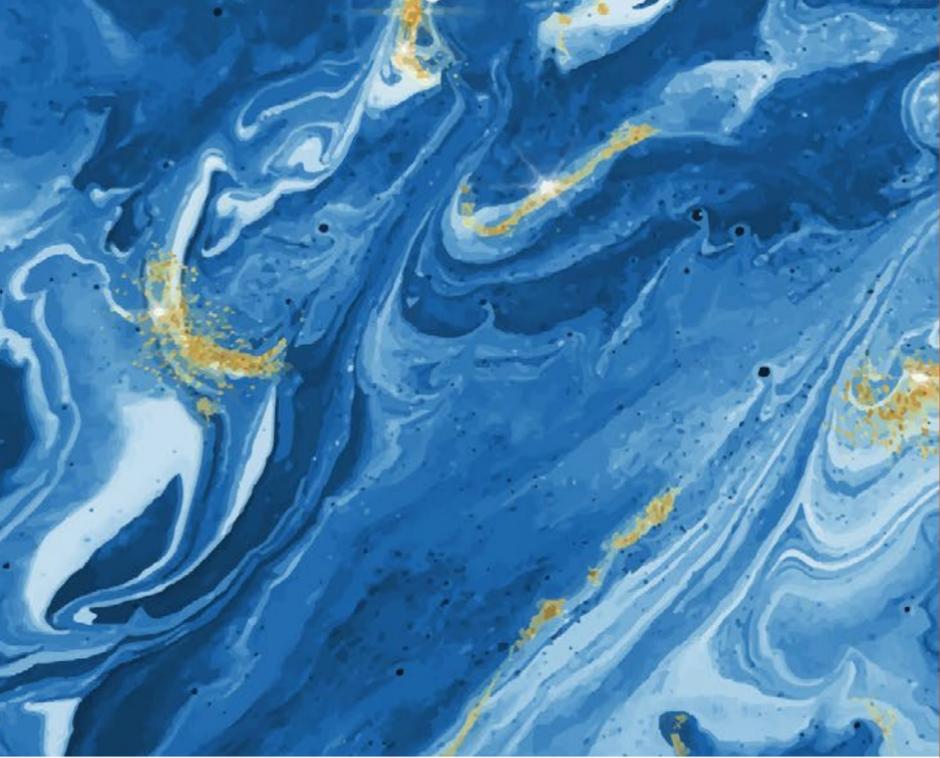


19

MEMORIAS
cecehacheras
entre el 19 y el 20

20

ANTOLOGADOR
Leonel Robles Robles



— *Memorias cecehacheras* —
entre el 19 y el 20

Primera edición: marzo de 2022.

D.R. ©UNAM 2021 Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria. Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, CDMX.

ISBN: En trámite.

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin
la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México Printed in Mexico.

MEMORIAS
cecehacheras
entre el 19 y el 20

ANTOLOGADOR

Leonel Robles Robles



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
ESCUELA NACIONAL COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Índice

Presentación	13
Introducción	15

POESÍA 2019

Tu universo · <i>Sangui A.S.</i>	18
Amor en amarillo · <i>Araceli Amador Vázquez</i>	19
La última vez · <i>Gisela Cambrón Rivas</i>	21
El frenesí no frena · <i>Gustavo García</i>	23
Prométeme · <i>Yessica Lisette García Gaytán</i>	26
No cedas · <i>Leslie Andrea Gutiérrez Guzmán</i>	29
Sueños de mariposa · <i>Astrid Michelle Ochoa López</i>	31

POESÍA 2020

El país sin memoria · <i>Daniela Barrios Ángeles</i>	34
Tú, la Luna y las estrellas · <i>Fernando Beltrán Ríos</i>	36
Bella es la vida cuando estás · <i>Santiago Abraham</i> <i>Cabañas Aquino</i>	37
Carta de arena al carbón · <i>David Adrián Cruz Roldán</i>	39
No es amor, es una obsesión · <i>Alejandro César Cruz Sánchez</i>	42
Carta al tiempo · <i>Arantza de la Fuente Álvarez</i>	44
Desesperación neuronal · <i>Kevin Eduardo Feria Rodríguez</i>	47
El reflejo de mi sentir · <i>Jimena Gutiérrez Romero</i>	49
El capitán · <i>Vania Edith Lara Chávez</i>	51
Eres tú · <i>Rebeca Paola Ledezma Colores</i>	54
La delicia que hay en tu cuerpo · <i>Kevin Ramsés Linares</i> <i>Romero</i>	55

La revolución del corazón · <i>Ana Leilani Martínez Ortiz</i>	56
La voz del hombre	57
Sin voz · <i>Ángel Damián Pérez López</i>	58
Dejarte ir · <i>Oscar Alejandro Ramírez Gamallo</i>	63
¿Acaso te importé? · <i>Paula Ramírez Valdez</i>	65
Mil poetas · <i>Sandra Paola Sarabia Jasso</i>	66
Él es mar	67
Amor tormenta · <i>Sergio Adrián Terrón Alanís</i>	68
Si mañana preguntas por mí · <i>Mariana Monserrat Torres Hernández</i>	70

CUENTOS 2019

La carta de Brooks Marsden · <i>Daniela Alejandra Alcérreca Gutiérrez</i>	72
Invierno o cuando el ave emprende el vuelo · <i>Harumi Alvarado García</i>	75
Decisión · <i>Ximena Becerra Tovar</i>	77
¿Yo? · <i>Oliver Yanill Cano Gamero</i>	80
Otra realidad · <i>Dante Gallegos Vázquez</i>	84
Puertas cerradas · <i>Margarita Gutiérrez</i>	86
Feliz Año Nuevo · <i>Demian Azael Guzmán Valle</i>	89
Sin mostaza · <i>André López García</i>	91
Mundo frágil · <i>Kevin Anthony Pantoja Amado</i>	93
Una noche cualquiera · <i>Ariadna Vanessa Pérez Lugo</i>	96
La noche amarga · <i>Natalia Ramírez Cervantes</i>	98
La reencarnación de mi alma · <i>Daniel Ramírez Dávalos</i>	100
Un sueño · <i>Emiliano Ríos Domínguez</i>	102
Hasta que entendí · <i>María Elena Rofino López</i>	105
¿Por qué? · <i>Fernando Sánchez Rivera</i>	107

La chica del hospital · <i>Diana Soto Gaytán</i>	110
Amnesia · <i>Carlos Gustavo Vázquez Sánchez</i>	112
El sentir de Paula · <i>Gerson Zelanda Martínez</i>	114

CUENTOS 2020

Un velador cualquiera · <i>Carlos Iván Abad Zamora</i>	120
Sabe a verde · <i>Harumi Alvarado García</i>	125
Mi futura esposa /Él vino a la cena · <i>Diana Laura Ambrosio Hernández</i>	126
Sueño de un adolescente · <i>Alan Bellon García</i>	128
Lágrimas negras · <i>Emiliano Ezequiel Carmona García</i>	131
El reflejo de mi tocador · <i>Jennifer Araní Carrillo Rodríguez</i>	134
Oscuridad · <i>Diego Castillo Juárez</i>	138
Seis · <i>Fernanda Danaé Ceja Hernández</i>	141
Telemaco · <i>Eduardo García Anaya</i>	144
El juramento · <i>Ana Silvia Contreras Gutiérrez</i>	154
Solo quiero imaginar · <i>Alan Jahir Cruz Carbajal</i>	158
Una segunda oportunidad · <i>María de los Ángeles Cruz Sánchez</i>	165
Clepsidra · <i>Héctor Iván Chávez Garduño</i>	168
Muerte · <i>Wendy Guadalupe de la Cruz Rodríguez</i>	172
El renacer · <i>Andrés Emiliano Estrada Mata</i>	175
Un día cualquiera · <i>Yael Estrada Lozano</i>	178
Terror bajo el agua · <i>Katya Alejandra González Salinas</i>	183
El nuevo comienzo · <i>Dana Cecilia González Tapia</i>	185
Sombras · <i>Gabriela Gutiérrez Palacios</i>	188
Mi tour cotidiano · <i>Abigail Hernández</i>	193
Nada · <i>Pamela Hernández Cano</i>	195
Fue mamá · <i>Isabel Axicalix Huerta Melo</i>	198

El dueño del mundo · <i>André López García</i>	201
Busca mi esencia, mi cuerpo no · <i>Asley Paola López Portillo</i>	205
Fantasías · <i>Zyanya Monserrat Melgarejo Meléndez</i>	208
Hasta pronto · <i>Ángel David Montijo Valdés</i>	214
Eterno dolor · <i>Arizdelcy Lizbeth Nepomuceno Escárcega</i>	216
Soren, espada sangrienta · <i>Hansen Niels Sánchez</i>	219
Gaby Saort · <i>Gabriela Alejandra Ortiz Sarmiento</i>	223
Miedo · <i>Julissa Samantha Pacheco Guzmán</i>	225
La princesa perdida · <i>María Luisa Padilla Polanco</i>	227
Memorias de una joven desesperada · <i>Rebeca Jesed Ramírez García</i>	230
Van Dort · <i>Tania Betzabe Reyes Silva</i>	236
James · <i>Yael Daniel Rivera Jiménez</i>	239
La Bestia · <i>Ángela Marissa Ruiz Magallón</i>	244
Un triste futuro · <i>Lilian Salas Rosales</i>	248
Recuerdo · <i>Sofía Santos Marrero</i>	251
La marca del ente · <i>Daniela Tavares Sarabia</i>	254
La importancia del waffle · <i>Emiliano Federico Vargas Domínguez</i>	258
Dos, tres, cuatro y cinco · <i>Maricarmen Vázquez Vázquez</i>	261
Bonita · <i>Arlette Tais Villalobos Meléndez</i>	265
La última noche · <i>Dafne Michelle Viveros Velasco</i>	268
Agradecimientos	273

MEMORIAS
cecehacheras
entre el 19 y el 20

Presentación

El Colegio de Ciencias y Humanidades está comprometido con la formación de sus estudiantes en todas las áreas del conocimiento, lo cual no se limita a las clases curriculares, sino también a las actividades de extensión académica, cultural y recreativas, que son esenciales para el desarrollo integral de los jóvenes universitarios.

En este contexto, el Departamento de Difusión Cultural de la Dirección General del Colegio, en colaboración con sus similares de los planteles, ofrece talleres de creación literaria para fortalecer las habilidades de lectura y escritura de las y los alumnos, así como promover el placer y la experiencia como autores de textos de ficción y de poesía.

Como parte de las acciones de los talleres de lectura y escritura, se desarrollaron los Encuentros de Creación Literaria entre 2019 y 2020, en colaboración con la Dirección de Literatura de la UNAM; a dichos eventos acudieron cientos de jóvenes, quienes fueron asesorados por sus profesores en el desarrollo de proyectos creativos de poesía y cuento. El resultado de esta iniciativa fue el libro *Memorias cecehacheras entre el 19 y el 20*, antología que reúne las propuestas creativas de las y los alumnos participantes.

Esta antología da cuenta de la sensibilidad e imaginación de nuestros jóvenes y también es una buena muestra

de lo que son capaces de hacer los estudiantes cuando tienen los apoyos y la motivación necesaria para leer, escribir y, en general, disfrutar de la literatura. Enhorabuena para las y los alumnos del Colegio.

Esperamos que esta experiencia sea un punto de partida para el desarrollo de obras futuras.

Benjamín Barajas Sánchez

DIRECTOR GENERAL DE LA ESCUELA NACIONAL
COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Introducción

La literatura emplea las palabras como expresión artística, valiéndose de la imaginación y la creatividad, con un propósito y sentido estético. Entre las bondades que otorga a quien practica este arte, es fortalecer la actividad cognitiva, pues se activan todas las partes del cerebro, fomenta el pensamiento lógico y abstracto, ayuda a ejercitar la memoria, estimula la imaginación, robustece el pensamiento crítico, adiestra la sensibilidad y empatía, ya que nos permite percibir el mundo desde diferentes perspectivas, entender y ponerse en el lugar del otro.

Escribir enriquece nuestro vocabulario, amplía nuestro acervo cultural, nos ayuda a manejar emociones, a darle cauce a nuestras frustraciones, a comunicarnos de una manera más asertiva y, organizadas nuestras ideas,, alcanzar un pensamiento más claro, así como a mejorar la capacidad de aprendizaje.

El Departamento de Difusión Cultural brinda a su comunidad diversos talleres y actividades literarias para contribuir en la formación de sus estudiantes, como los Encuentros de Creación Literaria, actividad que fomenta la lectura y la escritura, resultado de ellos es la presente antología, la cual se compone de una selección de textos de los años 2019 y 2020, integrada por los géneros de poesía y cuento, cada uno de ellos escritos con enorme sensibilidad y creatividad por parte de nuestros estudiantes.

Algunos de los textos pertenecen a jóvenes que participan en los Talleres de Creación Literaria que imparte el profesor Leonel Robles Robles, gracias al apoyo de la Dirección de Literatura de la UNAM, quien además colabora en esta antología como compilador. Agradecemos su apoyo y compromiso durante sus más de 25 años de trabajo en el Colegio.

Deseamos que estas letras provoquen la continuidad, maduración y profesionalización de la escritura de nuestros estudiantes.

Rommy Guzmán

[POESÍA 2019]

Tu universo

SANGUI A.S

Hermosas estrellas conforman tus ojos
y yo siendo un képler tomándoles fotos
tus labios cometas cumpliendo deseos
creaste planetas a todos mis “yos”;
y tus asteroides que extinguen mis miedos
anillos de Urano llevamos en dedos
tu luna me alumbra en oscuros momentos
construye tu ser horizontes de eventos
capaz de quebrar el espacio y el tiempo
tu amor es diez mil supernovas perfecto
que explotan de afecto dejando recuerdos
me quiero quedar atrapado en tus brazos
agujero negro que curva el espacio
sonríes y es Alfa centauri brillando
tus cúmulos dan no sé qué algo cósmico
creas gravedad y me siento atraído
materia energía es por ti que yo vivo
caricias de estrellas que surcan los cielos
y ni el monte Olimpo compara a tus besos
Orión tiene envidia al mirar nuestros sueños
me das una estrella fugaz con tus manos
tú tienes galaxias lejanas, misterios
me vuelvo astronauta, zarpé a conocerlos
tal vez no te puedo dar, el universo
[18] no lo necesitas... tú eres más que eso.

Amor en amarillo

ARACELI AMADOR VÁZQUEZ

Me arrepiento de mi aislada presencia,
de la gota en la nieve
que en el vértice rompe su forma.
Porque soy un fragmento
de algo que nunca volverá.

Quiero ser:
un labio sin píxeles,
una nariz descubierta
un cuerpo lleno de licor.

Y sólo soy:
una humana que esconde
su miedo en plástico,
que embriaga sus manos
con alcohol del 96
y vierte su ánimo
a veces en una almohada
otras tantas en el edredón.

¡Qué ilusa!
Amar en la ciudad del sol
buscar tu presencia
en el repiqueteo de los
edificios.

Soñar que al salir la luna
te entregarías a mi pecho,
pero nada oscurece.

Intento romper el cubrebocas
con palabras, lanzarlo al mar.
Lucho porque las moscas
salgan de mi lengua
y la vida resucite.

Al final
las quijadas se pulverizan,
los dientes regresan a la tierra.
Lamento el futuro amarillo.

La última vez

GISELA CAMBRÓN RIVAS

La soledad acompaña mis días
así como mis noches,
aun cuando existe gente hablando conmigo
o simplemente a mi alrededor.

Mi anhelo de volver a verte no desaparece,
y con verdadero dolor
observo ese bello resplandor
que de los recuerdos surge,
pero es mi perdición.

La nostalgia toma control de mi ser
cada vez que miro mis canas
y recuerdo cómo yo
con delicadeza peinaba los tuyas.

En nuestros últimos momentos juntas,
me pediste que peinara tus cabellos
que, en su momento, fueron castaños
como los míos.

Cumplí tu deseo con frustración,
pues de tu vida
sabía que era la conclusión.

Hoy la tristeza me invade
como aquel día
en el que en mis brazos te desvaneciste,
ese inolvidable momento
en que me aferré con fuerza
a tu cuerpo ya frío e inerte.

El frenesí no frena

GUSTAVO GARCÍA

¿Por qué no me contestas, Alejandra?

Hace meses encontré a una muchacha
en la que fue nuestra estación del metro,
nuestra, Alejandra.

Tenía tu edad y el mismo cabello lacio,
teñido de rosa en las puntas.

La sonrisa que empezaba a pintar mis labios murió
antes de reflejarse en mi rostro
porque ¿sabes qué?

No encontré en su mejilla izquierda mi lunar favorito,
ese que dices que heredaste de tu bisabuela,
la que lleva más tiempo muerta,
que emigró desde Beirut
y era prima de un pariente político,
de aquel hombre que fue el más rico del país
y de cuyo nombre ya no me acuerdo.

Porque en mi mente sólo hay un nombre
y es el tuyo, Alejandra.

Hace meses que no regreso al metro.

A decir verdad, son ya seis semanas
en que mi único refugio
es la habitación a media luz,
en la que platicábamos de los perros, canapés
y nos preguntábamos
cómo sería un dado de tres caras.

¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?
Mis padres partieron hacia Oslo,
y los comprendo;
no tienen miedo de salir a la calle y no encontrarte.
No hay quien me aliente.
Para ellos el día y la noche son diferentes,
los meses de treinta días son más cortos
que los de treinta y nueve.

Pero a mí me consume tu partida,
la forma en que te fuiste, tan infantil,
como si todo hubiera sido un carnaval
y estuvieras satisfecha con la experiencia,
pero casi oigo cómo le dices a tus padres:
“Sí me gustó, pero no hay que venir tan seguido,
mejor vamos a los carritos chocones”.

Y qué cosas, Alejandra.

A ti que siempre te gustó subirte
al coche de lo indómito,

[24] y cabalgarlo conmigo.

A ti que siempre te hacían carcajear
mis carcajadas y las constelaciones
que constelábamos
en el techo de la cocina,
sin temor de los rapidísimos vientos
que oíamos en los oídos del otro,
y que ahora cruzan mi ventana abierta,
siempre abierta, y no me inmutan
porque no me contestas, Alejandra.

Prométeme

YESSICA LISETTE GARCÍA GAYTÁN

No olvides aquellos momentos,
no olvides ese momento, amado,
ya que en tu amor profundo me he hundido
en aquel perfecto amor que sigue sin ser mío.

Te he amado tanto y por tanto tiempo
que ahora me encuentro sola,
ahogándome en el amor profundo que te tengo,
por eso no me olvides, no me olvides ahora.

No olvides aquellas rosas que jamás me diste,
no olvides las llamadas que hasta ahora no existen,
no olvides los planes que conmigo no hiciste,
No olvides el te amo, que tú nunca me dijiste.

Prométeme no olvidarme, aunque finjas no conocerme,
prométeme no olvidarme, aunque dejes de verme,
amado mío, amigo mío, no me olvides,
aunque ella te obligue, tú no me olvides.

Por el contrario, prométeme que la dejarás,
prométeme que con el tiempo a ella sí olvidarás,
dime que me amas por última vez, una vez más

[26] en mis sueños tan fuera de la realidad.

Necesitas mis besos para que la puedas olvidar,
Solo olvídala, abandónala, ¡hazlo ya!
Haz como si no la conocieras, con ella deja de hablar
como conmigo lo has hecho ya.

Mándala tan lejos como tu mente pueda,
para que en ella yo pueda entrar.
De tu corazón tan roto, sácala ya,
para que yo lo pueda curar,
para que con amor lo pueda pegar.

No me olvides, te lo repito una vez más,
en tu mente quiero siempre habitar
y para que no te digan más, que de ti hablo mal
con mis actos, amor, te voy a demostrar.

Ya basta de que no haya sinceridad, ya basta
de que me quieras olvidar, ya basta de la desconfianza,
que no deja de abundar, ya basta,
de que a ella no la puedas olvidar.

Es la verdad, has estado atado a ella,
y sin saber la idea principal, también es verdad
que yo, y solo yo te puedo ayudar a terminar
con quien quiere que me comiences a olvidar.

Así es la maldita soledad, que se aprovecha
de nuestra timidez, de la arrogancia, y a su vez,
del orgullo que jamás nos dejará ver
el amor tan grande que entre tú y yo podría crecer.

Ella es la soledad, es a quien tienes que olvidar.
Déjame estar contigo para con ella acabar,
para matar la soledad con nuestra felicidad,
déjala ir, comiéndame a hablar.

Vamos a darle otro comienzo, por favor,
merecemos una oportunidad los dos,
dime que no me has olvidado todavía, mi amor,
aun cuando solo conoces mi voz.
Dime hola, me presento, yo soy:
el que a la soledad olvidó, gracias a tus notas de voz.
Dime que no me olvidaste, y que te enamoraste
de mis poemas, que escribí para ti, con todo corazón.
Conóceme y termina de olvidarla,
abrázame para ya no sentirme atada a la soledad,
y por si no funciona, solo prométeme
que no me olvidarás.

No cedas

LESLIE ANDREA GUTIÉRREZ GUZMÁN

Cuando sientas acercarse las garras del capitalismo
y la dulzura del socialismo envolver tu cuerpo,
no cedas, mi amor,
a un paso estás de caer en el infierno.

Recuerda a aquellos niños quemados en el horno
y a aquellos otros que explotaron volviéndose trozos.
Recuerda, mi amor, que te prometen el mundo
y en la miseria te dejan.
No cedas, vida mía,
que mañana en tu cabeza tendrás la pistola,
fabricada por el imperio
y ejecutada por el pueblo,
amenazando con arrebatarte
la alegría de tu gloria.

No cedas, mi amor,
con nostalgia y fuerza recuerda
a tus iguales y sus cantos,
que, con valentía y vigor,
piden al pueblo que no ceda por temor.

Recuerda, vida mía,
la libertad de hoy está escrita con sangre y dolor.
No cedas,

porque falsa es la verdad
y verdad es la falsedad.

Lucha y entrega
tu alma entera.

Tu gente espera,
libertad en la guerra.

Sueños de mariposa

ASTRID MICHELLE OCHOA LÓPEZ

El aroma de los cerezos en primavera
recuerdan a Seúl
donde como navillera
podían volar a donde quisieran.
Eran libres de la vida,
esclavas de su tristeza.

Esa noche no lloraban
pues iban a donde tanto añoraban.
¿Cómo un sueño puede provocar la demencia?
Pues un país es su esencia,
lo que tanto los alienta.

Volteretas en la cama
arrastran a su inconsciencia

a quedarse dormida para siempre,
alejando a la distimia.

Noches en vela
que en vano volaron,
el tiempo se robaron
pero hoy que están aquí,
solo quieren morir

ya no quieren seguir soñando
y les cuesta continuar luchando.
Terminan por secarse y olvidarse
de lo que algún día tanto anhelaron.

[POESÍA 2020]

El país sin memoria

DANIELA BARRIOS ÁNGELES

Las calles continúan manchadas de sangre. Lo único que observamos son las lágrimas de una madre.

—¡Han matado a mi hija! exclama, cortando ella misma su garganta con el filo mortal de esas palabras, que permanecerán intactas en su memoria. Pero, transcurrido el tiempo, México las olvidará.

Sangrarán las heridas al recordar que este país sin memoria va a olvidar.

¿Por qué nos olvidas, México? Nosotras que nunca nos olvidamos de ti, de tus fiestas y de tus héroes que nos dieron libertad inconclusa y nos hicieron reclusas de nuestros hogares, para poder nuestra vida preservar.

No seas tan egoísta y observa el llanto de nuestras familias.

No te olvides de tus hijas, las miras a través de una rendija, que muestra nuestra penosa realidad.

México, no olvides, esa es tu terrible verdad, los violadores que encubren tus leyes, esos hombres violaron a una mujer más.

No nos dejes en el olvido, dentro de una carpeta de investigación de la policía federal.

No dejes que tu gobierno le diga a mi madre que su obligación era cuidarme y que mi caso se cerrará.

[34] ¿Será que no quieres aceptar la verdad?

Tus hijas hablan por su libertad con el rostro cubierto,
viendo el descontento que generan en la sociedad.

En mi soledad idealicé una vida libre, con un país unido
que se levantará contra la impunidad.

¿Por qué nos olvidas, México, si mi lucha te obligará a
recordar?

Tú, la Luna y las estrellas

FERNANDO BELTRÁN RÍOS

Hoy

que nos encontramos tan alejados...

Hoy, que lucho por tenerte a mi lado

Hoy, que trato de soportar
esta distancia, solo, observando
fotografías tuyas.

Hoy

es cuando aprecio esos
pequeños momentos,
como una mirada hacia el alma,
como un dulce beso de despedida,
como una suave y tierna caricia.

Hoy, que lo único que puedo hacer
es mirar hacia el cielo y observar
la Luna y las estrellas que la acompañan.

Qué metáfora tan hermosa
nos muestra la vida.

Nos dice sutilmente:

¿Qué prefieres ser?, la Luna,
que todos observan y admiran por su belleza,
o tan sólo una estrella más
que la acompaña.

Y tú...

Y tú, amor mío,

[36] tu belleza ¡no se compara ni con la de la Luna!

Bella es la vida cuando estás

SANTIAGO ABRAHAM CABAÑAS AQUINO

Bella es la vida cuando estás,
cuando estás al lado, tú de mí,
al lado tú de mí, mi amor sumí,
mi amor sumí, solo si tú estás.

Perdóname por raro
de mí conoces mal,
luego me crees mal,
pero mi amor declaro.

De día no salen estrellas,
porque en el día sales tú,
y les da pena a las estrellas,
brillar menos que tú.

Todo lo que quiero
podrías ser tú,
todo lo que adoro
se llama como tú.

Sin ti no viviré,
sin tu voz no hablaré,
sin tu amor no amaré,
sin tu risa no reiré.

Si la flor se marchita
y el cielo se nos cae,
el amor se recata
y el sentimiento recae.

Mar lleno de maravillas
en donde eres una de ellas,
la sobresaliente de las bellas
y la más hermosa de ellas.

Y analizaremos
cómo viviremos,
cómo nos amaremos,
y cómo sonreiremos.

Rivera adorada muero
de solo hacia ti yo siento,
decirte que yo no miento
porque es lo que yo quiero.

Flores de todos los perfumes
intentando tu aroma impregnar,
sin poder lograr tu alma copiar
volviendo cada vez que dudes.

Supe que no te alcanzaré
cuando en mis sueños yo te vi,
sin importar yo te amaré
viviendo la ilusión que vi.

Carta de arena al carbón

DAVID ADRIÁN CRUZ ROLDÁN

De nuevo estoy sentado frente al piano,
creando melodías y letras,
una vez más, bajo el alba,
intento dibujar tu silueta en un poema.

Desearía que sintieras mi pensar,
así sabrías que
lo que oyes cuando me abrazas
no son latidos, sino anhelos atados a un ojalá.

Tengo miedo a que seas un sueño
o una ilusión.
Tengo miedo de que cuanto ponga punto final a esto,
desaparezcas sin razón.

Princesa, mi alma me habla,
tiene miedo a, de ti, alejarse,
la tranquilicé diciendo que,
en el vuelo, nunca voy a soltarte.

Princesa Diamante, contigo puedo estar
sólo en mi imaginación.
Te entrego mi alma mientras bajo las estrellas bailas
te nombro cónsul de mi inspiración.

Princesa Diamante, tu cabello son las cuerdas de un
viejo piano,
tus lágrimas son cristal.
Dime, ¿cómo no amar al arte?,
arte que en tu ser está.

He intentado comprender
el por qué cuando tomas mi mano, un astronauta
debo ser.

He intentado entender
el por qué, cuando te pienso, mi mente parece encender.

Me provocas un tsunami de escritos sin letras,
un viento agresivo de perenne elocuencia.

Ven y abrázame.
A mi cuerpo de arena le hacen bien tus abrazos.
Con cada uno de ellos
se moldea perfectamente a tus brazos.

Estoy próximo a terminar mi escribir
y pienso que expresar aún no he podido
aquel sentimiento excluido,
el cual ahora quiero abolir.

Princesa, quiero decirte que
me encuentro limerente ante tu bonhomía
y que si un día te alejas,

[40] en mi instrumento resonará una meliflua melancolía.

Una vez más estoy frente al piano,
intentando todo lo que no puedo decirte, escribir.
Podría resumirlo a 7 palabras como:
Eres mi deseo antes de dormir.

Diamante, ten por seguro que,
si después de tantas letras, 5 más me dieran,
te escribiría «Te amo»,
al final de este poema.

No es amor, es una obsesión

ALEJANDRO CÉSAR CRUZ SÁNCHEZ

Ayer te vi en la calle y no me dijiste adiós,
por eso en este escrito libero mi interior.
Ya no debo pensar en ti,
pues solo me haces daño y no me dejas vivir.

Todo el tiempo estoy pensando en ti, amor,
en mis sueños me persigues sin compasión,
no te confundas, esto no es amor,
es solo una obsesión.

Tiempo dime; ¿hay alguien mejor?,
pues las canciones solo hablan de desamor,
sé que volverás,
esta vez me iré yo, para que entiendas mi pesar.

Pues mientras más insisto en olvidarte,
más persisto en recordarte,
por lo tanto, esto no es una obsesión,
solo es amor.

Y nunca necesité de ti
hasta que te conocí.
Tú me invitaste a mejorar,
solo supe empeorar.

Ahora sé que estoy mejor sin ti,
disfruto más extrañándote, que teniéndote,
porque cuanto más me niegas, más me gustas,
cuanto más te gusto, menos te quiero.

Estoy cansado de llenar ese hueco,
con chicas en común,
que no son como tú,
por lo tanto, esto no es amor,
es solo una obsesión.

Carta al tiempo

ARANTZA DE LA FUENTE ÁLVAREZ

Estatua helada sin ojos,
tu boca hambrienta traga todo.
Melodía que duele,
que rompe, que se quiebra, que inhala y no se acaba.

Sofoco de aullante desvelo,
parece que nunca te tengo,
y a la vez te siento
como una serpiente que no termina de enredarse nunca,
como el pasillo sin retorno ni salida,
con muros estancados en recuerdos,
y música de todos los sueños.

Sonrisa de nube burlona,
porque sabe que no la tocarás nunca.
Ni en risueños goces,
ni en melancólicos reproches.

Senderos de luz pálida,
como si nunca terminara de amanecer,
en un cielo que no puede anochecer.
que controlas todo con fastidioso carácter,
jamás complaces.

Tristes y fortuitos intentos,
de entenderte en el día,
de encerrarte en la vida.
Que no le temo a la muerte,
pero le temo a tu prisa.

Tu objetivo nublado,
de telas rasgadas y manos ensangrentadas.
Que aprisionan las almas que palpitan,
y mis palabras se asfixian.

Semblante polvoso,
de collares falsos y adornos pretenciosos.
Arráncalos de una vez,
¿para qué esperas el fallecer?

Te presentas travieso e inocente,
como enredadera,
y, sin aviso, robas todo lo que queda.

Detalles que se resbalan,
cantos que no acaban de perseguir a tu silencio,
que tú nadas donde no existe agua.

El gran conquistador del cosmos,
el verdadero dios del mundo,
el pájaro libre en un cielo desnudo.

Usurpador de extremidades,
consumidor de la música de mis ángeles,
pervertido por las curvas de los momentos,
posees una fanática obsesión por los finales.

Cumbre de la tragedia humana,
creador de todos mis temores,
¡deja de marchitar mis ensoñaciones!

Desesperación neuronal

KEVIN EDUARDO FERIA RODRÍGUEZ

No puedo verme en el espejo,
no quiero ver lo que ha quedado de mí,
tengo miedo de vislumbrarme ante el espejo,
y notar lo poco que queda de mi esencia,
ver lo destruida y deteriorada que está mi mente, mi alma
y mi soma,
ver cómo poco a poco me desmorono,
ver lo que ayer era fuerte como el roble,
hoy se resquebraja ante cualquier inclemencia.

No logro terminar ni completar un sólo pensamiento,
todo en mi cabeza está revuelto.

Mi alma, antes luchadora de mil batallas,
hoy no es ni capaz de levantarse por sí misma.

Mi cuerpo comienza a colapsar,
cada vez es más fuerte,
cada vez me ataca con mayor intensidad.
Tengo miedo de perder el control,
el peor acorde transcurre las horas, los días, las semanas.
Necesito hallar una salida,
que no sea momentánea ni pasajera,
como ha ocurrido en el pasado.

Necesito una solución rápida,
antes de que el daño sea permanente
y mi alma se pierda en la infinita oscuridad que hay al
final del túnel.

El reflejo de mi sentir

JIMENA GUTIÉRREZ ROMERO

Me miro en el espejo
tan de cerca como puedo,
aún sigo enamorada,
lo veo en mi reflejo.

En cada pliegue de mi piel
tengo escrito tu nombre,
la tinta de tu amor
de mí no se borró.

Mis ojos hoy hablan tanto,
solamente de ti,
que no puedo ocultar
nada de mi sentir.

Te encuentro en los deseos
que se caen por mis pestañas.
Llevándose la fuerza
que tenía para soñar.

Todas tus caricias
pasean por mi cabello,
alardeando, con ahínco,
que aún las anhelo.

El rastro de tu beso
permanece en mis labios
y los recuerdos del ayer
viven en mis lunares también.

Estás tan dentro mío
que ya no reconozco mi cuerpo,
pues al verme en el espejo
sólo estás tú en su reflejo.

El capitán

VANIA EDITH LARA CHÁVEZ

Fiel comandante del viaje,
 no comprendo por qué te alejaste.
 Alcanzo a oír tus órdenes en este bote,
 comienzo a recordar lo que me mostraste.
 Miro el cielo algo complejo, el mar sin reflejo,
 Me pregunto ¿a dónde nos dirigimos?
 Pues no contemplo la belleza del paraíso que él ha visto
 con dificultad y miro aquel faro,
 acaso, ¿no he despertado?

Estoy a cargo y no he comenzado,
 el volante se ha esfumado.
 Aun puedo escucharlo, pero no puedo mirarlo,
 no logro enfocar la mirada,
 es hora de iniciar la partida.
 No sé adónde me dirijo
 pero sé que confiaré en lo que el cielo me dijo.

Me duelen los brazos,
 mis ojos no están cerrados,
 pero sí mi alma hecha pedazos.
 Ya guardé tu recuerdo dentro de aquel ropero
 solo tomaré el volante, sin mirarte.
 No puedo olvidarte, pero hoy voy a alejarme.
 En este viaje continuo

la ballena murmulla una canción de cuna,
suena, es fascinante,
y aquel delfín luce radiante,
aún no había notado lo frío del ambiente
pues todo está en mi mente.

La noche estalla,
comienzo a mirar el reflejo del agua
pero no hay ninguna falla:
sin duda mi alma también te extraña.

Estás en otro barco, mi querido navegante,
has borrado todo lo que me enseñaste,
dejaste lo que amabas,
y olvidaste tu presente.

Tu recuerdo poco a poco se desvanece
con el movimiento de las olas.
Ya puesto el atardecer, arriba la marea,
no volveré a verte
mientras el bote espera,
pero al fondo del océano,
la madre naturaleza se contempla.

Al fin veo con claridad,
que tu recuerdo no es mi guía,
no niego ante la vida
que cuesta olvidarte.

ni en los bellos atardeceres que admiran mis ojos.
Tampoco estás en el barco,
ni en las noches estrelladas o en las devastadoras
tormentas,
no me culpo por desear encontrarte,
pero ahora soy yo,
el capitán del barco en este viaje.

Eres tú

REBECA PAOLA LEDEZMA COLORES

Eres mi alma y mi universo,
el aire que respiro, y el suelo que piso,
la causa y la razón por la que mi corazón late,
tú, mi sol y mi universo.

Mi única realidad y fantasía por la noche,
lo que espera cada día mi corazón.
Mi alma tiene sed de tu presencia,
solo es por ti, que mi alma existe,
mi alegría y mi tristeza,
sol y vela en la tiniebla,
eres la esperanza de mi vida y el calor de mi existencia,
sin ti no hay valor, ni sentido.

No quiero que seas como la brisa que va y nunca regresa,
me duele el alma cuando te vas y dejas mi corazón en la
tierra,
tus ojos me acompañan y no me dejan,
¿cómo podría explicar cómo me siento, si el mismo sol
está celoso de ti?
Cada que me miras, puedo ver el universo en tus ojos,
y en ellos, cada noche me pierdo.

La delicia que hay en tu cuerpo

KEVIN RAMSÉS LINARES ROMERO

Dicha delicia de probar tus sabores
en una dulce y encantadora vida,
recordando, juntos, nuestra locura;
pasando juntos nuestra dulzura.

Es difícil cerrar los ojos,
ver tu cara triste, tus piernas
enredadas como un espagueti
y tu boca buscando la mía.

Un destello en el que prometí ser
tal como tú eres; tu voz, tus diferencias,
besos furtivos donde en dichos
roces cautivos nos encontramos.

Dichos sabores que me condenan,
sabores que me abrazan, querida,
sí; habrá un platillo sin mí, sin ti,
pero no un platillo sin nosotros.

La revolución del corazón

ANA LEILANI MARTÍNEZ ORTIZ

Olvidé las veces que
me sentí perdida y
me bastaron las letras
para encontrar sentido,
caminé, hallé la belleza
en proporción casi perfecta.
Le escribí, con seguridad,
cartas de amor eterno,
supe que la poesía,
me había encontrado...
era la revolución del corazón.

La voz del hombre

Era inevitable,
la disipa la noche,
inmensa, lúgubre,
cubierta de secretos
en el corazón del hombre.

Pocos son los que se atreven
y se miran a sí mismos,
sobre nocturnos disgustos,
de la escandalosa, terrible
e inútil pérdida de tiempo,
de sueños oscurecidos,
absortos y terroríficos.

Valiente aquel
que conserva el alma
y no pierde la fe
al saberse humano.

Sin voz

ÁNGEL DAMIÁN PÉREZ LÓPEZ

Tirado en el rincón, temeroso y exiliado,
vengo de donde el olvido ha recordado que es nada más
una memoria,
en lo perdido y lo abandonado...

¿Qué ha pasado?
¿Qué ha sucedido?
Estoy atrapado, paniqueado,
me encuentro confundido...

Pesa la cordura irracional,
sonríe tétricamente la locura, esperando mi final,
desgarrador y fatal.

Algún error, algo que pueda salir mal
para castigar, para culpar...
recuerdos, susurros y lamentos para atormentar.

Canción de cuna antes de dormir...
algunas últimas palabras bajo el brillo de la luna antes
de morir.

Pero qué más da ya...
Solo son palabras... parte de un guion con el que
aparentar...

podría ser real...
 podría formar un nuevo mundo,
 una nueva vida donde convencerse
 de que me encuentro lejos de este mal.

Qué más da ya...

Gritos que no llevan a ninguna parte...
 pues no hay nadie que entienda...
 no hay nadie que escuche,
 pues, aunque mi alma ponga en ofrenda,
 no conseguiré jamás la fuerza con la que luché.

Quiero gritar
QUIERO HACER NOTAR
 lo que sucede...

Quiero llorar
QUIERO DEJAR DE CALLAR.
 Ninguna palabra tiene sentido... no se entiende
 el silencio duele...

Sin voz,
 sin espíritu, sin alma, sin dios,
 sin palabras, sin fuerza, sin alegrías ni tristeza,
 despidiendo, saludando a la impotencia, sin poder decir
hola o un adiós,
 perdiendo, abandonando la existencia...

SIN VOZ

El Eterno abismo hundiéndose en sí mismo,
encaminándose hacia el conformismo...

Verás la llama voraz,
acabando la voluntad
donde un siempre se vuelve un jamás,
donde la eternidad se vuelve fugaz,
donde las posibilidades se vuelven pocas,
las realidades se envuelven en sombras,
las cosas se corrompen y las mentes se vuelven locas...

Querer, buscar negación
Ver
callar
intentar
hacer hablar a un corazón.

Alma en pena y resignación,
calma vacía... sangre llena en desesperación,
se pierde el control y la razón,
no brillan los rayos del sol, no late mi corazón.

Quiero escapar...
quiero volver a escuchar mi voz,
quiero poder negar... descubrir que no ha llegado mi final,
sentir en mí la tranquilidad al tener el latir... encontrar
el legado de ser real.

Rabia
se empodera,
encamina,
mi fuerza con negatividad lidera.

Euforia...
con otro matiz se niega...

Ve que no todo es gris y con esperanza mi conciencia
sosiega,
expresa
lo inexpresable a morir se niega.

Pasión.
Aquel perdido amor,
que en recuerdos lo vi como aquel creador,
aquel poder... que perdí, el motivo por el que existí,
fuego incesable, glorioso calor
queriendo revivir del invierno en mi interior,
acabar con aquel infierno devastador.

La verdad se pierde en la mentira,
mi voluntad encaminada a disimular una hipocresía,
afonía canta la sinfonía del horror,
del secreto oculto, envuelto en el temor,
se esconde el valor...
deseo de surgir del amanecer y sentir el calor...

La vida avanza y cada día pesa,
el tiempo pasa y pronto se aleja,
puedo cambiar...
puedo luchar...
¿Cómo verlo?
¿Cómo pretenderlo?
¡¿Cómo GRITAR SIN VOZ?!

Quiero encontrar,
QUIERO QUERER VER Y BUSCAR
El destino miente...
Quiero saber,
QUIERO SENTIR Y EN MI ALGO TENER.
No se siente...
Quiero vivir...
QUIERO SENTIR MI ALMA RESPLANDECER Y MI
CORAZÓN LATIR.

Mi alma muere,
mi voz se silencia y desaparece...

El silencio duele...

Sin voz
sin espíritu, sin alma, sin dios
sin palabras, sin fuerza, sin alegrías ni tristeza
despidiendo, saludando a la impotencia sin poder decir
hola o un adiós
Perdiendo, abandonando la existencia...

Dejarte ir

OSCAR ALEJANDRO RAMÍREZ GAMALLO

Sentado a la orilla de los recuerdos,
rogando porque vuelva el sentimiento,
aunque tú te has ido, yo aún aquí te siento,
¡te amo!... sí, pero me amo más a mí,
y ahora estoy listo para dejarte ir,
porque ya mucho daño nos hicimos
en todo el tiempo que convergimos.

Traté de ahogar tu recuerdo en alcohol,
sin embargo, fue mala decisión,
porque con una botella y esa canción...
¡esa maldita canción que me dedicaste!
Intenté volverte a ver,
solo para toparme con la pared,
de que nunca más podría
volver a tenerte entre mis brazos,
porque ya tenías alguien que de amor te hablaría,
que tu sonrisa robaría,
y en la cama te amaría,

Entonces... ¿fue así como tan rápido me olvidaste?
o acaso, ¿fue que nunca me amaste?
Yo te di todo y tú te fuiste para olvidarme,
amar no es de tontos, lo tonto es enamorarse.

Pero... ¿Por qué fue así? si yo no lo hubiera hecho,
pero en este hecho me destrozaste el pecho,
tú querías un cuento de hadas con final feliz,
pero yo quería una hermosa historia sin final.

Todo lo que pasamos lo dejaste en el olvido,
sabías perfectamente que eras todo lo que tenía,
el cuánto te amaría, eso no te impedía enredarte con
quien querías.

Te sigo amando... no lo niego,
pero ahora es tiempo de dejarte marchar,
pues así lo decidiste y ya nada va a cambiar.

No te buscaré más, ya te habré de olvidar
porque en todo este tiempo transcurrido
he aprendido que yo valgo más.

¿Acaso te importé?

PAULINA RAMÍREZ VALDEZ

Hace algún tiempo
logré encontrarte de nuevo
fue un bonito momento
que llevo en mi pensamiento

Desde entonces sigo viva,
rogando que no te vayas
y que cada día, vengas a mi encuentro

Creo que es mentira todo
porque te fuiste de mi lado
los recuerdos que tenía contigo, jamás,
dejé que se los llevara el viento

Pero tú siendo egoísta
no pensaste en mi sentir
te bastó con hacerme infeliz

no te importo nada
te armaste de orgullo y
Dejaste a un lado los hermosos momentos que pasamos
juntos

Mil poetas

SANDRA PAOLA SARABIA JASSO

He mandado cartas a todas partes del mundo,
no son para buscarte,
nos hice tinta
y no fue por escribirte,
escribí tu nombre mil veces
y no fue por extrañarte.

Nos hice tinta para hacer volar al ave
y envié señales de humo
para pedir favor al cartero de Neruda
que te diga cuanto no me atrevo.

Nos hice tinta
y lo mandé a mil poetas
y no sé a cuántos más
para que nos hagan
metáfora, haikú, soneto.

Yo no sé qué esperar
pero les empapé de miel la hoja,
les anoté la calle y número de tu casa
y lo demás...
te corresponde a ti.

Él es mar

Se envuelve entre mis pupilas
y llena el iris,
deja el alba sin aliento
y las aves felices de acompañarlo
y yo de pie ante él
que veo sus olas moverse de un lado a otro.
¿Será que tiene a quién dedicarlas,
como yo le dedico las tardes?
Llega el viento y golpea en su cuerpo,
se cae ante sus espectadores
y cada que lo veo
hay algo nuevo: tan simple, tan puro.
Ojalá algún día entre aves,
barcos y su azul profundo
se detenga a mirarme,
a mirar al humano
que no busca hacerle daño.
A escuchar mi silencio
a descifrar que lo quiero
pero él es mar...
y pasa tanto en él
y tiene tanto en su interior
que prefiero quedarme en la orilla
pisando la arena,
sin hacer nada,
sólo mirarlo.

Amor tormenta

SERGIO ADRIÁN TERRÓN ALANÍS

Amor que llueve, amor que ataca,
amor que mueve, amor que acaba,
que moja y calma mi ansia
de volver a ti cada mañana.

Amor que es tormenta porque
atormenta y mata, que sigue y para
para nunca acabar.

Amor tormenta que mi fuego prendió
con sus gotas de pasión
si es que el final ya está escrito,
¿entonces qué hago yo?

Amor que me atormenta con truenos,
vientos y estupor, si te vas de mí,
¿entonces qué hago yo?

No te pido que tu lluvia nunca cese,
o que estés en todas mis veces,
solo te pido mi tormenta tormentosa,
si es que te vas con tu belleza esplendorosa.

Enséñame a tu lluvia olvidar,
como bien me enseñaste a amar,
si es que después de la tormenta viene la paz,
¿qué siento ahora más que felicidad?

Si el final está escrito, mi amor atormentador,
te pido al menos no me saques nunca de tu corazón,

[68] que si para que este amor sea eterno debe terminar,

entonces lo acepto, me voy en busca de paz,
con el único dolor de saber que por más
terremotos, tsunamis o cualquier catástrofe natural,
como mi tormenta tormentosa nunca nada igual.

Si mañana preguntas por mí

MARIANA MONSERRAT TORRES HERNÁNDEZ

Si mañana preguntas por mí,
te dirán que no pude ser fuerte. Te dirán,
que lloré hasta ahogarme.

Si mañana preguntas por mí,
vas a sentir un frío en el pecho,
y un dolor en el alma.

Si mañana preguntas por mí,
el último rayo de luz, que quedó del día,
permanecerá en tus manos
hasta que recites la última palabra
de mi último verso.

Si mañana preguntas por mí,
encierra tus lágrimas, no dejes que salgan,
que no es justo que otros ojos se llenen de ellas,
por un error que no cometieron.

[CUENTO 2019]

La carta de Brooks Marsden

DANIELA ALEJANDRA ALCÉRRECA GUTIÉRREZ

¡No lo puedo creer!, ha llegado aquella carta que he deseado durante años. Sentí cómo mis mejillas se coloraban aun sin quitarle el sello que cubría el resto del texto. Los oídos me zumbaban, creí que en algún momento caería por aquel temblor de mis piernas. La sangre de mis venas era cada vez más fluyente y los latidos de mi corazón se aceleraban. Mis manos eran como un par de cubos de hielo, las palabras se me fueron de la boca, me mantuve inmóvil, o al menos así me contaron.

Desde quinto año, me encuentro enamorada de Brooks Marsden, un chico inteligente, con gran afición a los deportes de carrera, siempre en cuadro de honor y con medallas olímpicas. Lo mantuve como secreto, o eso creía, era inevitable no sonrojarme cuando él me miraba y siempre permanecía en silencio para poder escucharlo. Como se sabe, era la edad de devorar el amor a quien fuese. Brooks se aprovechó de todas las circunstancias, decidió levantarme, y en aquella carta me hizo la propuesta que esperé durante mucho tiempo. Encendió cada uno de mis sentidos, la pasión y la imaginación eran el panorama más excitante que pude tener en aquel momento.

Nuestros amoríos fueron un tanto extraños. Me hizo tener conciencia de que se puede estar en el cielo y en el infierno, sin ni siquiera morir. Siempre traté de que él estuviese bien conmigo, me mantenía entusiasmada y

él siempre reservado. Mi alma siempre se mantuvo pura y dichosa, ignoraba cualquier hecho que me indicara la terrible realidad que en ocasiones me hizo sentir.

Usualmente teníamos encuentros comprometedores, disfrutaba tanto estar con él, tenía la idea que, si no era él, no sería ninguno. Por motivos que no logré descifrar nunca, él tenía una facilidad para hacerme ver la claridad del cielo y al mismo tiempo quemarme con ese gran infierno que me ocasionaba.

Una tarde despejada de otoño, nos encontrábamos sentados en una banca del parque más famoso de la ciudad. El viento era sereno, nos mantuvimos callados, el canto de los pájaros era lo más fuerte que destacó en el momento. No pude evitar preguntarle si realmente era amor el que sentía por mí, se mantuvo callado, esperé mucho tiempo hasta que dijo:

¡Oh, pequeña florecita!, no sé por qué me lo preguntas, te ame o no, tú permanecerás conmigo, sabes que soy el único que te puede hacer sentir tan bien o tan mal, como para confundirte, y sabes que es cierto. No eres nada, cariño.

No hubo algo más que impotencia de mi parte por no poder responderle, me sentí estúpida por estar enamorada de aquel chico que durante mucho tiempo me hizo confundir; ante mi impotencia corrí a mi casa con el coraje de saber que una persona me hizo sentir tan vulnerable, no quería recibir más cartas de él, ni saber que aún permanecía en este mundo con la oportunidad de lastimar a otra chica, la única manera de evitarlo era matándolo, yo no lo deseaba, pero...

A los pocos días, acudí a su casa. Me quedé sorprendida al no poder pasar, por el paso restringido de los policías y ambulancias. Pregunté lo que ocurría y me dijeron que una chica con desconocimiento de nombre había entrado por la ventana de su habitación para matarlo mientras dormía, dejando una nota en el cadáver que decía:

“Adiós a las cartas de Brooks Marsden”.

Invierno o cuando el ave emprende el vuelo

HARUMI ALVARADO GARCÍA

El amor es una jaula abierta al cielo.

Chris Pueyo: *Aquí dentro siempre llueve*

Era una noche invernal en un tejado viejo y desgastado por los años. Los relojes marcaban las once en punto, las estrellas deslumbraban con su brillo, un brillo tan tenue y a la vez refulgente que al mirarlo me causaba una sensación de paz.

A mi lado se encontraba un otoño cálido, con una sonrisa hermosa, una piel con constelaciones y ojos ámbar, éstos al mirarlos con aquella luz cósmica se convertían en primavera. Aquel otoño llegaba a su fin con el primer rayo de luz que les pegara a esas dos gotitas de vida a las que llamo ojos; era como ver el ciclo de las hojas que pasan de una estación a otra, que florecen y se tornan coloridas. Así de hermosos eran sus lagos cristalinos que con tan solo una mirada me estremecían el alma.

Yo era muy joven para entender y pensar en cosas tan complejas como el amor, pero sus ojos, la magia del invierno, la luna y las estrellas hicieron que me enamorara de él. Intercambiamos un par de palabras, haciéndole honor a aquella magnífica noche en la que le pregunté sobre el universo, él sonrió, con un gesto suave y delicado, después de esto me dijo que el universo era un todo absoluto, que venía de la nada y a la vez lo era todo.

La verdad, no sé si me impresionaron más sus palabras o la forma en que lo dijo. No me importó, yo quería seguir admirándolo, pues el amor es admiración.

Bailamos, nos embriagamos de luz, fuimos a la luna e inmortalizamos ese instante; era como estar en una cápsula espacial que aún no despegaba de la superficie. Nos besamos y por un momento los relojes dejaron de seguir su curso, el tiempo se detuvo, juraría que éramos los únicos despiertos aquella noche.

Antes de presenciar el amanecer y ver esos colores difuminados en un azul de ocaso, antes de poder decir “te amo”, se marchó, y a mí me absorbió una tristeza que atormentaba mi alma. Pasó un año desde esa magnífica velada cuando mis ojos encontraron por primera vez el otoño en un invierno.

Trataba de convencerme que él seguía siendo mío, pero él era la persona más libre que conozco, era un ave revoloteando sobre el mar, sin jaulas, sin más. Jamás me perteneció, ni siquiera en esa noche invernal. Él ni yo ni nadie nos pertenecemos ni a nosotros mismos.

Su partida me dolió hasta los huesos, pero a pesar de esto pensé en nosotros, recordé la noche en el tejado y lo que conllevó conocerlo. Cuando se fue comprendí que por más estancado que se encuentre el otoño, llegará a su fin y con él, el principio del invierno. Se fue dejando un vacío en mi alma, pero gracias a él supe que los pájaros, a pesar de estar en una jaula, no tienen dueño.

Decisión

XIMENA BECERRA TOVAR

Despertó suavemente sobre la acera negra y húmeda, sintiendo ligero alivio en todo su cuerpo, observando a su alrededor, notó que se hallaba recostada en una calle oscura sin inicio ni fin, aquella solo se iluminaba por medio de la luna llena. *¿Qué está pasando?*, pensó, *¿Cómo llegué aquí?* *¿Por qué no sé nada?* No recordaba absolutamente nada, aunque la pregunta que más retumbaba en su mente era: *¿Quién soy?*

Se levantó cuidadosamente, sintió en sus pies descalzos la humedad que había dejado una lluvia antes. Se dio cuenta de lo que portaba, un vestido corto color negro muy sedoso y cómodo. A causa de éste tuvo un escalofrío que provocó que volteara a todos lados en busca de alguien. Lo descubrió, un tipo vestido de negro por todos lados, inclusive su cara, estaba a unos pocos metros, caminando hacia ella, pero se detuvo cuando lo vio. Sabía que debía irse de ahí, aunque era la única persona que había visto, algo no estaba bien, pensó. Decidió retroceder y por último echarse a correr. Como lo dedujo fue atrás de ella. Las piedras pequeñas se les incrustaban a sus pies, sin embargo, ella no iba a parar, no quería parar, a lo lejos vio una pequeña casa, un tanto familiar, desesperada y no importando nada más, fue directamente a ella.

Estando dentro de la casa, se percató de que no había ningún mueble, la casa estaba completamente vacía. Se

dirigió a lo que parecía la cocina, donde había un cuerpo cubierto con una sábana sobre en una camilla. Entró un doctor con una libreta, acompañado de un hombre de vestimenta normal. Ella habló, quería que supieran que la estaban siguiendo y necesitaba ayuda, pero no podría emitir ningún sonido. Extrañada decidió gritar, se paró enfrente a ellos, pero ellos no la veían. Alcanzó a leer en la libreta del doctor: “*mujer caucásica de veinte años de edad, encontrada sin vida afuera de su casa, por motivos de...*”. No logró acabar pues el doctor decidió irse. Ella lo siguió, pero el doctor desapareció junto al otro hombre. Se escuchó la puerta principal, como si al guien intentara abrirla, ella supuso que era quien la venía persiguiendo, no sabiendo más qué hacer, decidió subir el segundo piso. Entró en la habitación principal, y otra vez se encontró con el cuerpo, quiso mirar para saber quién era. Quitó la sábana y, como decía en la libreta, era una mujer de altura y complexión igual a ella, solo que más pálida. Cuando vio la cara, advirtió cómo en su cuello tenía un corte bastante profundo, como si algo o alguien hubiera querido arrancarle la garganta. Entró el sujeto, pues ahora muy cuidadosamente se escuchaban los pasos en la escalera, no tenía salida, no había otra puerta ni ventada, estaba atrapada. El hombre caminó hacia ella y le hizo señas para que se acercara. Le pidió que tomara aquel espejo que le ofrecía. Lo cogió y se vio en él. Era la chica que acababa de ver en la camilla. De repente, le empezó a emanar sangre del cuello. Asustada, tiró el espejo que se partió en mil pedazos al chocar con el piso, volteó a ver al hombre que ahora portaba un

cuchillo ensangrentado. Se arrepentía ella de todo, de no salir de esa casa antes, de no tomar otro camino, de no correr lo suficiente, empezó a llorar de la desesperación al saber que la iban a matar. El hombre ahora portaba una figura más delicada como de una mujer y en un ligero movimiento se quitó la máscara negra, sorprendida por aquella cara gritó. Ahora sí se escuchó el grito. Le indicó que leyera el libro de sus manos en donde decía: *“mujer caucásica de veinte años de edad, encontrada sin vida afuera de su casa, causa de muerte: suicidio, arma: navaja”*.

Despertó en una cama empapada en sudor. Vio a todos lados y se encontró con una navaja en su mano. No se le quitaba de la cabeza la cara de aquel sujeto, donde era ella.

¿YO?

OLIVER YANILL CANO GAMERO

*Amor y deseo son dos cosas diferentes; que no todo lo
que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama.*

Miguel de Cervantes

El 3 de diciembre de 2040 fue la fecha cuando morí.

Estaba en la estación del tren, llevaba ahí cerca de 20 minutos. Salí de la sombra de la que me escondía. Él volteó y me vio poco sorprendido, creyó que era producto de su aburrimiento. No hubo palabras por un rato; seguía sin llegar el tren y nosotros bajo una tenue luz de lámpara que apenas lograba iluminar, dejábamos pasar el frío y la oscuridad en el exterior, apartados de nosotros.

Llegó por fin, ambos nos subimos, eran cerca de las 12:30, lo sé porque a esa hora acostumbraba a jugar *Candy Crush*, y el otro sujeto lo estaba haciendo, no se veía muy entretenido, pero no había mucho que hacer.

Seguí observando su rostro detalladamente, memorizando cada rastro de tristeza, angustia, enojo y uno que otro pequeño de alegría, estaba apagado, como si faltara un alma dentro de él. Sentí lástima. No era la vida que esperaba ni la que quería.

Lo más triste que vi de él fue sus manos, sucias, lastimadas, llenas de dolor y cansadas de cargar tanto sufrimiento, pero, sobre todo, vi que no traía anillo de com-

promiso, no me había casado. Fue entonces cuando le dirigí la palabra.

—Hola, le dije, sin obtener respuesta.

—Hola, insistí con más fuerza en la voz.

Me volteó a ver y levantó una ceja, como si yo no supiera que eso significara que algo me desagradaba o nos incomodaba: “Qué engreído me he vuelto”, pensé y solo le dije que no había por qué temer.

—Te entiendo, entiendo todo el dolor, tu sufrimiento, soledad...

Apagó su teléfono y con una mirada de melancolía rompió en llanto.

—No es la vida que merecemos, ni la que soñamos, le dije. La vida no nos trató bien ¿eh? Tranquilo, si buscas la perfección, nunca serás feliz.

—Pero yo ya lo tenía todo, me dijo. Era perfecto, al menos para mí, no quería nada más.

Me empezó a contar cómo es que todo había salido mal y cómo es que habíamos terminado en aquel vagón del tren.

—Todo empezó en la primavera de hace 4 años, yo estaba a punto de graduarme, y ya había planeado una vida entera con mi novia, 3 años ya eran significativos al lado de la persona que creemos la correcta, y ese día le pediría que se convirtiera en algo más que mi novia, yo quería una compañera para compartir momentos inolvidables, una amiga para poder hablar del trabajo, una esposa para amarla, cuidarla y estar con ella, incluso en los peores días.

En ese momento se empezó a reír, pero era una risa sarcástica, quería ocultar el dolor que llevaba, mas no pudo. Empezaron a correr lágrimas por las mejillas.

—Dennis – así se llama; me vio con una mirada de tristeza y soledad. Recuerdo que ese día llevaba un vestido color salmón, los colores claros le iban tan bien, su pelo era castaño y ondulado, y traía un labial que yo le había regalado, en ese momento me sentí más enamorado de ella.

Habíamos llegado ya a la primera estación, las puertas se abrieron dejando entrar una brisa fría arrastrando consigo una propaganda hasta nuestros pies. Era de pizza, nos moríamos de hambre y pensamos en ir a comer algo.

Para nuestro infortunio, no había muchos lugares abiertos las 24 horas, así que decidimos pasar a un Oxxo; después de haber pagado salimos a buscar un lugar para seguir hablando. Llegamos a un camellón con un faro que apenas nos dejaba ver dónde podíamos sentarnos. Él abrió sus galletas, y dándole sorbos al café me siguió contando.

—El problema de los jóvenes, pienso yo, es que a muchos solo les atrae el físico, y muchos otros se enamoran muy fácil y muy rápido, lo que causa que les rompan el corazón de una forma más dolorosa, y queriendo salir del sufrimiento, culpan al amor en vez de a ellos mismos.

Yo solo escuchaba y me preguntaba si eso era lo que nos había pasado con esa tal Dennis.

— Sucede que nos sentimos tan solos que buscamos a [82] alguien quien aleje nuestra soledad, y no nos fijamos si es

la persona indicada. La dejamos entrar a nuestras vidas y esperamos que ella se lleve lo malo que sentimos. No fuimos creados para vivir solos, pero lo que sí podemos elegir es con quién convivir.

Tal parecía que aquellas palabras habían hecho que reflexionara sobre su vida, en lo que había hecho mal. Me sonrió y me agradeció. En seguida se levantó, me abrazó y salió corriendo a la estación. Yo confundido, me levanté y caminé hacia el siguiente faro, que se encontraba del otro lado de la calle, cuando iba a la mitad del camellón, me empecé a desvanecer. Quedó sólo polvo y la luna disolvió lo que alguna vez había sido. El otro tipo se había aventado a las vías, quería iniciar de nuevo otra vida, otra persona, ya no era yo, y lo que alguna vez fui, se quedó en el recuerdo de aquellas personas que más me hirieron, dejando un vacío dentro de ellos.

Yo ya no existo.

Otra realidad

DANTE GALLEGOS VÁZQUEZ

Era otoño. La tarde era triste y desolada. Estaba muy solo tanto física como psicológicamente, nadie me tomaba en serio. Todos me miraban raro, como si fuera un loco. En mi trayecto escolar no tuve amigos, y en mi familia había una disfuncionalidad especial, no me quedaba más..., solo era yo y las tristes melodías de jazz que se escuchaban a lo largo de mi camino.

Salí a la cocina a preparar un café, me senté a deleitarlo y no me resistí al tranquilo ambiente que se presentaba. Solo recuerdo que me dormí.

Tengo muy bien presente ese sueño: caminaba por los pasillos de mi escuela, ellos me miraban, me rechazaban; caminaba, pero no podía controlar mis movimientos, como si alguien me manejara, mas sentía algo particular, una combinación de emociones diferentes: odio, rencor, sentía ganas de desahogarme con alguien, tanto psicológica como físicamente. A veces sentía que me hablaban por detrás, lo tomaba indiferente, pensaba que solo era mi imaginación, pero no, no era mi imaginación, alguien me estaba hablando en mi cabeza. Al momento de percatarme de eso, me desperté. Mi cuerpo estaba sudando y tenso a la vez, como si hubiera tenido una horrible pesadilla.

Al día siguiente salí a tomar un paseo. Ese día no podía dejar de pensar en lo que había soñado. Pensaba y pensaba en qué era eso que había sentido. Tuve una especie

de sensaciones como si soñara despierto, solo recuerdo que me perdí en la nada. Regresé al mismo lugar, pasé por el mismo pasillo, pero las emociones que sentía eran tan fuertes, tan extrañas, que no podía distinguir cuáles eran. Especialmente, un impulso por hacerle daño a alguien, no lo sé, no lo comprendía, pero sentía ansiedad al poder casi lograr una meta. Como si eso ya lo tuviera planeado desde antes, fui a mi casillero, lo abrí y ante mis ojos había un cuchillo. En ese momento, se presentaban otra vez esas voces y esa sensación de que no podía controlar mis actos. Como si alguien me estuviera manejando. Recuerdo que al tomarlo sentí una gran furia, un impulso por hacer daño a las personas de todo mi trayecto escolar. Me habían llevado a ser una persona con muchos problemas psicológicos. Seguí recorriendo los pasillos para encontrarlos. De pronto los encontré, no lo pensé dos veces, sólo le enterré el cuchillo en el abdomen. Sentía un gran alivio, volteé y ahí se encontraba otra de las personas que me habían hecho daño toda mi vida, ocurrió lo mismo, no dudé en cortarle el cuello. Sólo veía mis manos llenas de sangre cuando de repente sentí un gran golpe en la cabeza. Me desmayé. Cuando desperté estaba en un sitio oscuro, traté de huir de ese lugar, pero sólo choqué con unas rejas. Me impacté: todo fue cierto, nada era un sueño, realmente me había vuelto loco.

Puertas cerradas

MARGARITA GUTIÉRREZ

Verónica corría desesperada, sudorosa y derramando lágrimas, sabía que era su fin. Se miró las manos y despertó.

Abrió los ojos. Sabía que aquel sueño era de locos. En seguida se levantó, alzó las cortinas de su cuarto y recordó que había quedado en ir a la casa de su amigo. Bajó a desayunar y se percató de que estaba sola, sabía que era un buen momento para escuchar música, optó por un vinilo de Joy Division. Verónica disfrutaba mucho de la música, en especial el *post punk*.

Pensaba en su amigo Billy. Él tenía unos cuantos problemas y le había pedido ayuda, ya que, según Billy, ella era buena hablando y tenía un buen juicio para eso de los problemas con los padres.

Verónica salió corriendo de su casa, sabía que era tarde. Nunca podía llegar temprano a ningún lugar. Llamó a su mamá, le dijo que la veía en un rato y le mandó besos. Su madre era demasiado estricta con ella, no tenía mucho problema con ello, sin embargo, le reprimía mucho la forma de vestir, ese estilo llamado *street style*, su mamá decía que era de locos. Verónica también defendía sus ideales y tenía la esperanza de que hubiese un cambio en su madre, a fin de cuentas, la amaba.

El camión iba muy lleno, sabía que iba a llegar muy tarde, así que se relajó y le envió un mensaje a Billy para que tuviera paciencia. Llegó a la casa de Billy, y toda su familia

le saludó. Le daba mucho gusto estar ahí, se sentía como en casa. Billy le ofreció un Delaware Punch, era la bebida favorita de ambos.

Platicaron sobre los problemas de Billy, como su escuela y la música. Él quería ser músico, y su padre decía que era una profesión mal pagada, le decía que se quedaría en la calle. Verónica le dijo que era probable, sin embargo, también podía ser famoso. Era una tarde preciosa, la azotea de Billy era espectacular, tenía tantas plantas.

Ambos escuchaban música, se comieron los álbumes de los Talking Heads, New Order, David Bowie, fue una asombrosa tarde, brincaron y brincaron, Verónica quería mucho a Billy: era el mejor.

Se metía el sol, Verónica sabía que era tiempo de irse. Se despidió de la familia de su amigo, quien se ofreció a llevarla, sin embargo, ella se negó.

Verónica había pensado en lo bien que le había ido aquel día, decidió escuchar música, quería algo de rock psicodélico a todo volumen. Conectó sus audífonos y solo pensaba en llegar a casa a comer.

En el camión había poca gente, lo cual era bueno para ella. Se perdió en la música y cuando se dio cuenta, ya no había más pasajeros. Era hora de bajar. Tocó el botón, pero el conductor no se detuvo y siguió su marcha y de manera muy brusca cerró las puertas, que estaban abiertas. Verónica volvió a tocar el botón y gritó al conductor que iba a bajar. No hubo respuesta. Ella no sabía qué hacer, sollozó y se tiró al suelo, chillaba, no podía asimilar el dolor que sentía.

El conductor detuvo el camión; ella se puso de pie y vociferó al conductor para que la dejara salir, pero él la cogió de las manos y la golpeó bruscamente. Verónica yacía en el suelo cuando se abrieron las puertas. Ella saltó, quería luchar por su vida, no se daría por vencida, lucharía por ella y por las mujeres del mundo.

Verónica corría desesperada, sudorosa y derramando lágrimas, se dio cuenta de que había quedado bastante dañada y no podía seguir en marcha, sintió un gran golpe y cerró los ojos, lo único que pensó es que su vida fue una farsa, una vida tan ordinaria y sin sentido, cerró los ojos y vio la muerte.

Feliz Año Nuevo

DEMIÁN AZAEL GUZMÁN VALLE

Mateo es un joven de 22 años al que le encantan las fiestas decembrinas, en especial la de Año Nuevo. Después de una gran cena navideña en familia en donde comieron pavo con ensalada de manzana, Mateo organiza todo para su celebración favorita. Consigue los platos, los vasos, el refresco, un buen vino, jugo y, en especial, la carne para unos deliciosos tacos. A él siempre le gustó ser el organizador.

Ya es 31 de diciembre. Mateo ya lo tiene todo listo. La cena empezó a las 6:00 de la tarde. Platican sobre anécdotas muy divertidas, hojean el álbum de fotos, ven una película, se entretienen con juegos de mesa y todos contemplan la puesta de sol que se ve en el patio trasero. Todo es perfecto, en especial para Mateo. Otro día de Año Nuevo estupendo.

Mateo y su familia siguen disfrutando de la velada mientras se preparan para el brindis de medianoche. Pero Mateo se empieza a sentir incómodo: siente un escalofrío muy extraño en su espalda y comienza a sentir el cuerpo cortado. Justo en su fiesta favorita, Mateo se cuestiona otra vez la realidad. A veces siente que algo lo controla. Y se desespera porque cuando piensa eso, cree que ese algo hace que él se pregunte sobre su existencia. Sale corriendo en plena cena y se va al patio a observar las estrellas. A su familia no parece importarle mucho. Intenta calmarse,

pero al relajarse, imagina que ese ser lo controla para que se tranquilice. Ya no sabe qué pensar: todo lo que él haga para sosegarse y dejar de pensar en eso, se seguirá preguntando su sustantividad en este mundo.

Al serenarse un poco, sólo mira las fotos impresas de personas desconocidas que él colocó sobre la mesa. Desde los 9 años, siempre las imagina como si fueran su familia y rompe en llanto porque él siempre quiso una de verdad. Pero alucinando se siente mejor.

Pobre, es uno más que ha caído en esta pesadilla llamada cuento. Ningún personaje tiene dominio sobre sí mismo. Pero ahora es libre, tiene el conocimiento y salió de su mundo lleno de mentiras para venir a la vida real. Al escuchar o leer su historia, tú lo liberaste y ahora está junto a ti. Muerte.

Sin mostaza

ANDRÉ LÓPEZ GARCÍA

I

Y, a pesar de todo lo que ha pasado, mantiene la costumbre de no poner mostaza en la mitad de las papas, porque a ella nunca le han gustado los sabores fuertes.

Tres años han pasado ya desde esa reconciliación repentina. Tres años desde esa primera vez allí. Sus respectivas muestras de orgullo nunca fueron suficientes; el amor de ambos y la falta que se hacían pudieron más, porque ambas cosas conservaban poder, aunque nunca lo admitieran abiertamente. Se reunían cada fin de semana en ese lugar repleto de juegos y de comida chatarra y hablaban de sus vidas mientras los niños jugaban. Reían y se reprochaban no haber tomado esa decisión antes. Ambos lamentaban haber dejado pasar tanto tiempo antes de volver a hablarse. También los niños le contaban cómo les iba y expresaban su cariño con cartas y dibujos constantes que él atesoraba como su mayor posesión. Y ella nunca, jamás, levantó muros para separarlos. Ya se los dije: el amor puede más que cualquier otra cosa, el amor trasciende cualquier tiempo, cualquier espacio. El amor es invencible, fue muy poderoso durante esa reconciliación.

Y lo sigue siendo.

II

El joven termina la mitad de las papas fritas que le corresponde y deja la otra [la que no lleva mostaza] intacta. Es la tercera vez que acude a una cita a solas, y echa de menos a los niños que llevan su sangre, que lo saludaban desde los juegos de colores vivos, mientras él observaba lo mucho que crecían; cubre su cara, mientras su mano izquierda reposa inútil sobre la mesa; llora en silencio, y se sacude suavemente, y se esfuerza por no notarse extraño, para que nadie se acerque a su mesa a ver qué ocurre..., y nadie lo hace, y él sigue hundiéndose en un mar de lágrimas porque la extraña muchísimo, la extraña más que cualquier otra persona en este mundo. Se lamenta por haber tardado tanto tiempo en reconciliarse, por no haber considerado que cada reunión pudo haber sido la última. Y es que lo fue, hace tres semanas.

...Y siente, de pronto, una calidez reconfortante sobre su mano. Y el llanto cesa y una sonrisa ilumina su rostro. Y empuja las papas al frente y piensa que es una tonta, una innecesaria excusa para tantas salidas con ella y con sus hermanos.

Y se da cuenta de lo que tantas veces les he intentado hacer saber: que el amor, en especial el materno, es tremendamente poderoso; tanto, que trasciende el tiempo, el espacio, incluso hasta la muerte, para dejar una huella. Para no separar a quien de verdad ama.

Mundo frágil

KEVIN ANTHONY PANTOJA AMADO

I

Era la tarde del 19 de septiembre de 2017. Una tarde soleada y brillante, cielo despejado y azul, el viento chocaba con las hojas de las copas de los árboles.

Caminaba por la misma ruta de siempre para ir al colegio, hablaba por teléfono con mi novia, una chica encantadora y risueña que había conocido en el colegio. Recuerdo haber estado hablando sobre dónde sería nuestro próximo encuentro. De pronto la dejé de escuchar, solo había silencio en el aire, todo se calló por un segundo, cuando se escuchó algo que rompió esa tensión, un sonido que nunca olvidaré porque días antes habían hecho un simulacro en mi colegio y era la misma tonada. Todo se detuvo, de repente el suelo se sentía como una serpiente zigzagueando, me era imposible mantenerme fijo en un lugar, me sujeté fuertemente de un árbol sobre la banqueta y esperé que pasara este extraño fenómeno. Cuando pensé que todo había acabado y pude reincorporarme nuevamente, se escuchó un estadillo muy fuerte, tan fuerte que me lastimó los oídos y solo escuchaba un zumbido. Vi mucha gente correr hacia la avenida principal. Una señora me jaló y me dijo algo, que no pude escuchar, así que la seguí. Un poco aturdido pero capaz de correr

miraba a mi alrededor: gente fuera de sus casas miraba hacia la dirección que corría. Cuando por fin empecé a oír de nuevo; me había acercado, estaba cerca del lugar de la explosión, pude ver lo que lo había provocado. Un chico se me acercó y me dijo: retírate, aun no pasa lo peor. Seguí su consejo, y ya estando en un lugar seguro, pregunté qué ocurría. Al parecer una de las calderas de la fábrica de goma Eva había explotado y los trabajadores se encontraban dentro. Voltee detrás de mí. La madre de uno de los trabajadores lloraba, pedía que lo sacaran de ahí. La gente respondía que era imposible que alguien sobreviviera a esa explosión. La señora se desvaneció sobre la calle llena de tierra y escombros de la barda que se había venido abajo. Todo era tan horrible y confuso que no había pensado en mis padres, e inmediatamente corrí hacia mi casa, que no se encontraba a muchas cuadras de ese lugar. Cuando llegué a mi hogar, sentí un gran alivio al ver a mi familia esperándome en la puerta de la casa, corrí a contarles lo que había ocurrido. Mi madre me recibió con una bofetada y luego me abrazó con todas sus fuerzas. No entendía qué había ocurrido, pero no importaba, ya estaba con ellos. Platicamos el resto de la tarde sobre el accidente y lo que íbamos a hacer para estar alerta si había una réplica. Ese día nos fuimos a dormir temprano, porque no había nada que hacer sin luz eléctrica. Antes de dormir marqué por última vez a la casa de mi novia para ver si todo se encontraba bien allá por su casa, después de una hora de intentar comunicarme con ella, por fin entró la llamada, y afortunadamente contestó ella. Decía que estaba muy

asustada, que toda su colonia se había venido abajo, traté de tranquilizarla y decirle que todo estaría bien, que mañana iría a verla. Antes de dormir profundamente, recordé lo que había pasado en el día y pensaba: qué frágil es el mundo y nosotros tan insignificantes.

Una noche cualquiera

ARIADNA VANESSA PÉREZ LUGO

Soy Luisa, una chica de 16 años. Vivo en el campo, cerca de una cosecha de maíz y frijol, con José y Martha, mis abuelos, quienes me han criado desde que tenía 11 años, y a quienes aprecio de una forma inexplicable. Mis abuelos ya eran personas muy grandes, su vida estaba por terminar. Me encargaba de hacer el aseo, cocinar y otras labores que implicaban movimiento.

A mí me encanta escribir todo lo que vivía, mis emociones y algunas historias que pasaban por mi cabeza. Contaba con un trauma muy desagradable, el que escribía varias veces porque no me dejaba dormir. Iniciaba de esta forma: *“Solo tenía 10 años cuando vi una vez más a mis dos padres pelear (para mí nada inusual), escuchando llantos y gritos. Esa noche todo fue muy diferente, mi padre la tomó del cuello con sus grandes manos y alargados dedos, escuchaba a mamá quejarse, poco a poco, la piel de mi madre comenzó a tornarse de un color púrpura: el aire dejaba de circular por sus pulmones. Papá caminó unos minutos por la recámara, cerró la puerta del cuarto y no supe nada más de ellos.”*

Un sábado por la tarde mis abuelos no despertaron. Para mí fue algo muy triste, sentía un vacío muy grande por aquella tragedia. Sin embargo, debía seguir, fui trasladada a la ciudad Efas con Guadalupe, mi tía. Ella trabajaba casi todo el día, de tal forma que cuando la veía

Pasaron los días y me fui adaptando. Convivía con mi tía, muy pocas veces le agradaba el hecho de estar con ella porque tenían varios gustos en común.

Escuché a mi tía hablar por teléfono, no le tomé importancia hasta que Guadalupe dijo, con voz tranquila:

— Sí, mañana sin ningún problema la llevaré a la parada del camión.

Luisa preguntó:

— ¿Con quién iré?

Guadalupe la miró y solo dijo:

— Todo estará bien, pequeña.

Al día siguiente tomó el camión y se fue...

De lejos pude observar a mi padre, con un aspecto deplorable; una gran barriga, barba negra y canosa, cabello largo y ropa sucia. Me quedé impactada, después de tanto tiempo. Corrí hacia él, le di un fuerte abrazo, y le dije.

— Hola, ¿sabes? Me hiciste mucha falta, sé que mi madre murió y me encargaré de que tú mueras ahora.

Su padre la miró y apuñaló

— Fuiste algo lenta, le dijo, mientras se llevaba el cuerpo en sus brazos. Llevándose el cuerpo en sus brazos.

La noche amarga

NATALIA RAMÍREZ CERVANTES

24 de agosto del 2016. Eran casi las 9 de un día frío y lluvioso, como la temporada lo dictaba. Eran las características del día que, en los libros y las películas, ocurren los secuestros. Salimos del edificio y cerramos la puerta inferior, nos dirigíamos a casa, por fin a casa, tan solo 5 minutos de donde nos encontrábamos, tal vez menos. Éramos mi mamá y yo, solo nosotras. Empezamos a caminar, y no bastaron más de 10 pasos para que lo sintiéramos. En cuanto nos percatamos, nos invadió el cuerpo completo un cosquilleo de miedo e inseguridad. Era una intensa mirada, completamente fija en nosotras. Mi mamá y yo lo veíamos, y él nos veía a nosotras. Era un hombre alto y delgado, con tez morena clara y vestía un pantalón de mezclilla azul, una chamarra verde oscura, unas botas negras y un gorro multicolor.

No pude evitar tomar el brazo de mi mamá y ella el mío, teníamos miedo, él evadió nuestra mirada, se dio la vuelta y siguió caminando en la misma dirección a la que nosotras nos dirigíamos. Cruzamos al lado contrario de la calle en la que estábamos, quizá para alejarnos de él y sentirnos un poco más protegidas, pero no fue así, el miedo y la inseguridad no desaparecieron. Mi mamá y yo sentíamos tanto miedo que aun en la calle, volteando hacia todos lados buscándolo, ella me dijo:

— Si algún día, tú y yo estamos en alguna situación de peligro, una de las dos tiene que ponerse a salvo, correr y pedir ayuda para la otra que esté en peligro, y eres tú quien tiene que estar a salvo.

Unos pasos más y estaríamos en casa. Se empezaba a sentir como una batalla ganada. Bajamos la banqueta, agarradas de la mano, mi mamá dio un paso y cayó de rodillas al piso, lanzó un sollozo de dolor y miedo combinado, ambas volteamos, era él, mi madre intentó darle un golpe con el paraguas, no lo logró. Yo sabía bien lo que tenía que hacer, ella me lo había dicho, tenía que correr, pero nunca fui capaz de dejar sola a mi mamá. Me quedé parada, como si estuviera congelada y comencé a gritar pidiendo ayuda, dos carros que iban cruzando la calle, se percataron de la situación, se detuvieron y se bajaron. Él escapó, así como todos lo hacen; lo único que yo pude ver fue su gorro multicolor que se cayó mientras subía las escaleras corriendo. Mi mamá quedó tirada en el piso, con el vestido partido a la mitad, sus piernas con moretones, sus rodillas con heridas y un miedo que no desaparecerá.

La reencarnación de mi alma

DANIEL RAMÍREZ DÁVALOS

“Año 2039, el mundo entero cae en una profunda crisis tras la III Guerra Mundial”. Esto fue lo que escribió Edward sobre hojas semiquemadas y rotas. Tras lo escrito, se paró y se puso a caminar sin rumbo alguno, todo estaba destruido, como si la ciudad hubiese estado adentro de una licuadora gigante.

La ciudad era de verdad un caos. Esas 500 bombas que Japón lanzó sobre New York provocaron la destrucción total de dicha ciudad. Continuó su camino y a lo largo, entre la niebla, observó las ruinas del antiguo teatro. A unos cuantos pasos de la entrada, Edward se detuvo, sintió un gran viento que lo obligaba a retroceder, pero no lo hizo, pues su instinto le gritaba: “sigue”. Entró, y lo único que le alumbraba para no resbalar con los escombros era la luz de la luna, abrió la puerta de los camerinos y vio una sombra recargada en una silla sin una pata. Lentamente, Edward le tocó el hombro, pero la sombra permaneció firme como un roble, por dicha acción, le preguntó:

— ¿Quién eres?

La sombra suavemente dio la vuelta y contestó:

— Simplemente yo soy tu destino, soy aquel ser que te llevará a tu fin.

A Edward le temblaron los pies, sus manos las tenía empapadas de sudor al igual que su frente, no podía hablar, lo único que pudo decir fue

— ¿Qué haces aquí?

Ante dicha pregunta, la sombra se mostró un poco nerviosa, por lo que argumentó:

— Vine a ver que mi alma descanse en paz y sea libre.

Edward vaciló un poco y agregó:

— ¿Cómo es que has sobrevivido a las bombas?

— De la misma manera que tú, completó la sombra, dejando cobardemente a mi tropa y huyendo de la zona de bombardeo.

— Y a todo esto, ¿cuál es tu nombre? preguntó Edward con un tono muy relajado.

La sombra dudó un poco, pero dijo:

— Te he buscado durante tanto tiempo que ya no recuerdo mi nombre.

— Bueno, y según tú, ¿qué es lo que tengo que hacer para que tu alma descanse en paz?

— Es muy sencillo, solo tienes que suicidarte.

Edward no estaba del todo convencido, por lo que preguntó:

— ¿Cómo puedo confiar en ti?

— Creo que te conformarías si te digo que fui asesinado y mi alma ha reencarnado en ti, se encuentra atrapada dentro de tu cuerpo y por ello no puedo descansar en paz.

Años después se encontró una carta que decía: Su alma ha descansado en paz, ahora es momento de que yo vaya en busca de mi alma y hacer que quede en libertad.

Un sueño

EMILIANO RÍOS DOMÍNGUEZ

Cristian, un joven de 16 años, que jugaba en el equipo sub-17 del América, fue llamado para realizar unas pruebas en España para el Real Madrid, uno de los clubes más importantes del continente europeo.

Viajó hasta Europa para cumplir su sueño de debutar en ese equipo. Logró pasar las pruebas y así empezó su sueño futbolero. En su primer día de entrenamiento, llamó la atención de los entrenadores, los cuales coincidían en que Cristian sería un excelente jugador en la Casa Blanca. El día del primer partido de Cristian como jugador del Real Madrid sub-17, saltó al campo como titular, y a los 15 minutos de juego marcó un golazo que todos festejaron. La defensa contraria no podía detener a Cristian, el medio tiempo llegó con marcador de 1-0.

En los vestidores, el entrenador lo felicitó. Volvió al campo para marcar dos goles más y con esto lograr un debut soñado. Pasaron los meses, el excelente talento y trabajo de Cristian lograron que el Castilla lo llamara para jugar la Champions League. Cristian respondió con grandes actuaciones y así llevar al Castilla a jugar la final contra el Arsenal, en donde Cristian daba el mejor partido de su carrera para ganar la copa.

[102] Después de 3 años jugando en los equipos del Real Madrid, el cuerpo técnico del primer equipo llegó a la

conclusión de que Cristian ya estaba listo para debutar con ellos, su partido de debut sería ante el Atlético de Madrid. Cristian demostraba mucho nerviosismo, fallando pases y oportunidades de gol, así llegó al medio tiempo y en los vestidores el capitán Sergio Ramos le dio ánimos, diciéndole que fuera el Cristian que llamó la atención del cuerpo técnico. Cristian sintió un alivio de tal forma que en el segundo tiempo marcaría un gol y provocaría el penal con el cual el Real ganaría el derbi madrileño.

En su primera temporada con el Madrid ganaría todo y sería premiado con el Golden Boy, galardón que otorgan al mejor jugador menor a 21 años en Europa. Ese mismo año fue llamado al Tricolor a disputar partidos amistosos en los cuales volvería a destacar, ganándose un puesto en el cuadro de la selección mexicana.

A la edad de 25 años, Cristian era seleccionado para ir al mundial de fútbol. En su primer partido lograría meter 3 goles, en el segundo marcaría 2 y en el último, otros 3, llevando a la selección de México a jugar contra Holanda. Cristian marcaría el gol con el cual México lograba llegar al quinto partido. México avanzaría hasta llegar a la final contra España, país que le había dado todo a nivel deportivo. El día de la final se acercaba y Cristian estaba seguro de que daría el primer mundial a México contra todo pronóstico. Cristian se iría a dormir temprano para llegar a la final fresco y descansado.

Llegó el día de la final, el equipo bajó a desayunar y terminando se subieron al autobús para llegar al estadio. Los jugadores saltaron al campo a calentar, y ya en los

vestidores Cristian daba una plática motivacional con la cual la selección se animaba.

Empezó el partido y a los 20 minutos, España marcó el primer gol. México anotó el 1-1 al minuto 30. Empezó el segundo tiempo. España volvió a adelantarse en el marcador al minuto 70, México empató el partido. Era un encuentro difícil para ambas selecciones hasta que al minuto 92 marcaron penal para México, Cristian lo cobraría. Daba un salto y un respiro profundo para anotar el penal. Pero de un momento a otro todo se volvió oscuro. Cristian despertó en un hospital, gritó al no ver sus piernas. Su mamá y el doctor entraron a verlo, él les preguntó sobre qué lo había pasado. Con los ojos llorosos su madre le dijo que hacía varios años tuvo un accidente, en el cual había perdido las piernas y había quedado en coma. Cristian, con lágrimas en los ojos, comprendió que había sido un sueño del cual no hubiera querido despertar.

Yo vaya en busca de mi alma y hacer que quede en libertad.

Hasta que entendí

MARÍA ELENA RUFINO LÓPEZ

En la televisión todos los días aparecen noticias sobre las mujeres que encuentran muertas, violadas y torturadas, nunca le tomé importancia hasta que me sucedió a mí.

Me llamo Soledad, tenía una vida normal, trabajaba en una cafetería, sin pareja sentimental, por lo que vivía sola, me sentía triste por ello, pero sabía que tenía más tiempo por delante. Un día llegó un muchacho muy bien parecido. De repente, él comenzó a ir más veces al local, no parecía mala persona, y así, de un hola y un adiós, comenzamos a salir.

En las primeras semanas todo estaba bien, era muy atento y teníamos gustos muy parecidos, pero comencé a pensar en que en verdad no lo conocía. No sabía dónde trabajaba ni dónde vivía, en ese momento empecé a preocuparme, solo sabía que se llamaba Ricardo, que tenía la misma edad que yo, 21 años, o eso me había dicho.

Un día preguntó si quería ir a una fiesta con él. Acepté. Todo iba bien hasta que me presentó a un amigo, muy guapo, se llamaba Alexis. Nos pusimos a platicar, era muy extrañó, pero tenía algo que no me agradaba. Su mirada era muy penetrante, que te incomoda, como un acosador. Ese día regresé a mi casa en compañía de Alexis, ya que, según él, vivía cerca de mi casa, aunque nunca antes lo había visto.

Tiempo después, me dirigía hacia mi casa cuando me encontré con él, me sorprendí. Ahí fue cuando empezó la cuenta regresiva para mi vida. Íbamos caminando cuando una camioneta blanca nos cerró el paso. Alexis me empujó a ella y adentro estaba Franco.

No entendía lo que sucedía, estaba desesperada, aterrada. ¿A dónde me llevaban?, ¿por qué a mí? Me drogaron para que me durmiera.

Cuando desperté, estaba en un cuarto sentada en una silla con las manos atadas. Mi desesperación por desatarme hizo que la silla se fuera hacia un lado y caí al piso, Alexis llegó un ese momento. Me levantó y me dijo:

—No puedes escapar, resígnate a morir.

Yo quería llorar, sentía un odio hacia mí por ser tan confiada, pude evitar todo eso, pero no, ya no quería estar más tiempo sola.

En esa silla comenzó a apuñalarme lentamente en el estómago, el dolor era insoportable, creo que fueron cinco puñaladas cuando escuché la voz de Franco, no entendí muy bien lo que dijo, solo escuché un sonido aturdidor, un dolor en mi pecho muy fuerte, me sentía mareada y ahí acabó mi vida.

¿Por qué?

FERNANDO SÁNCHEZ RIVERA

Tardeya, un día lluvioso y oscuro. Un chico, seguramente sin nombre, infeliz, con depresión, con una necesidad de una razón para seguir viviendo, una locura totalmente. Una familia amorosa, buenos amigos, una novia, buena economía familiar, sin embargo ¿Por qué no era feliz? Tal vez era el odio a la sociedad y a las personas que lo rodeaban, la falta de amor, o tal vez solo estaba loco. Tristeza, odio, sin poder expresarlo, ni quejas, mucho menos lágrimas, fingiendo alegría, cariño y amor hacia las personas, escondiendo toda esa infelicidad bajo una sonrisa falsa. Salvo su madre, la única persona a la que, en verdad, el chico amaba, una mujer amorosa y cariñosa que amaba a su hijo.

¿Por qué aquel chico odiaba a todos por igual? Nunca sufrió de abusos físicos ni mentales, todo lo que él quería siempre lo obtuvo, tal vez era eso, que al cumplir todos sus caprichos el perdió interés por la vida. Pero aun así eso no explicaba el odio a las personas, incluso a las que no conocía, sin embargo, ese odio no significaba que no comprendiera la vida. Él siempre respetó la vida de los demás, sus decisiones y la forma en que otras personas veían la vida.

Insomnio, se notaba en sus ojos, siempre con ojeras, a veces él mismo lo afirmaba con sus falsos amigos, tantos casos de depresión falsa en el mundo, incluyendo el

ambiente de ese chico, con personas que practicar el cutting solo para llamar la atención, hacían que la gente perdiera su atención en aquel muchacho que en realidad sí tenía depresión, algo que él agradecía.

Los doctores siempre dijeron que él estaba bien, sano, salvo los psiquiatras, que sin duda le diagnosticaron depresión.

Una chica, Mónica, bellísima y tan perfecta que no parecía de este mundo, ella no sufría, ella tenía una vida similar a la del chico, pero la diferencia entre ellos dos era abismal y esa diferencia es que ella sí era feliz, siempre alegre y siempre con una sonrisa real en la cara. Ella sentía algo por aquel muchacho sin nombre, era un sentimiento considerado muy hermoso por las personas, amor.

El chico no buscaba felicidad o amor, ni siquiera se preocupaba por la razón de su sufrimiento. Mientras que otras personas se preocupaban por hallar el sentido de la vida, o se centraban en sus creencias religiosas, a diferencia de este chico. Era una persona que no vivía, ni dejaba vivir, pero para Mónica él siempre fue su inspiración y su razón para vivir.

Ese chico, bajo esa sonrisa, demostró que él también sentía algo por Mónica. Ella era de alguna manera extraña. Parte de la vida del chico la quería. ¿Por qué una chica tan perfecta se enamoraría de aquel chico que ni siquiera tenía nombre? Esa es una pregunta complicada, y la respuesta más simple que se podría dar es que así es el amor, incomprendible y generalmente el amor no tiene sentido.

Amor, aquel sentimiento, a veces razón del sufrimiento de la gente, a veces la felicidad de algunos y a veces la razón para vivir de otros.

Una noche oscura y fría, en la calle, a la luz de la luna, Mónica encontró al chico sentado en el suelo escuchando música, piezas de Beethoven y Tchaikovsky, ella sin poder expresarse de manera correcta le preguntó:

— ¿Por qué eres así?

El chico le respondió de una manera fría y con una voz bastante seria, como para comprender, que él no quería responder:

— Soy nadie, soy aquel que muestra la conciencia humana, soy el odio y el amor, aquel que sueña contigo, aquel que te ama y te imagina.

La chica del hospital

DIANA SOTO GAYTÁN

Mi celular marcaba las 20:00 horas. Comenzaba a oscurecer, el cielo estaba despejado, por lo que la luz de la luna que entraba por mi ventana, y las estrellas brillaban en el cielo. Me encontraba en una habitación de hospital, recostada en la cama tan solo cubierta con una bata de color azul, mi cabello sujeto en una coleta alta, por una liga rosa. Estaba ardiendo en fiebre y delirando hasta tal punto de empezar a quedarme dormida. Recién me habían realizado una cirugía en la que me habían retirado un tumor del cual se desconocía si era benigno o maligno.

De repente comencé a ver a una niña delgada y con cabello muy corto. Conforme se acercaba, la podía observar más a detalle. Tenía ojos cafés con pestañas largas, labios gruesos y tenía un lunar, el mismo que yo en la parte derecha arriba del labio. Ella era idéntica a mí, excepto por el corte de cabello; la curiosidad me ganaba, por lo que me atreví a preguntar:

— ¿Quién eres?, ¿por qué te pareces tanto a mí?

— Pero... ¿Qué no es obvio?, soy tú, me contestó.

— Eso no puede ser cierto, estas más delgada y con el cabello muy corto, jamás me lo cortaría tanto; además, no creo en que tengamos un doble, dije.

La miré desafiante, pues pensé que estaba jugando conmigo por la situación.

—No soy tu doble, en verdad soy tú, solo que meses después de cómo te encuentras ahora. Yo ya viví todo esto y te diré que no será algo sencillo. Pero bueno, te contaré por qué tengo este aspecto:

—¿Quiéres?, me preguntó.

—No entiendo nada, pero me interesa tu... bueno, NUESTRA HISTORIA, dije con voz desconfiada y nerviosa.

—Verás, el día en el que ahora estás, 18 de octubre, los médicos te darán cierta noticia que les bajará el ánimo a todos aquellos que te aman, sobre todo a tus padres. Sentirás que todo se va abajo; posiblemente, creerás que estoy loca, y lo entiendo, así reaccionaría si alguien llega y me hubiese dicho que el tumor que me quitaron resultó ser maligno y tendría que recibir quimioterapias.

Habló tan rápido, que no creí lo que acababa de escuchar. Me sorprendió tanto aquello que esa chica me dijo que quería estar soñando y creer que al despertar me iría a mi casa junto con mi familia. Desperté, pero aún era de noche, y en unos minutos entraron mi cirujana y una oncóloga junto con mis papás, quienes traían los ojos rojos y llorosos; seguía sin poder creer lo que acaba de suceder. Día a día mi aspecto cambió hasta ser igual al de aquella chica que decía ser yo.

Amnesia

CARLOS GUSTAVO VÁZQUEZ SÁNCHEZ

Era un día cualquiera para Jonás, quien trabajaba como chef en un restaurante ubicado sobre la avenida principal de un pequeño pueblo. Iba de camino a su trabajo, pero algo notó, todo estaba muy callado, no había gente en las calles, era como si de un día para otro todos hubiesen desaparecido. Siguió caminando y al llegar al restaurante vio el lugar medio vacío y a las personas que estaban sentadas con temor en sus ojos.

Iba de regreso a casa, pues ya era tarde y siempre veía un poco de televisión antes de dormir. Cuando encendió el televisor, observó que en todos los canales hablaban sobre una terrible tragedia en el pueblo de Jonás, pues se habían registrado 30 homicidios la noche pasada. Al ver esa nota se quedó impactado y le pasó un escalofrío por la espalda; ahora entendía por qué todo se veía desolado, el temor de ser asesinado era demasiado para mucha gente.

Pasaron los días y se volvían a dar más casos de homicidios por la zona. Como no quería salir, se quedaba chateando toda la tarde con una amiga llamada Jocelyn acerca del tema y trataban de buscar a la persona que estaba cometiendo esos actos. Era un pueblo pequeño, todos se conocían, era casi imposible que no lo encontraran. Se esmeraron mucho y después de dos semanas de descartar, les quedaban tres sospechosos.

El día que supuestamente iban a resolver el caso, Jonás fue a la casa de Jocelyn para estar seguros de quien sería el supuesto asesino. Jonás no había podido descansar mucho y se tomó una siesta para tomar energías, mientras que su amiga prepararía algo de comer.

Algo inesperado había ocurrido, cuando Jonás despertó no escuchaba a su amiga, pensó que había salido a comprar cosas para comer. Fue al baño y al abrir la puerta, encontró a Jocelyn cubierta de sangre. Llamó a la policía y cuando llegó se lo llevaron para interrogarlo.

Jocelyn tenía cámaras en casa y por lo que se veía Jonás la había asesinado. Al parecer cuando Jonás dormía, otra personalidad despertaba para matar a la gente. Fue llevado a un hospital psiquiátrico del cual nunca saldría. Después de que le dijeran lo que hacía mientras supuestamente dormía, no encontró más solución que aventarse desde el techo del hospital para no tener que cargar con esa responsabilidad de haber matado a tanta gente por el resto de su vida.

El sentir de Paula

GERSON ZELANDA MARTÍNEZ

Era 14 de agosto del 2007, mi hermana menor iba a cumplir un año, su primer año, mis padres decidieron celebrarlo con una fiesta familiar y con temática de Blanca Nieves. Habíamos preparado todo con tiempo, mi madre quería que en la fiesta llevaran un gorro como los que tenían los 7 enanos de Blanca Nieves, y así fue, ese día me había cortado el dedo con un cuchillo queriendo ayudar a mi abuela cortando limones. Mi abuela Paula me puso una gasa en el dedo. Mi abuela tenía ojos color café, cabello pintado de negro, no le gustaba que se vieran sus canas, de complexión delgada, estatura media, color de piel blanca con arrugas. Era una mujer de dulce carácter, por eso la quería demasiado. Iba por mí al kínder y me compraba mis palomitas saliendo.

Era el día de la fiesta, todos celebraban el cumpleaños de mi hermana, todos con sus gorros de los enanos de Blanca Nieves y mi hermana vestida como Blanca Nieves, era un festejo completo. Había un inflable y yo jugaba en él, pero me molestaba mi cortada, pero aun así jugaba. En un descuido, mi gasa se desprendió y me volvió a sangrar mi dedo, así que corrí con mi madre y le dije que mi gasa se había caído, mi mamá me dijo.

— No puedo atenderte ahorita, dile a tu abuela.

[114] Así que fui corriendo con mi abuela y le dije:

—Abuela, se me ha desprendido mi gasa, ¿me puede poner otra?

—Claro, hijo, vamos adentro de tu casa.

Fuimos hacia el cuarto de mis padres, ahí tenía las gasas mi mamá. Mi abuela comenzó a colocarme la gasa y veía cómo lo hacía mientras me preguntaba

—¿Duele?

Yo decía que no, me dolía solo un poco, pero me aguantaba, así que comencé a platicar con ella.

—¡Abuela, el 30 de agosto cumpla 8 años, estoy emocionado porque me regalarán un pastel!

—Sí, hijo, ya vas a cumplir 8 años, ya estás grandote.

—Sí, ya estoy grande abuela, pero yo quería una fiesta de cumpleaños como la de mi hermana. Pero no se puede porque han festejado a mi hermana, pero mis padres me han dicho que el siguiente año que cumpla 9 me festejarán y eso me emociona.

—Sí, hijo, me habían dicho tus padres que festejarían tu cumpleaños, pero yo no podré asistir.

Me quedé intrigado por lo que me había dicho.

—¿Por qué no podrás asistir, abuela?

—No puedo decirte, hijo, perdóname. Vamos, tenemos que estar en la fiesta, ya repartirán los dulces y no te darán.

—Sí, vamos o si no me quedaré sin dulces.}

Me había intrigado mucho su respuesta: toda la fiesta me quedé con eso. La fiesta había terminado, mi abuela se había despedido y sentí que la tenía que abrazar fuerte, así que lo hice.

Pasó el tiempo, era junio del 2008, faltaban dos meses para mi cumpleaños y dos semanas para salir de vacaciones. Me encontraba un domingo por la mañana preparando mis cosas para ir a jugar al fútbol en la liga infantil de mi barrio. Recuerdo que mi madre nos dijo que saldría con mi padre al hospital. Mi abuela Paula estaba enferma y se le había complicado la enfermedad: tenía cáncer de pulmón. Mi madre nos advirtió que nos quedaríamos solos en casa, así que teníamos que alzar y hacer el aseo, luego de que regresáramos de ir a jugar. Mi madre se había ido a las 9 y nosotros jugábamos a las 11. A las 10:30 entró mi madre llorando, yo me encontraba haciendo tarea en la sala, y le pregunté.

— ¿Mamá, por qué lloras?

Ella lloraba con descontrol y me abrazo.

— Tu abuela ha muerto.

Me quedé congelado, sentía cómo ardía y se enfriaba mi cuerpo a la vez. Aquella viejita que me había cuidado, que iba por mí al kínder, que cuando iba a su casa me consentía con comida, abrazos y uno que otro regaño por hacer travesuras estaba muerta. Yo la quería tanto, era mi segunda madre, me encantaba hacerla reír con mis chistes y bailes graciosos, aquella señora que me sonreía, ya no lo iba a volver a ser.

Mi madre me dijo que me quedara en casa, que ella iría por mí y mi hermano para ir al sepelio. Me quedé sentado en la sala, tenía mis libros de la escuela por toda la mesa y comencé a llorar sobre ellos, había perdido a alguien

[116] importante en mi vida. Al día siguiente, me encontraba

en la casa de mi abuela, todo era silencio, era un lugar frío, un momento triste para los que estaban ahí.

Cuando vi el ataúd, me quedé viendo el sillón donde se sentaba, juro que la vi ahí sentada viéndonos y viéndome a mí, y escuché una voz diciendo:

—Perdón por no estar en tu cumpleaños número nueve.

Recordé esa vez que mi abuela me había dicho que ya no estaría en mi cumpleaños número 9. Ella sentía su muerte llegar.

[CUENTO 2020]

Un velador cualquiera

CARLOS IVÁN ABAD ZAMORA

18:00 horas. El velador José Rodrigo continuaba su jornada laboral, como todos los días. Apiló su pesada maleta en el baño y dejó su mochila en la esquina, tomó la libreta de reportes y anotó su llegada sin alguna novedad. Todo el tiempo consiguiente era para él solo.

00:00 horas. Se comenzaba a notar una espontánea falta de tránsito, el silencio hacía fácilmente resaltar un escalofrío. A través de las cámaras de seguridad, se observaba la carretera que daba para la entrada al condominio habitacional, además de diferentes puntos que mostraban los lugares claves para que José cuidara aquel lugar.

Un sitio agradable y tranquilo para vivir. Cualquier persona que tuviera un alcance monetario de 6 cifras podía solicitar ahí alguna vivienda. No era el caso para aquel velador.

Un señor de edad mediana que físicamente daba un aire erróneo a la edad que en verdad tenía. Alguien agradable y amable, pero desconocido en aquel lugar. Le agradaba estar en su cuarto de trabajo y le desagradaba la compañía. Trabajaba para poder comer y pagar lo que necesitara y, claro, él deseaba vivir en una propiedad como aquellas que cuidaba, pero eso no era pretexto para hacer pensar que era alguien desafortunado, sino al contrario.

[120] Le gustaba estar allí, solo tenía que abrir la puerta cuando entrara o saliera alguna persona. Su cuidado noc-

turno solo bastaba con observar las cámaras de seguridad. Sin embargo, no conforme con esto, y para evitar sentir claustrofobia, tomó su linterna, las llaves, su maleta y salió a dar un recorrido al lugar, así se cercioraría también de que la tranquilidad no fuera perturbada con algún infortunio. Casi un año laborando allí y no se había encontrado con ello. Pasó por una calle y por otra; observaba las casas, sin detenimiento. Caminaba por el parque del lugar, silencioso, solo se oían sus propios quejidos por un cansancio provocado por la edad. Hora y media después subía las escaleras continuando su camino hacia la parte alta. Allí daba una gran vista a la carretera y más allá. El esfuerzo que él sentía haber hecho, lo desquitaba mirando aquel paisaje nocturno, que le provocaba un sentimiento idílico. La razón por la que el hombre estaba conforme con su humilde trabajo. Buscó en la bolsa de su chaqueta la caja de cerillos, en la otra bolsa sacó sus cigarrillos que, a pesar de no ser fumador, aquel momento lo ameritaba.

02:30 horas. Regresaba al cuarto donde yacería el resto de la joven noche. La luz de la pantalla resaltaba por sobre toda la oscuridad. Ya sentado, descansando y observando, José vio llegar un auto a la entrada cerrada, apenas a 10 metros de distancia de donde se encontraba un automóvil estacionado con el motor y los faros encendidos. Parecía que estaba esperando algo o a alguien. Por el reflejo de las luces no se distinguía al conductor, ni siquiera se distinguía si había alguno. Imposible saber quién piloteaba aquel automóvil.

—¿Qué rayos querrá? ¿Necesitará algo? ¿Estará buscando algo?, se preguntaba el velador con notable nerviosismo.

De pronto, se apagó el motor de golpe. Un Ford Jetta color Rojo.

Un conocido aldeaño solía dejar todos los días, en el condominio, a una joven residente. Palabra alguna no dirigía y, a pesar de eso, le parecía un par agradable. Eso sí, a su llegada un saludo amable no faltaba. Ella, de 19 años. Él, de unos 21 años aproximadamente. Siempre a la misma hora llegaba en su Jetta Rojo, un regalo de sus padres por su cumpleaños 18, y la dejaba en el estacionamiento.

El corazón lo sentía más palpitante aún que en su caminata. Solo observaba la silueta oscura de un hombre en el asiento del conductor. Posiblemente, era el joven que veía todos los días, pero no podía estar seguro. Estaban los dos inmóviles, observándose, esperando a que alguno hiciese algo.

—Probablemente, esté ebrio o drogado. Sí, eso debe ser. Ni él ha de saber qué hace aquí, se dijo.

De repente, como estruendo, prendió el motor de golpe y el conductor echó de reversa maniobrando en una pequeña curva que daba hacia la carretera. Acaso ya sabía que ebrio ni drogado estaba. Aquello lo dejó pensando y con ansiedad al pobre hombre que solo observó cómo se iba aquel auto. Solo buscó en su chaqueta sus cigarrillos y sus cerillos, puso uno en su boca y lo prendió.

Bernardo es un joven poco ingenioso y sin iniciativa propia, aunque un “*buen novio*”. Se escapaba entre clases

para pasear y estar con su novia, pasaban mucho tiempo juntos. Rosa, su pareja, residente de Villa Ciruelos, no hacía nada sin que Bernardo lo supiera. Con excepción de aquel día.

18:00 horas. En la mañana Bernardo no supo de ella. No respondió sus mensajes ni sus llamadas. Pasó el día intentando localizarla sin señal alguna. Sus padres, sin estar al tanto de ello, pues ellos pensaban que estaba en el colegio, como todos los días; cuando en realidad pasaba sus desventuras con su novio. Más tarde, inquietando a los papás de Rosa, se supo lo sucedido y el muchacho les informó lo que había pasado en el día.

02:30 horas. El chico llegó al condominio y se estacionó en la puerta cerrada del lugar. Frustrado, esperaba en su celular algún mensaje que lo calmara, pero no había nada aún. Apagó el motor. Veía al velador observándolo tras la inmensa reja que los separaba. Se sentía tonto e inútil por no haber conseguido nada útil. Se encontraba pasmado por cientos de ideas bárbaras que evocaba acerca del posible paradero de su novia. Estaba cansado, solo quería que acabara esa pesadilla. Y ya, a punto de salir del auto para preguntar por información al velador, preguntarle siquiera si había visto a Rosa, si sabía algo, si la había visto salir o entrar. El teléfono timbró por un mensaje de la mamá de la joven.

—Creo que ya saben algo de Rosa, hijo, ven pronto. Por favor.

Al verlo, prendió el motor y echó de reversa hacia la carretera.

07:00 horas. Después de una noche larga de casi nada, José se preparaba, por fin, para irse de su jornada. Probablemente sería de las últimas veces que estuviera en esa caseta, él mismo sentía llegar los gajes de la vejez y que necesitaba gastar menos energía, cambiar su estilo de vida. Antes de irse, tomó el trapeador y lo enjuagó, limpió todo lo que pudo con cierta rapidez y cuidado. Tomó la libreta y reportó su salida. Por último, barrió las migajas de galletas que siempre dejaba después de haber pasado toda la noche comiéndolas con su café negro. Tomó su mochila y cerró la puerta de la caseta. Dejó la llave en la oficina principal, donde nunca había nadie. Y José Rodrigo, el velador cualquiera, se retiró de su servicio.

Saber a verde

HARUMI ALVARADO GARCÍA

“Diles que tenemos alas y las alas son del cielo”.

Chris Pueyo: Aquí dentro siempre llueve

El viento acaricia mi plumaje, me incita a volar. Cuando emprendo el vuelo, no hay nada que me detenga: extendiendo mis alas suaves, abrazadoras como el abrazo que quisiera dar.

Me lanzo del risco más alto con vistas al inmenso azul y, justo antes de tocar el agua, recuerdo que tengo alas, las despliego y revoloteo sobre el mar, siento que la sal invade mi ser y no sé si yo sepa a sal o la sal sepa a mí. En ese instante, recuerdo el verde en mi pico y la libertad en mis alas, ellas me llevan más allá de mi mirada.

Después del ocaso aparece un salero mágico que salpica la noche de estrellas, me poso sobre un nido lleno de calidez que por poco se me olvida volver.

Amanezco con un destello que me obliga a abrir mis ojos, veo el cielo tornarse de naranja, azul, rosa, malva, colores nunca vistos desde la jaula de una casa.

Me detengo y observo algunas florecillas que me hacen recordar cuán hermosa y afortunada es mi vida. Intento saber a qué sabe el verde mientras le susurro mi mayor secreto al viento, y el viento le dice al verde, o al menos le dice al árbol, que en ocasiones cuando miro la copa de los ébanos, me siento pájaro.

Mi futura esposa / Él vino en la cena

DIANA LAURA AMBROSIO HERNÁNDEZ

Aquella mañana leíste en el periódico las noticias más relevantes de la semana, pasaste página tras página, admiraste cada anuncio con detenimiento y solo uno pudo deleitarte lo suficiente para alegrar tu día entero.

Ya había pasado tiempo desde que estabas con ella y solo el hecho de admirar a aquella mujer te causaba felicidad inmensa, su cabello, sus ojos, aspirar su aroma. Todo era perfecto si la tenías a tu lado. El día de hoy decidiste salir a la calle, ella iba como tu acompañante, en secreto como siempre que te paseabas con ella para que su familia no se enterase, todo quedaba entre tú y ella.

Te paseaste por los lugares más discretos que podías, ya tenías los planes formados para esta noche, porque hoy era el día especial que tanto esperaban, pasaste a comprar vino tinto con ella, el único lugar transitado por el que pasaste fue el tren subterráneo, como todo un caballero estuviste al pendiente y la cuidaste como si fuera tu vida, este día nadie podría arruinarlo.

Llegaste a casa, la dejaste descansar en el sillón mientras terminabas los últimos preparativos: pusiste la música y danzaste al son del piano con ella, nada podía detenerlos, un giro tras otro, un paso tras otro.

La música te deleitó tanto que tu corazón palpitaba como un pájaro revoloteando, tu cabeza estaba por las nubes. Llevaste tus manos a la botella de vino, la destapaste,

el corcho salió volando y lo perdiste, serviste una porción racional en la copa, colocaste pan en la mesa, los platos, los cubiertos para una sola persona.

Caminaste hacia la chimenea, recogiste el periódico, lo llevaste a la mesa y a ella también, colocaste a ambos en la mesa, te sentaste y tomaste la copa de vino, la revolviste moviendo la mano en círculos precisos, aspiraste el aroma frutal, lo disfrutaste, más pronto que tarde bebiste un poco, era un deleite.

Tomaste el periódico y leíste la nota de esta mañana: “Desaparecida, mujer de 24 años”. Sonreíste con cinismo, te deleitaste al leer la noticia, no pudiste evitarlo, suspiraste de la nada, tomaste los cubiertos y comenzaste, habías cargado con esa cabeza toda la mañana, por cortar una mejilla, porque tiempo atrás pensaste que “quedaría perfecto con el vino en la cena”.

Sueño de un adolescente

ALAN BELLON GARCÍA

Mañana es el gran día en que podré demostrar mi proyecto, prepararé todos los carteles y dibujos para irme. Al día siguiente antes de salir de mi casa le pedí dinero extra a mi mamá para poder irme en taxi y evitar que se maltratara mi proyecto. Durante mucho tiempo supuse que llegaría el gran momento en el que pueda expresar mi idea, después de ya casi tres años de mucho estudio. En cuanto llegué a la clase de física, le pedí al profesor que yo quería ser el primero en pasar a exponer. Al profesor le pareció bien. Me presenté, dije mi idea de cómo sería la mejor forma de colonizar al planeta rojo, todavía no acababa de expresarme, mis compañeros mostraron una cara de desaprobación, pena ajena e incluso algunos se burlaron de mí.

El profesor se dirigió hacia mí con desprecio y expresó que no era posible que un niño de mi edad lograra eso, ni siquiera los mejores científicos de la Nasa lo habían logrado. Me mandó directo a mi lugar, calificó mi trabajo con un 6. Por cosas como esas, odio la escuela. Al llegar a mi casa, mi padre habló conmigo de cómo debía afrontar este tipo de situaciones.

Al día siguiente, se acercó Elliot a decirme que fuera con su amigo Odón. Una vez estando con él, me mostró un folleto de enero del 2026, que hablaba de un concurso que realizaría la empresa SpaceX, y quien lo ganara podría ir a Marte. Me contó que su papá trabajaba ahí

y le gustaría que lo conociera. Emocionado acepté. Al finalizar las clases, me fui con él, sabiendo que mi madre me regañaría.

La madre de Odón me recibió, me dio un plato de sopa para que comiera con el señor y así pudiéramos charlar. Fue muy amable conmigo, hasta el punto de que me propuso tratar de meter mi proyecto, porque pensó que sería una gran idea. Me sugirió que retocara algunas cosas, como ejemplo, me dijo ¿cuál sería la forma en que se transportarían los materiales? Al salir de la casa, la mamá de Odón me regaló una notita para que se lo diera a mi madre donde explicaba mi ausencia, también me dio el folleto del proyecto.

Me preparé durante 2 meses, esperando respuesta del papá de Odón. Hasta que un día en la escuela platicando con mis amigos, Elliot dijo que Odón se había ido de la ciudad por el trabajo de su papá. Me deprimí mucho, llegando al punto en que quería llorar enfrente de mis compañeros. Corrí directamente a la enfermería a decir que me sentía horrible, para que mi madre pasara por mí y me llevaran a mi casa. Una vez en mi casa cogí el teléfono para marcar al número de la empresa que aparecía en el folleto, hablé con el encargado y dije que era parte del concurso y pregunté cómo podía enviar mi proyecto, el receptor de la llamada me dijo que lo enviara a una dirección de correo. Inmediatamente lo envié.

Al cabo de una semana, me llamaron diciéndome que mi proyecto era el mejor, y que de presentar con éxito la idea, sería un candidato para ir a Marte. Le enseñé a

mi padre el mensaje, él se puso muy feliz, por lo cual se dispuso a llevarme a la empresa del otro lado del charco.

Estando ahí me anoté en las listas y esperé mi turno. Al verme el encargado del proyecto me dijo que no podría pasar puesto que era muy pequeño, aparte de que no soy físico. En ese justo momento entró en la sala el dueño de la empresa Elon Musk, me preguntó mi edad y me dijo que no existía problema alguno, debido a que ya casi soy mayor de edad, además le caí muy bien, gracias a esto me dieron permiso de participar.

Entré en un cuarto con plataforma alta donde estaba ya lista mi presentación, comencé explicando que para “*terraformar*” Marte, tenemos que transportar amoníaco congelado de las atmósferas de otros planetas, para calentar un poco el planeta, el calor convertiría el hielo seco del polo norte en gas y así darle una atmósfera propia al mismo, suficiente para poderse quitar el traje espacial, luego expliqué la forma en que se extraería el agua del subsuelo para que tiempo después el vapor del agua hiciera cada vez más gruesa la atmósfera, para así, eventualmente, ver agua y nieve en Marte. Después de aproximadamente 100 años existiría oxígeno suficiente para poder respirar y así la reingeniería del planeta sería completada.

Fui el ganador del concurso y ahora llevo más de 3 años sin poder salir de Marte por una falla de cálculos, pese a esto mi vida es muy tranquila y aburrida, sin nadie a quien contar mis logros. La empresa mandará dentro de dos meses a más de 200 personas que me ayudarán a terminar la transformación.

Lágrimas negras

EMILIANO EZEQUIEL CARMONA GARCÍA

Pasa su tarjeta, los torniquetes del Metrobús ceden y Raúl levanta sus piernas lo más arriba que puede. Da pasos que parecen saltos; no tiene idea de lo ridículo que se ve subiendo las rodillas a la altura de su estómago. Siempre pensó que eso lo haría correr más rápido, pero hasta este momento lo llevó a la práctica. No había corrido desde que comenzó a usar traje hace 10 años para su trabajo de administrador en un centro recreativo.

Un tipo de playera verde a lo lejos hace contacto visual con él, usa lentes y mira al corredor a los ojos. Hay desaprobación en esta mirada, su playera verde chillante rebota en sus cachetes, los ojos del espectador cambian de dirección. Una pluma ha sido expulsada de la camisa blanca con rayas que viste a Raúl, ahora se encuentra tirada enfrente del joven verdoso. El camión llega a la estación, Raúl frena, intercambia miradas con el centinela. Mira la pluma, las puertas se abren, en una maniobra se agacha, da un paso que lo hace llegar a la pluma. La toma, vuelve a levantar sus piernas dando zancadas que lo hacen entrar en su transporte que cierra la puerta a sus espaldas. Revisa la pluma “kilométrica” azul, ya no tiene tinta, se la dio su hija Edith, hace 10 meses, cuando lo habían ascendido o eso es lo que le dijo a ella, sin embargo, Raúl simplemente fue trasladado de centro a uno que quedaba una hora más lejos que el anterior. Esto significaba

que ya no podría pasar por ella a la secundaria. Por lo que mintió, dijo que le pagarían más, que ahora era el jefe y que de vez en cuando saldría temprano para recogerla. Jamás recibió permiso para horas extras. El salario era menos porque ahora pagaba otro camión para llegar, nunca tuvo el valor de pedirle a su nuevo jefe que quería salir temprano, esa pluma lo hacía ser El Jefe.

Un asiento se desocupa en el Metrobús, un señor pone sus ojos en el asiento, Raúl le mira el bigote con canas de este señor, no tendrá más de cincuenta años y su camisa blanca no presenta arrugas. Raúl se apresura a conquistar el lugar que el de los bigotes pretendía ocupar, siente una victoria. El sol cae sobre su cara, siempre ha odiado sentarse a un lado de la ventana, cuando el astro se esparce en los asientos. No entiende por qué se sentó, solo fue un reflejo, quería ganar el lugar. Olvida cuál era la prisa, el marco de la ventana tiene un número de serie “02121901”.

El vidrio tiene el sudor de alguien, en el reflejo Raúl asimila la silueta de su hija; gira la cabeza a la dirección de donde proviene dicho espejismo. No es su hija. Edith es mil veces más hermosa, piensa. Todo comienza con su sonrisa, sus dos incisivos centrales separados dejan un espacio que forma un triángulo isósceles perfecto. Están en la espera de que se caigan, aún son de leche. Más arriba en su mejilla izquierda tiene 8 diminutos lunares, llegaron a la conclusión cuando unieron los puntos de que formaban una tortuguita. Por último, su cabello, ella siempre logra tenerlo despeinado, nunca ha importado el exceso de gel que utiliza su madre para peinarla, ahora es

un sello personal. Edith es perfectamente imperfecta y eso la hace mil veces más hermosa. La máquina nombra la próxima estación, una nube de algodón de azúcar llama su atención, detrás un letrero que dice “*Secundaria Nº 130*”. Es la escuela de su hija. Es la hora de la salida, lleva la pluma en la mano. El sol lo aturdió, siente en su espalda la marca que está dejando su sudor, le da pena al despegar su cuerpo del asiento para levantarse. El sudor es molesto. Sólo viajó dos estaciones. Los bigotes aún expectantes le sonrían para luego tomar el lugar.

Raúl desciende del autobús, es la primera vez que sale temprano desde su traslado. Acomoda su camisa mientras piensa la frase tonta con la que saludará a Edith. Toma un respiro, el policía de la estación llevaba un radio en el cinturón, el volumen al máximo hace que se distorsione la canción de Compay Segundo. Raúl lleva su mano derecha a la frente, limpia el sudor que escurre y lo utiliza para peinarse, de su manga sale una pulsera morada con la leyenda *#niunamemos*.

Fue feliz por 59.53 segundos, mira la hora en una de las pantallas, esta vez llegó a tiempo. Si tan solo hubiera sido puntual hace 7 meses, si no le hubiera mentido a su hija, si hubiera renunciado al trabajo para llegar a recoger a Edith. Tal vez hoy no tendría que haber quedado de verse con su esposa al otro lado de la ciudad para ir a reconocer el cuerpo del cadáver de una mujer que coincide con los rasgos de su hija desaparecida hace ya 214 días. El celular vibra en su bolsillo, no contesta, no acompañará a su esposa.

El reflejo en mi tocador

JENNIFER ARANÍ CARRILLO RODRÍGUEZ

Suena el metal al ser arrastrado, un par de golpes rebotando en el eco junto con las voces que conversan arriba, alguien debe subir a ver, la más vieja y acostumbrada a los horrores.

— Señora, no me diga que otra vez está haciéndolo, se ha vuelto recurrente y me asusta.

— Sí, Margarita, créame que no es tan terrible como se ve desde donde usted está parada.

— Supongo que no querrá que le deje desayuno, ya sé cómo es esto, llame si necesita algo.

— Gracias, mujer. Puede retirarse, pero antes, ayúdeme a colocar más peso del lado izquierdo, vamos.

Aquella vieja toma un par de pesas más que se encontraban tiradas junto al tocador con el espejo estrellado, acata la orden de la patrona y las ancla a las cadenas que prenden de esos tobillos, todos encostrados. Antes de salir, gira ligeramente la cabeza en señal de negación, se dirige hacia la puerta y entre dientes se le escapa un – chingaos, otra vez–. Sin respuesta, se retira.

— Patricia, ahora que Margarita se ha ido, podemos continuar. ¡Pero arrímate más a la derecha!, las grietas de tu espejo no me dejan verte bien, has de presenciar tu juicio y no puedes escapar porque mi voz te seguirá a donde vayas hasta haber pagado tu pena.

—No me lastimes más, mira todas las cicatrices pasadas, por piedad del cielo, perdóname esta vez, mi cuerpo se ha cansado ya de gritar, de sufrir, de llorar...

—Si algo tienes claro es que esto no es negociable, cada cicatriz la has labrado tú, tú y nadie más que tú, baja la mirada, abre bien tus oídos y escucha: toma esa vela que está al lado de tu cama, enciéndela, ya sabes que hacer.

—Aún no sana la quemadura anterior.

—¿Acaso no tienes otra mano? Y sin gritar esta vez, no atormentes a la pobre viejecita de Margarita.

Obediente al reflejo, coloca la mano sana sobre la vela, cerca, muy cerca, resbalan lágrimas por sus mejillas regordetas, una tras otra y, entre sollozos, le dice —¿ya? por favor, haz que pare—. No hay respuesta, el dolor y la desesperación se vuelven insoportables, la vista se le nubla y cae.

Patricia despierta por el ardor en su mano, y entonces pregunta con tono de esperanza

—¿Terminó?

Una vez más no hay respuesta, alrededor de 23 minutos después. El reflejo por fin habla.

—Continuemos, acércate, déjame verte bien; creo que resulta una pérdida de tiempo mencionar los cargos que se te están cobrando, tú lo sabes bien, en tu frente, escritos a tinta transparente puedo verlos, y tú también. Hija de la miseria, toma esos gordos puños y acaricia violentamente tu rostro.

Las caricias son pedradas, el labio inferior comienza a romperse, su ojo se torna negruzco, y las cicatrices frescas

se abren de a poco, nuevamente. La fuerza se le escapa de los brazos y entonces es momento del descanso.

— Vuelve a acercarte, mírate, traes la cara manchada, pero puedo ver cómo tu alma se va limpiando, ya casi acabamos.

El reflejo comienza a ingeniárselas y dar un nuevo castigo acorde a la pena, mira de esquina a esquina de la habitación, intenta recordar dónde quedó el cuchillo la última vez...

— Patricia, busca en el cajón de abajo a mi derecha el cuchillo de mango rojo -un momento de silencio mientras se realiza la búsqueda-. ¿Lo encontraste?

— Sí, aquí está. ¿Qué quieres que haga con él?

— Ponte creativa, tu piel ahora es papel y el cuchillo será el lápiz, dibuja para mí.

La mala costumbre de recargar el lápiz le estaba costando cara, algunos trazos aquí y allá, la tinta carmesí comienza a derramarse. Patricia para de golpe, se acerca cautelosa al espejo y susurra:

— Quiero el perdón, es hora de pagar la cuenta completa -da el trazo final, un punto nomás, el centro de la hoja de papel y así, sin más, el lápiz cae lento, el impacto contra el suelo retumba fuerte. El tiempo se detiene un momento y con la poca fuerza sobrante de ese cuerpo que, tras ya varios juicios, no era más que un trozo de carne de mala calidad. Patricia fija su mirada en las grietas del espejo, ve el reflejo, sonrío y dice, por fin en tono alegre:

— He pagado con lo más valioso que tenía, admira tu obra de arte, es un dibujo especial para ti. Ahora puedes

marcharte, cumplí el pago de las penas pasadas y del presente, vete.

Mientras el cuerpo de Patricia caía a la alfombra que decora los suelos de su habitación, ella observa que el espejo de su tocador se quiebra y su reflejo sigue ahí, en shock. Lleno de grietas estalla, conforme los pedacitos caen, se diluye la imagen del castigo. Ya no hay voces, se acabaron los estruendos y las quejas, ya no hay nada; se ha levantado el juicio. Margarita regresa, sin sorprenderse comienza a limpiar mientras, en voz alta, como si un público la escuchara, dice:

—¿Cuántos hay que se atormentan sin razón? ¿Buscarán no ser juzgados mientras viven o mejor la calma cuando mueren?

Oscuridad

DIEGO CASTILLO JUÁREZ

Oscuridad es lo que recuerdo al final, junto a ese incesante frío y las intensas ganas de romper en llanto, pero ¿qué fue lo que me hizo estar de esta forma?, quizás deba concentrarme y, con ello, podría encontrar una solución, más que una simple respuesta.

Comienzo por recordar. Todo se remonta a un día cualquiera de escuela; llegaba con mi mejor amiga, a quien acompañaba a su salón, como ya era costumbre. Continuaba caminando hacia mi salón, saludando a mis amigos, y a ella, esa hermosa y dulce chica, con la que tenía un peculiar juego en el que fingíamos ser una pareja. En su momento me pareció un simple lance, pero ignoraba en lo que se convertiría.

Tras continuar la jugada con aquella chica, comencé a sentir un afecto que se incrementaba cada vez más, al tiempo que las posibilidades de que estuviéramos juntos las consideraba casi nulas debido a que era una chica que no podría fijarse en alguien como yo.

Pasaba el tiempo y el juego continuaba hasta que llegó el día en el que nos enteramos de nuestros sentimientos. Lo recuerdo bien, fue un momento bello. Ahora que ambos nos atraíamos, dejamos de lado el juego para, esta vez, hacerlo formalmente.

Pero... Sí, llegó a mi mente lo peor que me pudo haber sucedido. Mi pasado, las peores experiencias que tuve

con una chica. Pero trataba de que eso no me terminara de distraer, de lo que estaba sucediendo con mi nueva relación.

Logré salir adelante con ella, claro, siempre teniendo mis precauciones. Salimos, nos hicimos pareja, visitó mi hogar y conoció una parte de mi familia, incluso fuimos a una fiesta juntos y ¡vaya que fue una muy hermosa experiencia! Pero poco tiempo después, noté un radical cambio, de un día para otro, parecía como si todo se hubiese derrumbado.

Hasta que llegó ese fatídico día. Tuvimos una breve charla y sucedió lo más razonable, terminamos. Lo único que me es posible ver es oscuridad porque con ella me sentía increíble. A pesar de que no fue demasiado tiempo el que estuvimos juntos, me demostró que era asombrosa, me trató como ninguna otra chica.

Traté de continuar con lo mío, y me apoyaba en mi mejor amiga para poder salir adelante, pero no pude prevenir lo que sucedería. Le di a entender que ella no me importaba, lo cual fue un grave error, porque nunca fue esa mi intención, traté de enmendar mi error, pero todo fue en vano.

Sí. Ahora lo recuerdo todo, porque estoy situado aquí. Siento que me estoy aferrando, por eso no podía ver más allá de mi pasado. Y no es la primera vez, también con aquella chica me preocupé demasiado. Pero haber perdido a mi mejor amiga fue un golpe incluso peor hacia mí, porque ella era muy importante, a tal grado de que la consideraba como si fuese mi hermana.

Traté de enmendar ciertas cosas, incluso las que yo no tenía culpa, si tan solo hubiera entendido que algunos asuntos no me correspondían solucionar, antes de que mis pesadillas, errores y algunas otras cosas más, me hubieran terminado por consumir.

Sé que este tipo de problemas, para algunos, pueden ser de lo peor o, para otros, podrían ser algo que no vale la pena prestar demasiada atención, pero ese fue mi caso.

Me hubiera gustado que antes de haberme ido, les hubiera hecho saber a mis amigos, familiares, la hermosa chica y mi mejor amiga, lo agradecido que estaba con ellos, por haber estado conmigo, por haberme soportado y haberles pedido una disculpa si alguna vez cometí un error.

Seis

FERNANDA DANAÉ CEJA HERNÁNDEZ

El telón de mediodía ha caído y la penumbra de la noche se desploma, para acunarse en la brisa de una primavera cercana. Provocando el choque cariñoso de cuerpos ajenos, al caminar en vibraciones frescas y sutiles, otorgando un ambiente armónico, al centro de la ribera, todo en conjunto y abrazando la calma, en dirección a mi hogar, siendo seguido por el jugueteo en mis dedos ante el trozo de papel que momentos antes me fue proporcionado, asociando un simbolismo de misterio al momento de mi marcha.

No dijo mucho después de ello, dejó mi alma con el cosquilleo inconsciente de temor sobre el pujante: “Te veré pronto”, de su honda voz, que despertaba del augurio de penumbra inminente, señalando lo peor. Después de presenciar movimientos inelegibles en sus ojos, en sincronía con su habla incoherente, sumado a una pérdida de mi órbita sin planificación, no tuve más que pensar. Si no lo conociera, podría decir que emanaba pavor. Su aura cohibida no me dejó opciones.

Pero ese azabache nunca muestra rasgo de angustia, era cuestión de mirar esos orbes quisquillosos color chocolate para divisar una tormenta de osadía imposible de controlar, si me preguntan, existe nula posibilidad de evitar visualizarlo entre la intemperie de la galaxia, porque no ha nacido nadie que albergue deseo de superioridad tan firmemente en un solo ser como el celestial hace.

Nunca fue difícil indagar en él, mas la tortura llegaba al buscar resolución a su silencio, credibilidad a sus versos y sentido a sus acciones. No sería catalogado como un encanto peculiar, algo sublime, al contrario, sería el núcleo de una imaginación, ser intangible procedente de sueños angelicales contemplados únicamente en templos de arquitectura dorada.

Cabe dialogar que tal deidad admirada por cientos, eventualmente desplazará su descontento al sentimiento de repudio, esto que sólo fue un momento, instante en donde el cielo tropieza con el mar y a la costa aterriza la tenue pero hechizante luz que puedes observar, pero no tocar, una máscara, el tiempo transita y aquel iluminado desaparece, cayendo en el inframundo donde la magia no existe y Dios es un jugador tramposo que azota el tablero con su mejor carta y busca al desequilibrio de tus sentidos, esa imagen es transformada en ilusión y juntos hemos caído a los pies del juego divino.

Esto conlleva a mi pensar a enfocarse en un papel con sobrenombre de indescifrable, una adivinanza que con palpable simpleza vuelve implícita una paradoja, tan bien narrada, que es utópico esclarecer su enigma. Si la ironía fuera una persona, su dramática risa llenaría mis oídos con notable burla, todo mientras mi cabeza se acerca a millones de interrogantes sin solución, una más intoxicante que la anterior.

Rezando respuesta a única cuestión, me dispongo al manto metafórico de la superstición del destino. ¿Existe razón para realizar este acto? Obtengo inflexibles adver-

tencias entrelazadas a dudas. La cobardía de mis manos provoca el desgarre, nada ingenuo, que desunió al objeto en una tensión fugaz, en abandono, dando una corriente insoportable de desesperación en el manejo de mi mente, y en mis plasmados ojos se evocan las solitarias tres palabras escritas de forma sádica en mi piel.

El andar de mis pies se detiene instintivamente ante la presión de mi corazón. Viajo rápidamente en dirección a mis músculos, para posteriormente indagar en el exterior. Anhele consuelo frente a mi paso, pero este ya no existe y el espíritu me permite presenciar el fin, encontrando con resignación una luz cegadora e incrementada desde el fondo del piélago y un sonido a la distancia

que se corta apresuradamente al avanzar cuesta abajo entre arena y agua. Ese cuerpo es despojado de mi dominio y deja en el vacío de la nada mi último aliento.

Todo con el canto del océano al fondo del ramé, en certeza de nunca descansar en el paradisíaco lugar.

Tú, ser etéreo e idealizado, no eres más que un teatro donde desconocía a todos, y yo cual fiel espectadora avizoré el espectáculo de un artista mal famoso que interpreta el papel estelar en la sorpresiva obra de mi descenso.

Ángeles caídos del cielo, demonios encarnados en humanos y ladrones confundidos con sirenas.

“En la nada.”

Telemaco

EDUARDO GARCÍA ANAYA

La historia original de este relato comienza con la pérdida de unas llaves, pero ¿qué pasa si no sucede esa pérdida de esas llaves? ¿No hay historia y, por tanto, nos quedamos sin cuento? Ahora bien... así comienza nuestro relato.

Como cada madrugada, el día de Cornelius O'Jecy iniciaba con la música de su radiorreloj despertador. Meditó un momento: ¿qué pie era el primero que debía poner en el suelo? Meditó un momento y puso primero el derecho en su pantufla. Se escuchaban los cantos casi artificiales de unos pajaritos. Se encaminó al baño. Una vez allí, levantó la tapa, bajó sus pantalones, se sentó. Otra vez se escucharon los pajaritos.

Era la primera vez que tomaba conciencia sobre esas aves. En un principio pensé que se trataba del despertador de algún vecino, sonaba tan real que casi podría decir que era una alarma de un celular o algo así, pero luego me di cuenta que no, que en algún sitio de la calle una familia de aves se encontraba. Aves. Algunas amigas sufren con estos menesteres cuando tienen que hacerlos fuera de su casa, fuera de su zona de confort. Hay hasta chistes sobre el caso. La muy noble postura de aguilita. ¡Qué cosas me cuentan! En todo ese sufrimiento algo hay de masoquismo, pero también algo de humor... tan fácil que sería, como hacía mi abuela, forrar de papel la taza, pero luego es complicado no mojar, no embarrar. Tal vez esa fuerza

que hacen al balancearse tiene por resultado sus bien torneados muslos... ¡y piernas! Otra solución podría ser sentarse sin más ni más, total, sus temores de infecciones solo tendrían lugar si pegaran sus puertas a la taza, o que tuvieran una herida en las nalgas o en los muslos, de otra forma, se me hacía que no... las bacterias, virus u hongos no hacen saltos de trapecistas. ¡Tan plácido que era sentarse y descargar!

Miriam me contó que a veces tenían que hacer verdaderos malabares. Jajaja. Iris, en cambio, me dijo que ella hasta mandaba tweets desde allí. ¡Qué desagradable! Seguro tendría que seguir el precepto árabe: mano izquierda para limpiarse, mano derecha para twittear. Eso sí debía ser un verdadero malabar. ¿Qué pasa si el smartphone se cae? ¿Lo sacamos, así como así? Hay que recordar que el agua es enemiga de estos aparatos. Mientras solo se mojejeje está bien, pero... Y ¿qué pasa si suena el teléfono? ¿Contestar o no contestar? ¡That's the question! ¡Mira por dónde andas, Shakespeare! Y si contestas ¿qué pasaría con los posibles ruidos? ¿Qué pasaría si te agarraba pujando la respuesta? Eessspeeraaa... ¿Qué, si cuando se cae el cel. levanta agua y te mojajaja? Para qué complicarse, si el cel. entra al baño no sale de su estuche, si de ahí cae a la taza, sí que es tragedia.

Viernes. Todos en la clase se encontraban casi en sus marcas para salir al fin de semana. Sin embargo, aún se dio una buena discusión.

—Carlos Fuentes, por ejemplo, menciona en algún lugar, que Juan Preciado es Telémaco que va a buscar a su

padre, lo cual no se discute. Pero enseguida agrega que también es Orfeo que baja al infierno que es Comala, lo que ya no parece tan acertado, como bien lo explica un buen amigo mío: Sí aparece Orfeo, pero no es Juan Preciado, sino el propio Pedro Páramo. La misión esencial de Orfeo no es bajar a los infiernos sino a rescatar a la mujer amada del reino de Hades, ¿quién cumple estas características mejor que nadie sino el propio protagonista de la novela? Que vive su infierno particular al tener a su amada a la mano y ser siempre un imposible hasta que muere, simbólicamente por segunda ocasión en su muerte real (la primera es la locura), lo mismo que Eurídice: muere picada por una serpiente y cuando ya casi es rescatada, Orfeo no aguanta las ganas de verla y la pierde por segunda ocasión, esta vez, para siempre. Carlos Fuentes, en general, era un buen escritor, sin embargo, no siempre era buen lector. Y eso que a lo largo de su trabajo parece que encontrara esto que les he dicho.

—Muy bien, profesor, pero la hora de salir ha llegado. Dejemos por lo pronto los infiernos y vamos a disfrutar el fin de semana. ¿Por qué no viene con nosotros a tomar unas chelas?

—Lo haría, muchachos, pero más que chelas, preferiría comer porque al rato tengo que ver a un colega.

—Se toma una o dos, profesor, y mientras come algo. Nosotros lo haremos al revés, cheleamos y solo botaneamos.

—No se diga más.

[146] La señal había llegado un día antes:

03/05/2012 11:58

GLOBO GRIS: ¿Te puedes mover hacia Iztapalapa?

GLOBO VERDE: No. estoy revisando trabajos finales.

GLOBO GRIS: Ok, tons puedes ir mañana a la corona a las
8 03/05/2012 15:55

GLOBO VERDE: Ora pues. Allá nos vemos.

04/05/2012 10:39

GLOBO GRIS: Cambiamos lugar y hora, te veo en Casul a las 7, doy clase jojojo, imprime por favor el prólogo y pone tu añadido confirma Carlos

GLOBO VERDE: Vale te veo.

Y así, tras pasar la tarde con sus alumnos, Cornelius O'Jecy se encaminó al metro. Al salir en la Glorieta Insurgentes había comenzado a llover. Eso era lo malo de esas entrevistas de trabajo, de repente eran inesperadas, de repente eran a horas incómodas y casi siempre acababan al filo del último tren...

Una mujer joven y bella
hizo menos larga la espera,
pero a pesar del gusto al verla,
se dirigió a la escalera...
de salida.

Mojado (pero no tanto: había tomado la precaución de llevar un rompevientos con capucha) llegó a Casul. En la recepción no había nadie, se asomó a la pequeña oficina que se encontraba a mano izquierda. Le indicaron que antes de entrar debía llenar el registro de visitas y esperar en la sala que se encontraba apenas pasada la recepción. Hecho esto, no sabía si sentarse o esperar de pie. Hasta que

de las alturas una voz femenina dijo: “Acá está el maestro Carlos. Puede subir, está en su salón”. Al llegar a la parte de arriba, la mujer había desaparecido. Encontró una puerta abierta que, indudablemente, no era el salón. Un poco más allá había otras dos, éstas cerradas. Quiso entrar en la primera, giró el picaporte, nada. Fue a la segunda...

Una joven de pelo chino terminaba de exponer algo. En la pantalla se veía aún el tema que trataba. Cuando la joven calló, Carlos presentó a Cornelius O’Jecy ante su grupo. Sólo voltear y se dio cuenta que la clase estaba compuesta por más mujeres que hombres. Buscó un lugar vacío y se sentó detrás de la expositora. Volvió a ver el elenco con más calma...

Salir a la calle y de nuevo la lluvia. Carlos andaba muy primaveral así que la lluvia era más inclemente con él, Cornelius O’Jecy la padecía menos. Fueron buscando refugios hasta llegar a la glorieta y en sus cercanías buscaron un lugar para hablar del libro. A esas horas y con ese clima era difícil encontrar un sitio. En el primero se quedaron en la entrada: no había mesas, el segundo también estaba lleno, pero una mesera los pasó y le dijo a Carlos: “Pronto va a haber lugar”. Dicho y hecho, casi de inmediato se desocupó una mesa. Pidieron la primera. Al poco rato llegó Pedro Benito. Hablaron del libro, de las bellas muchachas que conformaban la clase de Carlos y de las otras un poco menos, y demás asuntos que se hablan en casos como éstos. Pasó la lluvia, la noche en pleno, la orden del día de la reunión se había cumplido, era hora de partir.

¿Qué caminos paralelos siguieron Carlos, Cornelius O'Jecy y Pedro Benito al volver?

Una vez salidos del restaurant bar y taquería se encaminaron rumbo a las escaleras redondas que rodean la glorieta. Pudieron ver que la gente sin hogar se disponía a dormir en algún rincón propicio. Por otra parte, también había gente con banderas multicolores preparando la marcha del siguiente día. Cruzaron la explanada y entraron a la estación del metro.

¿De qué deliberó el triunvirato durante su recorrido?

En general, siguieron con lo anterior: las bellas muchachas y las que no. La mesera que estaba buena y le gustaba a Pedro Benito. Del afortunado hallazgo que el propio Pedro Benito había hecho respecto al título del libro de Cornelius O'Jecy. De cómo la lluvia podía dejar una noche limpia y fresca. De la imperiosa necesidad de contar con boletos o, en su caso, con abono de transporte para abordar el metro. Y de su inmediato recorrido en el mismo.

¿Qué descubrieron con esto último?

Que dos de tres seguirían el mismo camino y que el otro iría en dirección contraria.

¿Cómo?

Carlos iría en dirección Tacubaya para de ahí, tomar hacia Puebla. Cornelius O'Jecy y Pedro Benito, al revés, irían a Balderas y luego hacia el 18 de marzo.

Esa coincidencia ¿a qué los obligaba?

A compartir un poco más el camino a sus respectivas casas. A continuar con una charla imprecisa pues era la primera vez que se veían.

¿Qué se percataron al hacer el transborde en Balderas?
Que a pesar de lo avanzado de la noche, el andén estaba muy concurrido. Daba la impresión de que no era tan tarde. Incluso había familias con sus hijos.

¿Qué evocación tuvo Cornelius O'Jecy en ese instante?
De cuando en su juventud abordaba el metro a esas horas a las cuales él llamaba horas para mayores y podía ver espectáculos para adultos gratuitos en los carros finales del metro.

¿Cuáles?
Parejas besándose con pasión, fruición, ardor. Las manos masculinas recorriendo los cuerpos femeninos y, en la ceguera del momento siempre era posible atisbar más de la cuenta del cuerpo de las damas. Eso sí, con mucho respeto para no interrumpir.

¿Sólo por eso?
Un hecho cierto era que también le gustaba ver. Además de interrumpir, la parte masculina del encuentro podía ponerse agresiva, así que mejor ser discreto.

¿Qué consideraciones tuvo respecto al presente?
¡Cómo cambian los tiempos! Ahora era posible ver, en esos mismos vagones de atrás al mediodía a dos barbones besarse con ¿la misma? Pasión, fruición, ardor.

¿Qué interrumpió estas disquisiciones?
El hecho de no ir solo y que Pedro Benito comenzó a hablar de repente.

¿Tema?
Se podría decir que el amor. Se podría decir que su vida.

¿Por qué?

Porque sin más ni más le soltó que era divorciado y que quería enamorarse, que Dolly, la mesera, le parecía la mujer ideal en ese momento y que por una vez en su vida quería ser él quien eligiera con quién estar y no ser elegido como siempre sucedía.

¿Qué pensó Cornelius O'Jecy de estas reflexiones?

Le parecieron profundas, pero también producto de los tragos que ambos habían tomado.

¿Qué sucedió cuando llegaron a su destino?

Pedro Benito dijo que el haría el trasbordo a Martín Carrera. Cornelius O'Jecy saldría y tomaría un camioncito para su casa.

¿Y luego?

La historia presente es la de Cornelius O'Jecy, así que de él nos encargamos en lo que resta. Por cierto, todavía alcanzó a ver de nuevo a Pedro Benito cuando caminaba por el pasillo del trasbordo.

¿Con qué se encontró al salir del metro?

Como de costumbre, se dio cuenta que todavía había transporte para su casa, que si bien no había tanta gente, sí la suficiente para usar esos camiones. La noche era fresca y clara.

¿Qué procedió a hacer?

Abordó el camioncito y buscó un lugar desocupado. Lo encontró en el asiento de hasta atrás y allí se sentó a esperar.

¿Cómo fue el recorrido de regreso?

Como ocurría habitualmente, solo pudo observar hasta la Villa porque después su cuerpo se rindió al sueño.

¿Y al despertar?

Lo primero que vio fueron unas rejas amarillas por lo que pensó que ya se había pasado. De inmediato se levantó e hizo la parada. Bajó del camioncito.

¿Al bajar?

Se dio cuenta que había cometido un imperdonable error. Aún no llegaba a su destino. Las rejas lo habían confundido.

¿Cuál fue la reacción inmediata?

Exteriormente tranquila, ¡qué más podía hacer! Interiormente sí sentía algo de preocupación, confiaba en que otro transporte pasaría, desconfiaba de la soledad del sitio, ¡qué más podía hacer! Maldijo. ¡Qué más podía hacer!

¿Entonces?

Se puso bajo un toldo iluminado. Vio pasar automóviles y a lo lejos algunas personas. Nadie pasó cerca de él.

¿Y luego?

Distinguió a la distancia que se acercaban las luces de otro camioncito.

¿Cuánto tiempo estuvo esperando?

Entre cinco y diez minutos. Que a él le parecieron eternos. Una vez en el camioncito ¿qué hizo?

Tras el susto pasado y al ver que todavía estaba casi lleno, se sentó en el asiento cercano a la puerta de adelante. El frío nocturno le había despejado y ya no tenía sueño.

¿Llegó rápido?

Sí. En realidad ya solo faltaban dos colonias, así que el recorrido fue muy rápido.

[152] ¿Por qué si fue muy breve, no hizo el recorrido a pie?

Porque el camino podría ser peligroso si se toma en cuenta que tendría que recorrer lugares solitarios, pero quizá no solos. Para qué arriesgar.

¿Qué pasó al descender, ahora sí en su destino?

Se dio cuenta que unos pasos atrás venían dos fulanos grandes y corpulentos.

¿Y al llegar a su casa?

Descubrió que no llevaba las llaves.

El juramento

ANA SILIVA CONTRERAS GUTIÉRREZ

Y sé que juntos formamos una pareja de monstruos y que los demás repudian nuestra unión.

Favole, Victoria Francés

Se lo había hecho jurar una y mil veces frente al espejo, después de haberse dado cuenta que era más diferente de lo que pensaba, que sus preferencias eran distintas a las de la mayoría. Había jurado no decir nada mientras se arreglaba la corbata con delicado bordado, pero a veces el destino o simplemente la carga de aparentar algo puede más que la voluntad de uno.

Y ahí estaba, haciéndose el fuerte, como le habían enseñado; lamiendo sus heridas a escondidas y tratando de conservar la poca dignidad que le quedaba. Frente a sus “amigos”, su familia, su novia, que solo tenía por compromiso; una simple cortina de humo para no levantar sospechas.

— Un charro gay, pensó con amargura, y con ese pensamiento venían a él todos sus temores incluidos.

“La vergüenza de la familia”, “maricón”, “¿Qué no eras hombre?”, “muy macho ¿no?”, “¿Por qué no le dices a tu novio que te salve?”, “malditos enfermos”.

Estos y otros insultos peores eran los que venían a su cabeza en esos momentos. Ni siquiera había hablado y ya

sentía su ancha espalda siendo taladrada con miradas filosas, de reproche, incluso diría que de asco. Estaba seguro de que, si pudieran, lo enviarían al paredón de fusilamiento. A sus 22 años su carrera deportiva estaba en el punto más alto y ésta ascendía cada día; pero ya veía cerradas las puertas de las asociaciones más prestigiadas, si no es que de todas. Maldito sea el orgullo que caracterizaba a los suyos, a toda su raza..., que lo caracterizaba a él.

Pero... “él” valía la pena, esa maraña de pelo color azabache, esos ojos oscuros y profundos, dos hermosas piedras de obsidiana que resguardaban la noche y escondían el brillo de los luceros, ese par de ojitos tan bonitos en los que muchas veces vio reflejado el cielo de la tierra que ama; cuando sonreía y podía ver ese pequeño hueco entre sus dientes, cada roce lo hacía estremecer, que cada fibra de su cuerpo temblara, todas las veces que fruncía su ceño por haberse comido sus gomitas, esos besos que le sabían a azúcar y terminaban por mezclarse con su característico sabor a tequila que poseían sus labios,...esos y otros detalles hacían que todo valiera la pena.

Tres años juntos, ya no debía seguir así... o ¿podía?

¡No! Tenía que hablar, ya extrañaba memorizar cada tendón, cada músculo que su piel un tanto pálida ocultaba, dejar marcada esa suave piel blanquecina, todas las veces se aferraba a su espalda, las sensaciones que recorrían su cuerpo y lo hacían sentir más vivo que nunca; cuando sus grandes manos color canela llenas de cicatrices y quemaduras ocasionadas por la reata se entrelazaban. Amaba el contraste entre ambas pieles, entre

cempasúchil y sakura; entre ambas culturas para ser exactos, dos mundos completamente diferentes que colisionaban para volverse uno solo. Ansiaba dedicarle tantas canciones y robarle tantos besos como le fuera posible.

“El cielo no existe, el cielo está aquí, ahora”.

Podía tocar el cielo cada vez que estaba cerca de él, cada caricia, cada que sus alientos se mezclaban para después unir sus labios y disfrutar su sabor. El cielo estaba con él, no necesitaba buscar una supuesta salvación para probar la gloria.

No era su culpa que un extranjero, un gringo siendo precisos, llegara en épocas de Nacional y para acabarla de regar el tequila que le corría por las venas después de una victoria, pero ahora estaba a punto de jugar el todo por el todo, solo porque se había enamorado de ese chico y no dudaba en jugarse la vida si fuese necesario.

Fue ahí cuando se dio cuenta de que su recuerdo era lo que todos los días le hacía no tirar la toalla y fajarse, era por él, por quien pelearía, a quien le dedicaría sus triunfos y fracasos; era su relación, su historia, ellos eran los protagonistas, podían compartirla, pero jamás cedería porque a alguien no le parecía correcto, no lo arrancarían de su lado, no después de lo que habían vivido juntos; “vivirían su momento”.

Revolvió su cabello castaño nervioso, para después volverse a poner el sombrero, se acomodó el barbiquejo, tomó todo el aire que sus pulmones le permitieron guardar, la corbata le apretaba más de lo normal, el sudor frío

[156] le caía por la frente y los escalofríos le recorrían toda la

columna; tomó con fuerza las riendas de su palomino, el único amigo que seguramente le quedaría.

Estaba harto de sentirse así, como un cobarde, le habían enseñado que un charro era gallardo ¿no?, era momento de poner todo eso a prueba y habló sin importarle qué pasara, sin importarle que hubiera roto ese juramento de nunca salir del clóset, un juramento supuestamente inquebrantable, inmortal como el tiempo mismo y constante como la muerte.

No permitió que su familia perpleja le hablara, ni les dio oportunidad de que lo señalaran con índice de fuego; giró la rienda del imponente caballo y disfrutó de esa charreada como si fuera la última, pues no sabía qué sucedería después...

Solo quiero imaginar

ALAN JAHIR CRUZ CARBAJAL

Se encontraba caminando por el parque después de un maravilloso día de trabajo; esperen, una pregunta: ¿para ustedes que es el trabajo? Para unos significará dinero o simplemente una obligación, pero para él era su sueño. ¿No se supone que deberíamos trabajar en nuestros sueños? Sí, ese que imaginábamos de niño y que nos apasionaba tenerlo.

Para fortuna de Yannick Grenger, él se hallaba en el trabajo de sus sueños, realmente no tenía un trabajo, ¡tenía varios!, ilusiones de niño que al final se vieron plasmadas en su realidad. Era extraordinario, tenía exactamente los trabajos que él anheló desde pequeño, solo que había un problema, no recordaba cómo llegó a ellos, solamente ya los poseía, en su mente solo estaba la idea de que los consiguió; estaba en la meta, pero no recordaba el camino. Él era feliz.

Aquella tarde, mientras caminaba, contemplaba el movimiento de ramas de los vigorosos árboles que lo rodeaban, escuchaba cómo chocaban entre sí, parecían arte. Todo lo que observaba era así; cuando nos piden que imaginemos un pájaro, no lo imaginamos sin un ojo o con colores apagados, creamos al pájaro perfecto, y eso es lo que Yannick veía por todas partes ante sus ojos, perfección.

El mundo era bello tal y como él quería que fuese, parecía como si todo estuviera hecho para él, que todo bailaba de acuerdo con la coreografía que él quería, vaya, ¡parecía el hombre más afortunado del mundo!

No se encontraba solo, en la palma de su mano sentía la suave y delicada piel de la mujer que tanto amaba, Lizeth Skreinck era la chica de sus sueños, era veterinaria en el mejor hospital del mundo, lugar donde las personas no morían y los animales regresaban saltando excitados con sus dueños. Él decía que había encontrado a la aguja más hermosa en un pajar lleno de personas intrascendentes, lo que él quería lo obtenía de ella, apoyo, confianza, amor, respeto, sexo. Sabía que no encontraría a alguien igual; llevaban 19 años juntos, y él los recordaba a la perfección, dudosamente solo venían a su mente buenos recuerdos, lo que soñó hacer con ella ya se había cumplido, y las experiencias que faltaban se cumplirían, él lo sabía.

Estaban de camino a su hogar, localizado en un barrio donde las casas tenían blancas cercas de madera que limitaban su terreno, tenían un césped hermoso y parecía que la primavera los visitaba a diario; la calle estaba llena de color y los niños salían a jugar. Al llegar los esperarían unas bestias que no dudarían en lanzarse contra ellos cuando entrasen, tenían mucho pelaje y colmillos capaces de morder metal.

Avanzando, contemplaban la ciudad, no había basura en las calles, las edificaciones parecían recién pintadas, las personas tenían una gran sonrisa en sus rostros, gente salía de sus casas sin echar llave a la puerta, en las tiendas

se oía la radio que expresaba nuevos descubrimientos científicos y no mencionaba delitos; no existían las prisiones ni los manicomios. Tampoco existía la policía, era innecesaria, no había ningún sistema de justicia, todo progresaba como debía ser.

El sistema educativo se centraba en la educación y la felicidad de los alumnos, no se daban clases en aulas, se realizaban afuera; pasaron cerca de la escuela Fanford, la mejor de Francia, observaron a un profesor que daba clase alrededor de un árbol enorme, él les preguntaba a sus alumnos cómo podían calcular la altura sin tener que medir su tronco centímetro a centímetro, los estudiantes debatían formas para hacerlo, unos se apoyaban con la sombra, otros comparaban la altura de los edificios con la del árbol, fue una lluvia de ideas; era una clase dinámica donde un papel no les daba la respuesta, los chicos no permanecían sentados mirando una hoja, se movían, socializaban y buscaban soluciones, dándoles la oportunidad de imaginar las posibilidades. Todos reían, era hermoso.

Los enamorados admiraban el divino cielo que se posaba sobre ellos, un azul sublime y nubes dispuestas para darles forma, el viento soplaba suave y llevaba consigo un aroma a nostalgia. El sonido era una composición de gratos cantos hechos por pájaros artistas. Una ciudad en calma.

Llegaron a casa, abrieron la puerta sin necesidad de llave y sin previo aviso, fueron atacados por esponjosos seres, recibieron lengüetazos en la cara que los llenaba de amor. Más tarde prepararon la comida juntos, de fondo

se oían canciones que a sus oídos sonaban como promesas cumplidas; jugaban, reían y eran felices haciéndolo todo. El dinero no era ninguna preocupación, vivían sus días al máximo. Para aquella sociedad, lo único que importaba era disfrutar de la vida, ¿se supone que ese es el propósito de vivir, ¿no?, disfrutar y reír hasta quedar en silencio.

Cada habitante tenía lo que quería, era un universo donde había avance, no retroceso; no se conocían noticias sobre guerras, atracos, injusticias u homicidios; cada día la comunidad científica descubría cosas nuevas, la humanidad estaba más cerca de conocer el origen de la vida, se ponían a la venta medicamentos para todo tipo de enfermedades y se respondían las dudas existenciales sobre el mundo y el universo. La raza humana avanzaba. No había dolor, todo parecía perfecto.

Antes de ir a la cama, Yannick acostumbraba a cenar con su esposa y posteriormente lavarse los dientes, en el proceso se veía en el espejo y admiraba al hombre en el que se convirtió, tenía el cuerpo por el que tanto se esforzó, el espejo reflejaba una sonrisa sincera, ya no tenía que fingirla, había conseguido el honor de poder decir con voz alta: ¡Soy feliz! Amaba despertar, cada día era una experiencia nueva, su vida no constaba de un bucle infinito que consistiese en despertar, trabajar y dormir; los individuos que ven a corto plazo seguirían esta rutina hasta la muerte, sin percatarse de que se les acababa el tiempo para disfrutar.

Cuando los rayos del sol invadieron de vida la habitación sonó el despertador, indicaba la fecha y hora:

3 de septiembre de 1941, eran las 8 am. Yannick lo apagó y volteó la cabeza, admiraba la belleza de su esposa que reposaba sobre la almohada; antes de que ella abriera los ojos, Yannick la abrazó y le deseó un feliz aniversario, miró sus labios y los besó, mientras deslizaba su mano sobre su cuello desnudo y frío, ella respondió con una gran sonrisa.

Él ya había planeado todo, harían su desayuno favorito, irían al lugar donde se dieron su primer beso, recorrerían la ciudad vistiendo igual y recordarían los momentos que vivieron en cada rincón, se pondrían a bailar, saltar y correr por las calles, no importaba lo que otros pensasen, ¡eran felices! y querían compartir su felicidad a todo el mundo; al final del día regresarían a casa y tendrían una larga plática en el balcón con una copa de vino y una vista a las estrellas.

Yannick se levantó ilusionado de la cama y mirando a su amada le dijo...

—¡Yannick, —se escuchaba una voz femenina de fondo— ven rápido!

En Bamberg, una pequeña ciudad de Alemania, una casa se mantenía de pie con mucho esfuerzo, estaba golpeada por las imprudencias de la humanidad; en el cielo se escuchaban las trompetas del apocalipsis, y se veían pasar pájaros de metal conducidos por hombres sin alma, estos no producían hermosos cantos. Un mundo al borde de la destrucción.

En la residencia, al fondo de la sala se hallaba un cuarto [162] con una puerta cerrada de madera, se podía ver el interior

por lo desgastada que estaba; en la oscura habitación se encontraba un niño con los ojos cerrados sentado en un banco de madera, tenía la ropa desgastada y polvorienta, su estómago rugía por el hambre y su sed, era insaciable.

Al oír la voz de su madre, se reincorporó rápidamente y dejó en el suelo un oso de peluche que abrazaba con fuerza, era el último recuerdo que poseía del posiblemente único amor de su vida, una niña que había conocido en la escuela, era la mujer más bonita que había visto a sus cortos 10 años, que valientemente había sido asesinada a sangre fría por nazis una noche donde la luna dejó de brillar para él; la última vez que la vio estaba tirada en el suelo mirándolo fijamente, mientras los ojos de ella se cerraban, en él se morían sus esperanzas y sueños.

Salió de la habitación angustiado y se acercó a su madre, ella solamente quería que la ayudara con su hermano de dos años; mamá estaba preparando una sopa que probablemente solo alcanzaría para una persona y papá no había regresado a casa desde hacía 3 días. Era un mundo donde la posibilidad de reír y disfrutar la vida no existía, solo importaba saber si habría comida para el día de mañana.

Yannick terminó de tranquilizar a su hermanito y regresó nuevamente al cuarto del fondo, su rostro expresaba desesperación; antes de cerrar la puerta, su mamá se apresuró a preguntarle:

—¿Por qué siempre te encierras en ese cuarto, Yannick? ¿Por qué quieres estar solo?

El niño no le contestó y cerró la puerta. Con lágrimas, se sentó en el banco de madera y recogió el oso de peluche,

le quitó basurillas del cuerpo y lo abrazó fuertemente, volvió a cerrar sus ojos. Entre fuertes lamentos dijo al aire:

—Solo quiero imaginar...

Una segunda oportunidad

MARÍA DE LOS ÁNGELES CRUZ SÁNCHEZ

Una vez me pregunté si era posible volver a amar con la intensidad que alguna vez lo hice, y creí que no, así me negué una y otra vez a las diferentes personas que se me acercaron, algo en ellos no me gustaba. Me hacía sentir incómoda, hasta llegué a pensar que no merecía el amor de nadie, me pregunte, ¿qué es eso que no me permite dejar que me amen? Paradójicamente, por un lado quería que me amaran, que me quisieran como soy, que no me solicitaran cambiar nada, me permitieran sonreír, vestir como yo quisiera, que no se avergonzara porque mi vestimenta no era la apropiada para la ocasión, que si el color, que si lo largo, que si muy pegado, que si muy transparente, estaba cansada de todo eso de las limitaciones, de las críticas y por otro lado rechazaba a las personas en automático, alejándome, evadiendo las invitaciones a cualquier lugar, poniendo pretextos.

Así me la pasé por varios años, hasta que me sucedió algo fuera de lo normal para mí. En una actividad de baile con mucho acercamiento me puse muy mal, mi reacción fue penosa, alejamiento, hasta que terminé en llanto incontenible, el otro solo me observaba sin decir nada, esperando que yo me tranquilizara, sin decirme palabra solo con su presencia el llanto fue cesando y no me cuestioné qué sucedía, solo me quedé con la experiencia conflictuada por exponerme y, por otro lado tranquila, porque

aún no tenía respuestas, pero algo me hacía sentir bien. Sin palabras qué poner, qué decir, solo me quedé por un momento conmigo. Pasaron los días y no sabía qué había pasado, sin embargo, sentía que algo me faltaba, no me forcé, me quedé con la experiencia. Un día, platicando con alguien de estas cuestiones amorosas, me preguntaban si mi propósito de vida era quedarme sola, les contesté que sí, sin pensarlo, aunque después vinieron los cuestionamientos, me pregunté si realmente me merecía otra oportunidad de amar a alguien y que me amaran con la misma intensidad que alguna vez lo hice.

Me volví a preguntar ¿una segunda oportunidad para yo amar o para que me amen?, ¿o ambas?, me pregunté qué quería entonces; mi respuesta, “no lo sé”. Por un lado quiero amar, por otro, me doy cuenta que cuando lo hice, me engañé, solo amé con esa intensidad, porque el otro no me amó así: fue una serie de quejas en donde yo solo me fui ajustando a lo que él quería para evitar los conflictos, y engañarme de que me quería tanto como yo, ser feliz en mi fantasía, pero hoy me doy cuenta de que no me amaron como yo amé, que solo fui alguien más en su vida,

Hoy me propongo no tener una segunda oportunidad de amar a alguien, porque eso sí lo sé hacer. Hoy me propongo a dejar que me amen como soy, pero no como una segunda oportunidad, sino solo dejarme amar, aceptar esas muestras de cariño, vistiéndome como yo quiera sin que mi pareja me critique, pero, sobre todo, quererme yo, aceptarme como soy, a veces vulnerable, a veces su-

misa, a veces queriendo muestras de cariño, a veces solo necesitando un abrazo, con esa simplicidad, pero a la vez complejidad.

Así que hoy solo quiero amar y que me amen desde el alma, no desde las apariencias, desde el corazón y no desde el que dirán.

Atentamente:

Un corazón enamorado de la vida.

Clepsidra

HÉCTOR IVÁN CHÁVEZ GARDUÑO

—Apúrate, son las 2:15, ya es tarde y tú perdiendo el tiempo, si no llegamos a la hora te juro que...

No alcancé a escuchar qué es lo que juraba. Tampoco es que dicha reunión fuera tan importante, un mero compromiso, siempre era así, moverse de un lado al otro, ver gente que ni nos va o nos viene, pero que tenemos que seguir. Carreras por el día, apresurarse en la noche, caminar rápido por la calle, esquivar, rodear para llegar a la hora, cumplir siempre. El trabajo y la imagen lo es todo, estar, verse, saludar, reír sin gracia alguna y hablar en frases cortas, puntuales.

No podía odiarme más actuando así.

Cerré la laptop y dejé el trabajo de lado por el compromiso, si no me devoraba uno sería el otro, igual no importaba dónde pero siempre tenía que estar. Los gritos me perseguían en el fondo, era habitual para estas cosas, lo era tanto que las paredes ya lo esperaban y cerraban con fuerza cada grieta, hueco o selladura para evitar oírlo, mi propia mente solía mutear cuando se ponía a exigir puntualidad. La correa del reloj cortaba constantemente mis muñecas y, sobre todo, se volvía más pesada cuando comenzaban los gritos. Me alejé de la sala por el pasillo y a las 2:20 ya preparaba mi ropa para la reunión, balance entre formalidad y ropa casual, al fin y al cabo, éramos [168] jóvenes, debíamos mostrar esa gran energía interna y

versatilidad, aspiraciones, buen manejo del lenguaje, y yo todo lo que tenía era ese comportamiento diluido con azúcar y café al fondo de la taza que se tenía que lavar llegando para luego volver a ensuciarla para acabar el jodido trabajo.

2:25. Una vez elegido todo, me quité las alhajas (un collar, el broche que tenía que ponerme para esta ocasión y el malnacido reloj), las puse en la cómoda pequeña que tenía junto a la cama y caminé hacia el baño, pude escuchar entre los gritos la cadena que me ponía una vez me libraba de la correa, el temporizador para medir el tiempo en que me podría bañar, otra de sus costumbres extrañas para mantener todo en orden.

Pero esta vez, el orden podía irse al carajo, yo tenía mi propio temporizador, uno que al menos si gritaba era por gusto, necesidad, sin mencionar que podía cubrir el molesto sonido que hacía el otro fuera del baño, saqué el celular de mi bolsillo del pantalón y lo coloqué en el vidrio que sostenía las toallas, lo dejé sonar y pronto la música opaca a todo lo exterior a las cuatro paredes y el cancel del baño.

2:30. Dejé correr el agua hasta que se entibiara, mientras dejaba que las mil voces de los instrumentos ocultos en el celular me guiaran para arrancarme la ropa sudada. Un acorde, la camisa, una corchea y adiós pantalón, desnudez para el coro. Terminé aventándola toda a un rincón bajo el lavabo y vi el vapor que comenzaba a salir bailando en espirales. Tres canciones después de esta, distintas duraciones, pero se complementaban en un tiempo perfecto

para estar listo a la salida. ¿Por qué hasta en la música me aprieta el tiempo?

El agua comenzó a recorrer mi piel como la voz en la bocina, mientras el instrumental se fundía con las gotas que se concentraban en las paredes, bañarse nunca ha sido cuestión de tiempo, el agua nunca se somete ante él, se adapta, como los pasos al ritmo.

Al terminar la segunda canción, cerré el grifo del agua y comencé a frotar el jabón contra la emoción abierta, me podía quitar la piel falsa a la luz de las trompetas, y esta cedía sin oposición al jabón y al movimiento. Se perfumaba de percusiones.

Mi sensación favorita, era el choque del agua que tiraba por los suelos, la obligación de mis poros refrescándose, mientras devoraban letras aleatorias, podía aguantar mucho más, quedarme allí y descubrirme entre sonidos, expandirme por los límites del cuarto en el calor, recopilar la fuerza del agua con la concentración del ritmo.

Sentía mi cuerpo derretirse ante la presión de la regadera, el calor de la melodía, la forma del piso, dentro de la nube de mi cuerpo fundiéndose en el agua, no escurría el tiempo, no dentro del cuarto, según mi memoria era la última canción antes del reajuste brusco al abrir la puerta, debía disfrutarla.

Quise cantarla a todo pulmón, pero solo expulsaba el vapor del cuerpo, no me sorprendí, en cambio, me dejé fluir por el agua, sentía que podía pertenecerle, me fui disolviendo con ella, para cuando terminó la canción,

[170] escuché los golpes en la puerta anunciando el final del

tiempo en el baño, me esperaba una camisa de contención, alguna corbata y una falsa aspiración.

Ya no importaba el tiempo, por mí podían meterse el reloj con todo y correa por donde mejor les acomodara, ahora era agua.

Dicho esto, me dejé llevar por el drenaje.

Muerte

WENDY GUADALUPE DE LA CRUZ RODRÍGUEZ

Silencio...

Dolor...

Sufrimiento...

El mundo estaba desgarrándose a mi alrededor, pero apenas podía sentirlo en mi piel, llena de tierra y heridas superficiales. No podía percibir más que eso entre esta destrucción, caminando entre los escombros de lo que fue una hermosa ciudad llena de vida y de paz. Todos sabíamos que era pasajero, que no podía durar para siempre y aun así nos atrevimos a engañarnos a nosotros mismos. No puedo evitar mirar entre los cientos de cadáveres que surgen a cada paso que doy, todos por igual, hombres, mujeres, niños y bebés, nada quedó en pie. Siento un vacío en la boca del estómago cuando llego a la plaza principal, donde recuerdo que comenzó mi historia, en aquel callejón junto a la alcaldía, ahora ya no existe.

Me detengo frente a los restos de lo que fue el bello edificio, respiro profundamente, incluso la muerte puede olerse hoy mientras intento no pensar en los cuatro cadáveres específicamente pertenecientes a mi familia... A mis amigos y hermanos. Y les pido perdón silenciosamente por abandonarlos cuando me necesitaban, suelto el aire que he contenido. La destrucción sigue dándose, siguen asesinando a la poca humanidad que quedó después de tanto sufrimiento. Pero esta vez es definitivo.

Me acerco a los restos, estoy cansada y destrozada como para llorarlos. Y tampoco quiero hacerlo, les prometo silenciosamente que no lo haré. Me permito, sin embargo, dejarme caer a su lado acariciando sus pieles frías... Así también se siente la muerte, fría, como las lluvias del verano. Notar las expresiones que la muerte ha plantado en sus rostros llena de horror y pesar mi pobre alma agobiada, estoy cansada de huir cuando claramente pude haber hecho algo mejor, la cobardía debería pagarse con este manto oscuro, con el sueño eterno en que ahora ellos se encuentran. Debería ser yo quien esté en el suelo inmóvil, atrapada entre las fauces de la perpetua eternidad que debe ser un castigo para ellos. La muerte a veces podría ser también el más cruel de los castigos para quienes seguíamos vivos.

Darme cuenta de la presencia de quien me ha arrebatado a mi familia me cuesta, aunque es con suerte que escapo de la mortal arma con que ha apagado la vida de los miles que aún habitaban este mundo de nuevo orden. Explicar las guerras y los tres grandes genocidios es demasiado, pero noto la sonrisa burlona en su rostro, por supuesto lo disfruta, engañó con su belleza al mundo, liberándola del mal, para después convertirse en el mal mismo. La muerte es hermosa, pero también muy peligrosa. Suspiro pesadamente mientras tomo mi propia arma con decisión, aun si en el pasado fue mi igual hoy ya no queda nada de ese lazo, lluvia ceniza cae sobre las ruinas de una ciudad más, donde nuevamente la humanidad no pudo hacer nada, donde el régimen establecido

acabó por destruir lo que parecía proteger al inicio. Las personas no podían cambiar, ellos eran asesinos después de todo, y yo también. Esta noche me uniré a mis hermanos en ese otro lado que la gente de fe habló hace siglos si es que existe, pero si no, moriré con el honor que debería conferir a un ser despreciable como yo al matar a la última amenaza latente. Mi propia sangre, y a quien amé con todo mi corazón, mi última familia. Mi hermana menor.

La muerte puede saber a muchas cosas, a humedad, a frío invernal, al dolor invadiéndote, a sangre, a destrucción, a paz, a tranquilidad...

Tiene tantos significados que se le adoró hace siglos como si fuera una deidad, y aún si esta noche me cobija a mí, no permitiré que me lleve hasta lograr mi objetivo, aun si la muerte lo abarca todo. Porque esa es la única y verdadera realidad de este nuestro mundo, lo único que valió la pena seguir estudiando, que nuestros ancestros de religiones ya destruidas y asesinados sabían temer con sumo respeto...

La muerte era lo único que gobernaba y perduraba para siempre.

Y esta noche, me llevaría a mí y a mi hermana luego de la lucha venidera; empuñé mi arma y decidida corrí hacia ella y ella hizo lo mismo...

“Que sea la muerte lo que vuelva a unir nuestros caminos...”

El renacer

ANDRÉS EMILIANO ESTRADA MATA

En una tierra muy lejana había un pequeño hombre lleno de curiosidades y aventuras (tanto internas como externas), pues siempre cargaba un sinfín de utensilios para sus viajes y con pensamientos un poco exorbitantes, pues los delataba a la hora de hablar.

En ese momento se encontraba en la Provincia Yujan, un territorio vasto en cultura y un gran punto de comercio para las demás provincias. Era encargado de inspeccionar los embarques de una gran corporación de alimentos importados de otros planetas, regularmente los recibía y los repartía a los distintos distribuidores de la provincia, pues tenía una gran demanda.

Este hombre poseía una gran habilidad para interactuar con seres de todas partes del universo, pues era uno de los mejores viajeros en la época y sabía del estilo de vida de cada ser existente. Como todas las mañanas, él iba a inspeccionar los pedidos y hacer sus respectivas tareas, hasta que se percató que una de las cajas tenía su nombre como destinatario “Para el Sr. James R.”. Esto le pareció muy extraño, pues nunca se enviaban cajas para personas en específico y los intercambios que hacía con sus objetos los hacía en persona. Con mucha intriga abrió la caja y se llevó la sorpresa de solo ver una tarjeta de papel con un texto impreso “Tu misión debe cambiar, el universo ha entrado en un grave riesgo”, él

no tenía idea de lo que significaba ese papel, por lo que decidió ignorarlo.

Acabando sus quehaceres diarios, se dirigió a una de las cavernas a las que asistía seguido para liberar el estrés. En ese momento una especie de koala gigante lo emboscó, era mandado por la asociación de asuntos de paz. Este Koala, agente Krabs, se presentó ante James, pero no lo tomó en serio, le pareció algo extraño, aparte de que no detectaba el dialecto que hablaba. Krabs logró convencer a James de que lo acompañara a una de sus asambleas de seguridad.

El camino fue muy largo, tuvieron que pasar por montañas, cerros, ríos y miles de lagos. James se percató de que en todas las provincias y regiones de miles de planetas había un sinnúmero de barullo y los seres patas arriba, unos se atacaban con otros por ideología, intereses. James, bastante impresionado de todo lo que pasaba, estaba muy inquietante por parar los desastres que veían, pero Krabs tenía la orden de no interferir en ningún caso. James, indignado, cuestionó a Krabs quien le contestó:

— Todos estos problemas ellos los han causado, llenos de ambición aún no se dan cuenta de que son la principal fuente de sus males.

Después de discutir, llegaron al Puerto Teraba, un gran territorio lleno de tecnología combinada con los hermosos paisajes de la naturaleza. Era una región casi impenetrable. James no tenía idea de dónde se encontraba, en fin, estaba admirado de cada rincón y muy contento. Hasta que conoció la verdadera razón de su presencia.

Fue llevado a una asamblea de miles de seres, tanto presentes como omnipresentes, había unas cuantas computadoras con habilidad de comunicarse entre los miles de seres del universo. Uno de los maestros y líderes dio inicio a una asamblea muy larga: miles de opiniones acerca de lo que pasaba fueron escuchadas. De pronto se centraron en él, pues era el único que conocía todo sobre su especie a pesar de no ser como ellos. El universo se enfrentaba a uno de los problemas que podría definir su fin. James no sabía ni por dónde empezar, pero sabía que la solución a era unificar a las provincias que fundaron todo, pues cada una dependía una a la otra...

Un día cualquiera

Yael Estrada Lozano

Hoy, después de tantos días de tristeza, melancolía y resentimiento, me siento mejor e iré a trabajar, como lo hago rutinariamente. Ya han pasado algunos días, incluso semanas, desde aquel suceso y ahora comienzo a ver la vida como antes. Quizá saliendo de la oficina vaya a una fiesta a distraerme, a simplemente pasar el tiempo. Me tomaré el atrevimiento de despejar mi mente. Supongo que lo merezco, una vez pasados todos estos sucesos, y creo que no solo lo merezco, lo necesito, y espero pasarla bien, muy bien, como cuando estábamos juntos, tan solo quiero evitar su recuerdo, y espero que sea así; no quiero volver a caer en ese abismo de soledad, como hace unos días. Aunque, quizá, es algo que se deba sufrir algunas veces a cambio de unos meses o semanas de lo que para mí es la felicidad, el amar a alguien.

Me levanté temprano, tomé el autobús, llegué al trabajo. Nada fuera de lo común; terminé mis deberes y no ocurrió nada digno de destacar, hasta que a las dieciocho horas por fin terminó mi jornada laboral. Estaba ansioso por ir a aquella reunión, ya tenía tiempo que no asistía a una. Hacía mucho que no salía con mis amigos de toda la vida, y hoy era el día. Quedé de verme con ellos en la estación del tren, arribé al lugar y ellos estaban ahí, esperándome. Compramos un boleto, abordamos el metropolitano, avanzamos tres estaciones, estábamos a

40 minutos de llegar, hasta que ocurrió algo que no esperaba. Recibí una llamada, era ella. Después de lo que pasó ese día no creí que esto ocurriría, dudé, no sabía si debía contestar, me ponía tan nervioso. A ella siempre le molestó que saliera con mis amigos, no le gustaba verme ebrio debido a que muchas veces no sabía controlar mis impulsos, acto por el que tuvimos problemas en varias ocasiones. Yo seguía sin saber qué decirle al contestar; esos segundos que permaneció sonando mi celular me parecieron eternos. Mis amigos miraron mi rostro con una expresión de preocupación y angustia. Comenzaron a burlarse, y yo seguía sin saber qué hacer. Decidí contestar, nos saludamos, platicamos un poco, nada relevante; supongo que ella escuchó el ruido del suburbano, me preguntó si estaba en la calle, le contesté que sí, que iba camino a casa, me dijo que habláramos después, que fuera con cuidado.

No volví a recibir una llamada ni un mensaje suyo. No tenía idea de qué pensar o qué hacer. Traté de tranquilizarme, y divertirme, y continuar con mi plan; aunque se volvía complicado por momentos, sus recuerdos no dejaban de circular por mi mente, era algo tan repetitivo que me ponía melancólico a ratos, conversé con mis amigos hasta que fue saliendo de mi mente. Después de no más de media hora llegamos al bar, seguía con mi propósito de pasar el rato. Hasta el momento todo iba bien, a excepción de la llamada, que me había puesto un poco triste, pero quería cumplir mi propósito, así que no fue un obstáculo.

Sinceramente la fiesta en el bar no fue la gran cosa, no bebí hasta estar ebrio, solo lo suficiente para relajarme y despejarme, pero su nombre aún invadía mi mente. Los efectos del alcohol me orillaron a dejarme ir, decidí acercarme a otras mesas. Conocí a una chica, la besé, al rozar sus labios me di cuenta de que no era allí donde quería estar, no sentí nada, no se comparaba con sus dulces labios, aunque cuando la besé pensé que era otra persona, pensé que era ella, mi Laura, me di cuenta de lo tanto que la necesitaba, de lo mucho que la extrañaba; una vez más me encontraba confundido, después de lo ocurrido hacía un par de semanas no sabía si lo que hacía estaba bien o mal, en fin, regresé a casa a la mañana siguiente. Lo único que hice al llegar fue recostarme, me quedé dormido, no fui al trabajo, no estaba en condiciones, desperté hasta el próximo día.

Al día siguiente revisé mi celular, tenía decenas de mensajes suyos, preguntándome dónde estaba, qué hacía, por qué me desaparecí por un día, me extrañé. Tenía mucho que ella no tomaba esos detalles conmigo. Hacía tiempo que no se preocupaba por mí, dibujé una sonrisa en mi rostro, ese detalle me hizo muy feliz, la felicidad regresó, solo con leer aquellos mensajes, decidí llamarla, diqué su número, ella respondió. Estuvimos hablando durante una hora, amaba escuchar lo que me contaba, y yo decidí contarle lo que había hecho dos días atrás, le platicué de los sucesos irrelevantes de aquella fiesta, los acontecimientos divertidos, las chicas y chicos que conocí, pero, cuando llegué a la parte del beso decidí omitirla,

tenía miedo, porque en el fondo sabía qué pasaría, una parte de mí estaba segura de que se molestaría, y que esos detalles que me tomó tiempo recuperar, de nuevo se acabarían. Prácticamente le juré que no había besado a nadie como en ocasiones pasadas, me creyó, y volvimos a conversar como antes, como cuando apenas nos conocíamos.

Sábado y domingo fueron días que pasé sonriendo, estos hechos me hacían tan feliz, no quería que esto terminara, aunque bien sabía que le había mentido, tenía que decírselo en persona; nunca le mentí, y quería que eso siguiera así. Planeaba decirle al día siguiente, pues nos veríamos en el parque para salir al cine todos juntos, sus amigas y mis amigos, la verdad fue un plan bastante espontáneo.

Llegó el lunes, me alisté y, posteriormente, llegué al lugar junto con mis amigos. Vimos la película, todo estuvo de lujo, hasta que llegó la hora de comer. Entramos al restaurante, y a Valentín se le ocurrió la maravillosa idea de comenzar a hablar de la fiesta del pasado miércoles, me incomodó y me puso bastante nervioso. Aún no le decía lo que había pasado y que no le conté. Y sí, pasó lo que más temía; habló de la chica que besé, esto fue lo peor, yo no quería que se enterara por alguien más, quería ser yo quien se lo dijera, aun sabiendo las posibles consecuencias. Laura no hizo más que callar, y no volvió a cruzar palabra ni miradas conmigo, salió prematuramente del restaurante, cuando aún no terminaba su langosta y se fue a casa.

No tuve la cara ni el valor para mirarla ni llamarla, yo mismo me daba vergüenza, no sabía cómo fue que le

mentí, es más, no sabía cómo fue que besé a alguien más aun sintiendo lo que siento por ella, y me encuentro aquí, triste, sintiéndome solo, por lo que en un día cualquiera ocurrió y que pude evitar, pero ahora ya no puedo, sigo sin saber si es prudente buscarla y explicarle todo, no sé cuándo debo hacerlo, si lo hago muy tarde pensará que no me importa, si lo hago ahora será muy pronto y aun estará molesta conmigo, solo quedará esperar, lo único que quiero hacer es abrazarla y decirle cuanto la quiero aunque sea un imbécil, y sí, este imbécil daría todo por ella.

Terror bajo el agua

KATYA ALEJANDRA GONZÁLEZ SALINAS

Las aguas vibraban, parecían tener un movimiento anormal; el cielo se oscurecía encima de ellos y sentían cierto nerviosismo pues ante sus ojos y oídos nada estaba bien del todo.

Habían oído hablar de leyendas, de cuando la superficie oscureciera; un mal que se avecinaba, seres curiosos y extraños, parecidos a ellos, pero diferentes; en lugar de una cola, tenían dos que terminaban en dedos, parecidos a los de las manos, pero más pequeños; solían llamarles piernas y pies, eso decían las escrituras en roca, con esos símbolos, seres corruptos y que sólo se preocupaban por sí mismos.

Hablaban de leyendas de un tiempo en que ellos descubrirían las formas de adentrarse en lo profundo de las aguas y adueñarse de su mundo, destruyendo todo a su paso. Eso era lo que simbolizaban los llamados Humanos; los seres acuáticos, solían sentir terror por ver aquello cumplido. Simple y sencillamente de ver cosas así llegar a sus aguas, la instrucción era matarlos, eran ellos o los monstruos.

Había muchos de ellos en el agua, los Grindylows ahogaban personas, las selkies les cantaban y se las comían, pero... Él, él era distinto, era cauteloso, y, de alguna forma encontraba predilección en asustarlos, aterrarlos, un Kelpie que habitaba en aquel lago; sin embargo, aunque solía

hacerlos correr aquella vez se vio envuelto de curiosidad para cometer toda una atrocidad.

Mi figura serpenteaba a través de esas aguas, entre cristalinas y verdosas por los reflejos de las plantas.

Ese lago en el cual residía y solía llamar hogar, había sido invadido por esos monstruos con piernas, deleznales para mí. Últimamente solían frecuentar el lugar y tratar de captar algo con unos artilugios extraños que disparaban luces centelleantes e incómodas; sin duda resultaban ser alimañas que este mundo no merecía.

Con los días, el odio y el rencor dentro de mí hacia aquellas cosas, se acrecentaba y sentía una enorme necesidad por verlos muertos. Después de todo, era su destino, y qué mejor si lo hacía de una forma espantosa, pues incluso resultaba divertido.

Los hombres le temían a la serpiente marina, puesto que solía tener un aspecto intimidante, sin embargo, con el tiempo les fue despertando curiosidad y aquello no era del todo bueno, dado que ahora atosigaban de nuevo mis territorios. Debía darles una advertencia más clara. Tenían cierta preferencia por los animales tiernos y acrobáticos, era más fácil que se acercasen a éstos después de todo.

El nuevo comienzo

DANA CECILIA GONZÁLEZ TAPIA

Año 2070, ya hace mucho tiempo sin tener nuevas amistades, o alguna chica que se sienta atraída por mí. Todo ha sido bastante duro en el planeta Tierra, después de ese virus esparcido por todo el mundo, hace ya casi un decalustro, esa catástrofe terminó con casi toda la población.

Regina se fue así, sin dejar rastro, como suelen escapar las feroces bestias que hoy día habitan con nosotros, y cuando digo nosotros hablo de unos cuantos. Desde su partida no he vuelto a ser el mismo. Al despertar cada mañana simplemente me quedo pensando, pero, tan presente aún en nuestras vidas.

—¿Cuándo regresará Regina? No hemos vuelto a jugar desde esa noche en la cual simplemente me abrazó y se fue. A veces me pregunto por qué no la fuiste a dejar a su casa como lo solías hacer, sin que se besaran sus bocas, ¡guácala! ¿Por qué se fue sola? -Inquirió Fer esa mañana, mientras desayunábamos.

Solo bajé la mirada y le pedí que siguiera comiendo. Es todo lo que me queda. Luego de la devastación, prometí a papá que cuidaría de ella más que a mi vida misma. -Eres el hermano mayor, debes ser el mejor ejemplo para ella al menos eso decía mamá. Luego, Fer salía a jugar con su amigo, el único que le quedaba, mientras yo permanecía sentado, esperando simplemente a ver el tiempo pasar.

—¿Quién eres tú?, ¿Qué haces aquí? ¿Y por qué eres enorme? agregué mientras retrocedía buscando algo con qué protegerme.

—¿Qué soy? me caes bien, así que te llamaré miniatura, mi estatura es algo que jamás entenderías, ustedes jamás entienden, me han llamado con la orden de venir por ustedes y trasladarlos a nuestro mundo-contestó aquel sujeto.

—¡De qué hablas! ¿Nosotros? Lo siento, pero no logro entenderte.

—¿Humano? ¿Es en serio miniatura? Creo que estás totalmente perdido, tu raza está casi extinta. Debemos comenzar de nuevo...

—Es verdad, pero no termino de entender “tu misión”.

—Te contaré todo para que asimiles la situación. Verás, hace tiempo existió la raza humana, fue aquella que acabó consigo misma, sin embargo, siempre pensaron que su tecnología era la mejor, según innovaron muchas cosas pero no se dieron cuenta que terminaban con sus conocimientos. Fue así como nuestro creador envió un virus para terminar con esa especie.

—¿Por qué habrías de elegirme a mí?

—No se trata solo de ti, te llevaré a ti y a una de las tuyas. Necesitan comenzar de nuevo; los trasladaré a otro lugar y tendrán la suficiente descendencia para poblar un nuevo planeta. Elige sabiamente con quién quieres pasar el resto de tu existencia.

—La única persona por la que habría aceptado sin dudar, se ha ido, me ha dejado, sé que no fue su culpa, debí

haber insistido, ella no estaría muerta, debí haber estado con ella, debo de estar muerto con ella, y lo estoy en vida. He cometido muchos errores para tener semejante privilegio. Necesitas personas puras de corazón, si no, “el nuevo comienzo” sería en vano. Mi hermana es pequeña, lo sé, pero ella y su amigo son los indicados para esta tarea.
— Será como tú desees...

Sombras

GABRIELA GUTIÉRREZ PALACIOS

Fátima era una chica bonita, inteligente y ordinaria de 12 años. Vivía con su madre y su abuelo. A pesar de ser tan pequeña, tenía deseos de conquistar sus sueños y convertirse en alguien importante e incomparable, como cualquier niño a su edad, esto se lo comentó a su abuelo para halagarla, como siempre solía hacerlo, pero su respuesta no fue la que Fátima esperaba.

— Pregúntate cómo será el momento en que cumplas tus sueños, a pesar de lo bien que te sientas ahora, las sombras que llevas dentro siempre te van a perseguir y van a continuar atormentándote.

Fátima preguntó:

— Abuelo, no entiendo, ¿qué tienen que ver las sombras con lo que yo quiero ser y hacer? El hombre replicó:

— Te contaré una historia para que comprendas...

Hace tiempo había un chico llamado Alex, era un joven de 15 años, que pronto entraría a la preparatoria. Él pertenecía a una familia que trabajaba en una tienda de quesos. Desde los 13 años quería ser un cantante famoso y un bailarín contemporáneo; quería que las personas vieran el baile y la música como algo que refleja sentimientos, ideas e historias.

Más adelante, cuando logró entrar a la preparatoria, su situación económica no era favorable, por lo que se vio

[188] en la necesidad de componer canciones y venderlas a sus

compañeros de clase. Asimismo, consiguió un trabajo de medio tiempo. Él pertenecía a un pequeño grupo de baile callejero que se hallaba por su casa; era el único hobby que tenía para olvidarse un rato de la escuela y de su trabajo, por lo que quedaba exhausto.

Cuando cumplió 18 años estaba completamente seguro de que quería ser un artista. Descubrió que eso lo hacía feliz de una manera inefable, sin embargo, sus padres no lo apoyaban, a pesar de su talento. Su familia no veía la música y el baile como algo agradable, le decían que eso no haría nada por él, que mejor se pusiera a estudiar. Las canciones que componía se las mostraba sólo a su hermano mayor: era el único que creía en él.

Un día, cuando iba camino a la escuela, se encontró con una propaganda para una audición. Ésta era para una empresa de entretenimiento, una de las más reconocidas. Él sabía que, de una u otra manera, esa audición significaba una oportunidad. Desde ese día, no dormía lo suficiente, por el hecho de que trabajaba; terminando, se la pasaba practicando su baile hasta el amanecer, por lo que llegaba cansado física y mentalmente a la escuela. Llegó el día de la audición. No les confesó a sus padres, sólo a su hermano, que, de 200 jóvenes que participarían, uno sería el afortunado de pertenecer a esa gran empresa.

Pasó un par de meses y dieron los resultados... Alex fue aceptado. En ese instante les dio la noticia a sus padres, sus rostros estaban lívidos.

Después de conocer los resultados, Alex se encerró en su cuarto, miró hacia la nada y pensó: “No lo puedo creer,

un chico de familia pobre fue capaz de lograrlo.” Lágrimas de felicidad recorrían su rostro. Ese instante dio un giro completo a su vida, se vio obligado a separarse de su familia y de sus amigos, por la razón de que la empresa quedaba en otra ciudad, debía mudarse. Cuando se encontraba en su nuevo hogar, su sueño se hacía realidad poco a poco... Aunque no esperaba que sus entrenamientos duraran más de 12 horas, debía esforzarse al máximo si quería ser el mejor. Igual que en ciertos colapsos de su vida, dudaba de su talento.

Sin sentirlo, cumplió 23. Cinco años habían pasado en un abrir y cerrar de ojos; ya había dado algunos conciertos, pero sentía, a veces, una lucha interna entre Alex y su nombre artístico “Joon”. A lo largo de su carrera se dio cuenta de que no era tan feliz como lo pensaba, se sentía muerto en vida; sin la pasión y motivación para su día a día, incluso el hecho de estar viviendo su propio sueño y alcanzar sus metas se convirtieron en su propia tumba.

Fátima interrumpió, diciendo:

—Sin duda, una de las peores formas de morir. Su abuelo prosiguió...

Alex, de la nada, se encontraba solo en la gran residencia que tenía, él pensaba:

Todos tenemos una sombra, una parte oscura que sólo nosotros conocemos, es algo que nunca nos va a dejar solos.

Alex y Joon, personas que son uno mismo, pero diferentes a la vez. Alex quería:

Ser una estrella.

Ser rico.

Ser el rey.

Eso es lo que Alex quería cuando apenas estaba cumpliendo su sueño.

Después de ser aceptado en la audición, Alex pensó: comencé a crecer y lograr todo lo que quería, pero tuve que dejarme de lado a mí mismo y darle paso a mi yo famoso...

Joon.

Joon tiene miedo de que la fama, el dinero, la avaricia lo consuman y renuncie totalmente a Alex.

Le da miedo brillar.

Le da miedo volar.

Le da miedo caer.

Se dijo a sí mismo: tengo miedo de que la gente solo me quiera por ser Joon y no por ser Alex. Nadie me dijo que estaría tan solo aquí arriba.

Alex es la sombra de Joon.

Ambos son uno solo, pero son muy diferentes. Alex lucha contra Joon.

Joon crea una realidad falsa donde él es perfecto y no tiene inseguridades, esa realidad donde no existe Alex, Joon considera a Alex como una parte débil de sí mismo, Alex tiene que aprender a convivir con Joon.

Los dos son uno solo.

Uno no puede existir sin el otro.

Así que tuvo que aceptar estar con Joon, él es su sombra y lo acompañará a donde quiera que vaya.

Al terminar, en la mejilla del abuelo cayó una lágrima. [191]

Fátima preguntó:

—¿Tú eras ese chico del que me hablaste en la historia? El abuelo respondió:

—Sí. No importa que Joon se encuentre en la cima, aún se siente solo cuando está rodeado de miles de personas; se encuentra constantemente en riesgo de caer y la idea de escapar de todo no le parece tan descabellada. Muchas veces se cuestiona si en realidad es esto lo que quería.

Fátima concluyó:

—Ni siquiera las cosas más negativas lograrán acabar con él y no importa si el éxito o el fracaso conducen su vida, es algo de lo que no podrá escapar jamás. Si tienes la esperanza y la fuerza interna para aferrarte, hazlo.

Mi tour cotidiano

ABIGAIL HERNÁNDEZ

Pasadas las 12:00 de la tarde tengo que comenzar con lo que yo llamo "Mi tour cotidiano". No es lo que más disfruto de mi día, pero con el paso del tiempo nos hemos complementado. Aunque suene un poco extraño, me ha enseñado cosas que sé que dentro de un futuro no muy lejano me servirán, finalmente cualquier experiencia o aprendizaje marcarán la persona que serás. El aprendizaje más importante que me ha dejado este tour es que he perdido el miedo a viajar sola en trayectos largos, y por supuesto comencé a cuidarme y protegerme más a mí misma, sin dejar a un lado que tanto gasto económico genera salir de casa todos los días a lugares tan lejanos. El segundo aprendizaje con el que me quedo es el de analizar las situaciones, personas y lugares, simplemente conectando mi teléfono a unos audífonos y desconectándome de la sociedad mientras el aire entra por mi ventana, es así como encuentro un poco de más sabiduría, conciencia y madurez para enfrentar mis días y mis problemas. Un aprendizaje se basa en aprovechar ese tiempo de 4 horas diarias para leer y darle la atención que merece cada una de mis materias a medida que se puede hacer desde un transporte público.

No quiero dejar a un lado por ningún motivo que esta experiencia, me ha dejado una compañera de viaje, mi mejor amiga y confidente durante toda mi estancia en el

CCH. Con ella he vivido momentos diferentes, momentos que nos hicieron madurar y crecer como personas, situaciones que ni ella ni yo sabíamos enfrentar, pero la vida y la etapa de desarrollo en la que nos encontramos nos sacaron adelante. Ahora que estamos a punto de concluir nuestra preparatoria y comenzar con un nuevo tour cotidiano, en Ciudad universitaria, nos encontramos más preparadas para llegar. No voy a negar que, con muchos miedos y dudas, pero llevamos un aprendizaje que nadie nos quitará, y permitirá volar hasta llegar muy lejos con la esperanza de comenzar y culminar esta nueva etapa juntas.

No tengo duda que para muchos estudiantes del CCH o de la propia Universidad Nacional Autónoma de México, el tour cotidiano significa parte de su experiencia en esta, no todos la toman de la misma manera, pero seguramente que a todos les dejó una gran enseñanza. En general la universidad marca de diferente manera a cada uno de sus integrantes, incluyendo a académicos.

Con este texto quiero recordar cada una de las experiencias que me ha dejado el CCH siendo mi tour no más que un marco de referencia. Lo quiero hacer porque estoy a nada de concluir con la etapa más difícil, bonita, llena de aprendizaje, frustrante, desafiante, llenadora y exquisita que significa el CCH para mí, porque lo viví de principio a fin con cada una de sus desventajas y ventajas, dejando claro que lo disfruté de la mejor manera, lo exploté y ahora deja una marca en mí, que por supuesto jamás olvidaré. Quiero que cada que yo lea este texto sea

Nada

PAMELA HERNÁNDEZ CANO

Nada, no siento nada, mi cuerpo y mi mente están en una calma placentera tan dulce que mi corazón dice: ¿para qué sentir?

La pluma ya no escribe, los sentimientos no fluyen en la tinta, las historias no parecen tan buenas como para cubrir mis páginas. Me he secado, y no es querer exagerar, es que el corazón ya no me palpita, ya no se prende la mecha que incendiaba la pasión de escribir. Mis escritos no me convencen, el inicio, el desarrollo y el cierre se esconden, se desordenan en el mar de ideas que me surgen; he olvidado cómo se empieza a relatar, cómo se mantiene la tensión, ¿alguna vez la mantuve?

¿Cómo solía expresar mis ideas? Las malditas no quieren salir, se amontonan, se llenan de polvo, se lucen en mi imaginación, en mi mente son tan atractivos, tan frescas, pero apenas ven una pluma en mi mano, se aflojan y envejecen.

Hace un tiempo desaparecí las ilusiones falsas, tontas e infantiles de que alguien me amara, no sé qué estaba pensando, no sé qué piensan esas personas que se enamoran. En mi caso, el amor se llamaba desesperación, desesperación porque alguien, porque ese alguien, ese enamoramiento en turno, específicamente ese chico que me caía más que bien, se quedara y me quisiera, cosa que nunca pasó. Pero no fue hasta mucho después cuando me

di cuenta de que era más que obvio que ninguno de esos inmaduros me iba a querer, y me habría dado cuenta antes si no hubiera estado “tarugueando” en sus hermosas caras.

Actualmente lo único que me hace brincar de locura, es el dinero bien ganado y los buenos chismes, y ¿saben qué? cuando veo a un tipo herido de amor, a una ilusa que sale con un sapo creyendo que es un príncipe, una relación tóxica maquillada de “felices por siempre”, me digo: ¡Qué bien que se me enfrió el corazón! Porque gracias a eso, no ignoro que un estúpido con cara esculpida por los ángeles siga siendo un estúpido.

Pero hubo una vez, hubo muchas veces que no fue así. La última vez que sentí algo romántico fue por él, recuerdo los suspiros, los ataques cardíacos, la mirada acosadora que siempre le seguía el paso; y lo recuerdo bien porque eran los mismos síntomas que sufría con cada chico que me gustaba, de los cuales, por cierto, ninguno se quedó para amarme, pero no fue hasta que llego él, o más bien, hasta que él se fue, me di cuenta que jamás se deben tener expectativas altas, ni siquiera deberíamos tener expectativas. Siempre he sentido de más, pero esa vez me pasé, y lo odié, odié todo lo que salía de mi pecho, y lo juré, dejaría atrás esa exasperante actitud de buscar un candidato para que me hiciera sentir algo, y lo logré.

Aunque al mundo de las sensaciones solo me sostenía el hilo de ella, mi prima; sentir esperanza, melancolía, frustración, culpa, tristeza, todo eso me mantenían sintiendo algo, aunque fuera malo, pero algo; sin embargo,

todo terminó con la furia, el enojo de saber que yo en su vida solo sobraba. Hasta me daba lástima querer florecer un durazno en invierno. El dolor de querer salvar a alguien que ya no te quiere en su vida se escurre como sudor frío en la frente, te crea un nudo en la garganta y te hace caer lágrimas, pero lágrimas inútiles que no van a hacer nada para hacerte sentir mejor.

Recuerdos, recuerdos de cómo solía sentir, solo eso tengo, la certeza de que en un tiempo pasado sentía, pero ya no más, todo se siente tan plástico, acartonado y estético; camino, escucho música, veo una pareja besarse, a alguien llorar, una película triste y recuerdo todo, la sensación de piel de gallina, el palpitar veloz, los ojos llorosos, pero no son sentimientos, son solo recuerdos.

Me esforcé tanto por no sentir, que ya ni siquiera puedo decir que estoy feliz por ello, si acaso solo satisfecha.

Fue mamá

ISABEL AXICALIX HUERTA MELO

La primera vez que sucedió yo tenía cuatro años, en ese entonces no sabía qué sucedía a mi alrededor, por lo que la única preocupada entonces fue mamá.

La siguiente vez, yo ya tenía siete años, era consciente de algunas, así que, cuando mi mamá me abrazó y en tono dulce, (ese que usan las mamás cuando no quieren que te sientas mal), me dijo: “No te preocupes, mi amor, todo va a estar bien”, yo, como era obvio, no me preocupé y seguí jugando.

Mamá y yo nos mudamos cuando la tercera ocasión (la peor hasta entonces) sucedió; no recuerdo bien que pasó, únicamente recuerdo haber estado en el patio jugando, después mamá y papá gritaban, yo no sabía qué hacer, me sentía mal, no quería que le pasaría nada a mamá, pero luego de eso, no recuerdo nada más.

Cuando mamá y yo llegamos a la nueva casa, ella se veía triste, usaba lentes oscuros y sus manos temblaban, yo pensaba que actuaba de ese modo por la emoción de una nueva casa, ahora sé que no fue así.

En mi primer día de escuela, mamá me detuvo un par de pasos antes de llegar a la puerta de la primaria, se colocó a mi altura (que no era mucha) y me sonrió, yo sabía que estaba algo triste, pero no sabía por qué.

— ¿Soy un monstruo?, recuerdo que le pregunté.

Ella acarició mi cabello y me respondió:

— Por supuesto que no. Pero prométeme algo -me tomé mi mano-: haz muchos amigos, ¿sí? No te quedes solo nunca.

No entendí por qué quería que le prometiera eso, pero aun así lo hice y, felizmente, ingresé a la escuela.

Ahora, años después, por fin entendí por qué mi mamá me hizo prometerle aquello. Sé que día es hoy, sé lo que significa el día de hoy. Hoy por fin volveré a ver a mamá.

7:30 am

Mamá sale de casa y va al trabajo.

2:00 pm

Mamá sale del trabajo para ir a comer.

3:00 pm

Mamá regresa al trabajo.

5:00 pm

Mamá sale de trabajar.

6:30 pm

Mamá llega a casa.

Ahora estoy frente a ella. Mamá me mira con terror. Yo le sonrío con dulzura, justo como ella lo hacía cuando yo era niño. Mamá dice algo, pero no la escucho.

Una hora después, estoy sentado frente a la televisión de la sala, estoy viendo *Los Pitufos*, y justo ahí, entiendo toda mi infancia.

La primera vez que sucedió, un niño me quitó el peluche que papá me había regalado, yo me enojé, después el niño ya no pudo quitarle nada a nadie.

La segunda vez, mi hermana me regañó porque no la dejaba tranquila, me gritó que era un monstruo, después

cuando ella bajaba las escaleras, tropezó con mis juguetes, y no volvió a regañarme más.

La última vez, papá y mamá discutían sobre qué deberían hacer conmigo (¿por qué deberían hacer algo conmigo?), recuerdo que papá le gritó a mamá: “Es un monstruo, acéptalo”, yo me enojé, entré a la casa, papá me miró y no me pudo decir otra vez que era un monstruo.

Ahora que lo pienso, quizá sí sea un monstruo, aunque creo que no. Mamá me dijo que no era ningún monstruo, que simplemente no me comprendían bien, fue mamá la que me decía qué hacer, incluso cuando le tocó a ella, fue mamá la que me dijo qué hacer.

El dueño del mundo

ANDRÉ LÓPEZ GARCÍA

Pasaba la medianoche y Rodrigo no podía conciliar el sueño. Normalmente él dormía desde las diez, pero se hallaba turbado, intranquilo. Por su cabeza pasaban múltiples pensamientos, provocando incluso un leve pero persistente dolor en la sien. Intentaba mirar al techo, escrutaba la oscuridad, con los brazos cruzados sobre el pecho y las cobijas aprisionándolo. Se preguntaba una y otra vez cómo quitarse ese malestar emocional que lo aquejaba, ese sentirse una mierda constantemente, o sentir a las demás personas como mierdas; se preguntaba cómo quitarse esas ganas de mandar todo al carajo.

“¿Y si escribo?”, era una pregunta que, tímida, se abría paso entre los pensamientos, entre las pantuflas blancas, la araña de alambre, las películas al lado de ella y otros recuerdos en desorden. “¿Y si escribo?”, pareció escuchar en lo profundo de su mente, una vez más, pero al fin decidió prestarle atención.

Echó las cobijas a un lado, alargó la mano y, a tientas, encendió la lámpara de su escritorio. La luz lo dejó aturdido por unos segundos y el dolor de cabeza se intensificó. ¿Qué pendejadas estaba haciendo? Ni siquiera sabía exactamente qué escribir como para estar intentándolo a la una y tantas de la madrugada. A pesar de ello, redobló su esfuerzo y tomó su cuaderno de química, que yacía abierto y con una pluma encima, como esperando.

Titubeó apenas tuvo la punta haciendo contacto con el papel. Con el dedo pulgar e índice de su mano izquierda masajeó sus sienes. Apretó los dientes: lo que debía hacer no era escribir, sino prepararse un té e intentar dormir de una vez. Sólo se estaba distraendo a lo estúpido. Sin embargo, a pesar de todo eso, de no tener ni siquiera una remota idea sobre qué escribir para aliviar su pesadez, sentía la necesidad de hacerlo. La pluma parecía querer moverse libre por el ancho y largo del papel. Pero necesitaba un impulso, una chispa que la ayudara.

Y la tenía. Rodrigo Cazares Montes, alumno de preparatoria, con más dudas sobre su identidad que identidad misma, con problemas, conflictos, resistencias, con inseguridades y noches de insomnio, llegó a la conclusión de que escribiría sobre él. Y lo haría para él. Sin saberlo, se aclararía en el proceso. La primera palabra llevó a la segunda y ésta, fácilmente, a la tercera, y luego a la cuarta y, cual hilera de fichas de dominó, no pudo detenerse sino hasta que hizo llegar a su personaje al punto en donde se hallaba él mismo. ¿Cómo? Rodrigo escribió sobre el típico chico de preparatoria que no puede dormir, que piensa, y piensa, y sigue pensando en las cosas que hace mal y, en general, en las relaciones que ha sostenido a lo largo del tiempo. Hizo una descripción, como pudo, del reflejo de su situación sentimental. Mencionó cierta aventura que su personaje tuvo con una muchacha a la que intentaba olvidar... Bueno, en fin.

[202] Rodrigo se quedó estancado cuando su personaje encendió la lámpara con forma de tucán encima de su es-

critorio, y tomó su cuaderno de química, que era el más nuevo y que, por lo tanto, tenía más hojas de sobra. Sabía qué iba a hacer a continuación: escribir. Pero, después... después, ¿qué?

Su padre le decía constantemente que los escritores son los dueños del mundo. Y, siempre que pudo, le agregó a Rodrigo que son los dueños del mundo que plasman. Él lo veía como un cumplido, e incluso la frase le sirvió para poder responderse qué hacer con Antonio (así había llamado a su alter ego).

— Soy su dueño, se dijo en voz baja.

¿Qué hacer? ¿Le hablaría a la chica o encontraría el valor para olvidarla? ¿Recuperaría dignidad si dejaba de buscarla? Dejando de lado todas esas cosas a futuro, lo que le preocupaba a Rodrigo era si el pobre chico podría dormir. Había tantas posibilidades que explorar que, en lugar de frustrarse, se entusiasmó. Antonio podría ser el chico ideal, una proyección de lo que él querría hacer, y así lo mantendría. Luego de escribir, de expulsar todo lo que lo aquejaba, Antonio tomaría al toro por los cuernos y, ¡claro! Se olvidaría no solo de ella, sino de todas las personas que lo habían despreciado. Un velo molesto se le quitaría de la cara. En sus siguientes relaciones se implicaría más, y mejor. Antonio podría madurar, por fin, y mostrarlo al mundo. Pero, sobre todo, mostrarse a él mismo que podía.

Rodrigo comenzó a hacer que Antonio escribiera. A mitad de la acción, volvió a hacer lo mismo que siempre hacía al dar vida a un personaje como él: sentirse patético.

El dolor de cabeza había desaparecido, sí. Y el sueño había vuelto progresivamente, pero se dio cuenta de que, en realidad, la médula del asunto no era esa, y nunca lo había sido.

Se dijo a sí mismo, respondiendo de alguna forma la frase de papá: “No quiero ser el dueño de este mundo solamente. Quiero ser dueño de mis decisiones”.

Al carajo el papel. Al menos por esta ocasión. A la mañana siguiente su prioridad sería la carne y el hueso. Empezaría a ser más como los personajes que creaba cada vez que entraba en conflicto consigo mismo. Empezaría a ser más como Antonio. Empezaría a ser, sencillamente, como el Rodrigo que quería ser.

Quizá yo debería hacer lo mismo e irme a dormir.

Busca mi esencia, mi cuerpo no

ASHLEY PAOLA LÓPEZ PORTILLO

Decidí plasmar esto en letras por si me llego a quedar sin voz. Escribo esto porque si el día de mañana soy yo la que sale de casa y no regresa, quiero que sepas esto.

Si mañana soy yo, ¡por favor no me busques!, yo no estoy en los órganos que se encuentran en el escusado, yo no estoy en los trozos de carne y hueso que están tirados en el drenaje, yo no estoy en los restos que están dentro de una bolsa de basura, yo no soy ese cuerpo abandonado en un camino de terracería, en una combi o en la carnicería.

Y por mucho que quieran aseverar que aquel cuerpo abusado sexualmente, descuartizado y golpeado hasta la muerte soy yo, ¡no les creas!, ¡Esa no soy yo!

Yo no soy los golpes, los balazos, las puñaladas, los moretones, las marcas de estrangulamiento y violación en el cuerpo que dirán es el mío. Yo soy mucho más que eso, soy mucho más que las manchas de sangre seca que están en el piso.

Soy vida, soy arte, soy amor, soy esperanza, soy belleza, soy valentía, soy madre, hija, nieta, hermana, amiga, pareja, compañera, soy humana y soy lucha constante.

Así que por si mañana salgo y no regreso, recuerda que me fui luchando; mantén siempre presente que grité con todas mis fuerzas suplicando ayuda, que intenté defenderme, pero eran tres contra una, que intenté escapar,

pero me alcanzaron y que a pesar de dar todos los golpes que podía, su fuerza era superior a la mía.

Te juro que me defendí con toda la fuerza que habitaba en mí y que grité hasta con mi último aliento. Pero fue inútil, ninguno de todos mis intentos por escapar y seguir con vida funcionó.

Me he ido; me fui con toda una vida por vivir, con metas por lograr y sueños por cumplir. Y aunque no sé si existe el paraíso después de la muerte, sé que estaré bien, no sé cómo, pero lo sé.

Por último, quiero que sepas que no te voy a dejar, permaneceré a tu lado siempre y cuando tú me busques.

Si necesitas verme, búscame sentado a un lado de la ventana durante la noche y en la estrella que más brille, ahí estoy.

Si necesitas de mi compañía, búscame cuando salgas a caminar después de la lluvia, en medio de esa brisa fresca y hermoso petricor, ahí estoy.

Si quieres escucharme, lee mi libro favorito y dentro de esas páginas, en cada verso, en cada palabra, en cada letra, ahí estoy.

Si me quieres presente, búscame en todos nuestros recuerdos; en la primera vez que salimos de fiesta y bailamos hasta el amanecer o aquella vez que llegamos tarde a clase por ir a comer, recuerda todas nuestras risas, en cada momento lindo y malo que vivimos. Recuérdame como alguien que siempre le sonreía a la vida esperando que la vida le sonriera de regreso.

El hecho de que mi partida sea flébil no significa que permanezcas con un sentimiento de tristeza y agonía de por vida Te quiero sonriendo, te quiero feliz y te quiero logrando todo lo que algún día me platicaste, duele, lo sé, pero me he ido y si realmente quieres hacer algo por mí: Levántate y sonríe, sólo así me sentiré feliz.

Por si mañana soy yo, busca mi esencia, mi cuerpo no.

Fantasías

ZYANYA MONTSERRAT MELGAREJO MELÉNDEZ

—Mamá, ¿cuál es tu más grande sueño?

—Tengo uno, pero prefiero plantearme metas.

—¿Cuál es la diferencia?

—Que los sueños no son más que eso, ¡sueños! o fantasías, cosas irreales rondando en la mente de los ilusos, las metas son objetivos que con dedicación y esfuerzo se pueden alcanzar. Aunque no está mal soñar de vez en cuando.

—¿Y qué pasa si se sueña demasiado?

—...Ammm... bueno... te voy a contar una historia para que lo entiendas mejor.

Desde pequeña siempre me han gustado los cuentos de hadas, ¿te imaginas poder ser la protagonista de una historia fantástica, en donde los años de pena y sufrimiento al fin valgan la pena? Ojalá ese fuera mi caso y así pudiera salir de esta pesadilla.

Decía Claudia a su pequeño osito de felpa rosado, mientras contemplaban juntos el atardecer. La pequeña, a pesar de estar rodeada de grandes riquezas, no era feliz a sus cortos 7 años, el hecho de ser adoptada ya le traía problemas consigo misma, se sumaba a tener que soportar la indiferencia de sus respectivos tutores. No lograba entender que aquel trabajo que acaparaba la atención de sus padres le otorgaba la posibilidad de cumplir cualquier capricho suyo, aun así tenía la esperanza de

encontrarse a alguien que la rescatase y la hiciera feliz por el resto de sus días.

Soñando, soñando y soñando la dulce Claudia años pasó los años, una ilusión que resistió el paso de otros 9 inviernos, cada uno de ellos más gélido que el anterior, acompañados de una soledad interior, casi tan profunda como un cielo nocturno, esa soledad que absorbe toda la luz de su alma, sin estrellas, sin luna, sin amor... sin nada.

...Otra alma se consume
al momento de intentar
divisar la luz del día
pero es tan lejano el sol

La tormenta no se apaga
y se aloja en mi interior
ella lo devasta todo...
ella no perdonará.

No pudo haber sonado una canción más adecuada en la radio al describir perfectamente los sentimientos de la joven.

— ¡Esto ya es el colmo! Hasta la chica más horrorosa del salón... ¡no, qué va!, la más horrorosa de toda la escuela, ya tiene novio ¡¿Qué acaso, no merezco amor de verdad también?!

— De nada servirá gritarle a la pared, Claudia, mejor concéntrate en lo importante y haz tu tarea – irrumpió su madre en la habitación notablemente molesta.

— ¡No hables si no me vas a ayudar, mamá! ¿Por qué no puedes ser como las demás madres que le dan consejos a sus hijas?! Solo vienes aquí para fastidiarme.

— ¿Y tú por qué no puedes ser como las demás hijas, que dejan escuchar las llamadas telefónicas de sus madres? ¡ten un poco de decencia por Dios!

— ¡Como sea! Seguro tu trabajo es más importante que yo.

— ¡Ay, ya vas a empezar!, en ese caso mejor te dejo con tus anodinas frustraciones -dicho esto cerró la puerta para ubicarse en el sitio más lejano de la casa.

— ¡Bien! —y ahí estaba parada frente a la puerta llena de ira y odio, durante un buen rato se quedó inmóvil, tratando de encontrarle respuesta a las interrogantes que la aquejaban — ¿Por qué nadie me entiende? —Pero por más que cuestionaba a la pared, no había respuesta. La frustración crecía imponente, se apoderó de ella, de la habitación y la casa, parecía como si todo fuera a derrumbarse en ese momento, no tardó mucho en romper en llanto, una chica que debería reír y disfrutar de la vida se encontraba atrapada en una agonía y amargura insoportables, o al menos eso creía.

Tras unas semanas, la normalidad terminó en la vida de Claudia, al marcar las 7:15 am en el reloj, un chico fornido y con múltiples cicatrices adornando su rostro se dispuso a tomar asiento en el salón. Carlos, un tipo que, a pesar de su corpulenta figura, parecía intimidado por las múltiples miradas de curiosidad y desconcierto de sus

A pesar de casi finalizar el semestre, Carlos parecía incapaz de adaptarse socialmente en la escuela. Era un chico misterioso, pues no se sabía mucho acerca de él, ni dónde vivía, era algo que intrigaba a Claudia, así que armándose de valor decidió acercarse a él para conocerlo y calmar la curiosidad. Sostuvieron una plática bastante agradable, tenían varias cosas en común y sus diferencias parecían complementarse entre sí.

Después entablaron una amistad muy estrecha, no solo era amigos, su unión abarcó más que eso, ¡por fin el sueño de Claudia se hacía realidad!...

— Pero mamá, ¿no dijiste que los sueños no se hacían realidad?

— Precisamente. Aún no termina la historia.

Hubo un punto en su relación en la que querían permanecer juntos todo el tiempo, además, Carlos

sabía que Claudia no era feliz en su casa, así que le propuso mudarse a vivir con él.

— Ah... no lo sé, ¿no crees que es un poco apresurado?

— Bueno, si lo creyera no te lo hubiera propuesto. ¿Qué dices? ¿Vienes conmigo o regresas a tu habitación personal?

— Lo meditó un poco, suspiró y al fin respondió

— Está bien, quiero ir contigo.

A las 7:15pm los preparativos estaban listos, él pasó por ella en auto, se fueron discretamente. El trayecto fue bastante largo, ahora entendía por qué en ocasiones llegaba tarde a clases. Pero el vecindario no era nada parecido a como se lo había imaginado, estaba lleno de árboles grandes y hermosos, el aroma dulce de las flores y los frutos

inundaba el ambiente, había criaturas jamás antes vistas, criaturas mágicas que...

—¿Y en qué momento se arruina el sueño, mamá?

—Paciencia que a eso voy... emmm ¡ah sí!: Criaturas mágicas que los recibían gustosos luciendo prendas de vistosos colores, en algunos se podían apreciar destellos brillantes como diamantinas que dejaban regadas a su paso.

Claudia estaba fascinada: era el lugar perfecto para vivir y junto al hombre de sus sueños. Nada podía ser mejor.

Un par de días después, unos centauros la invitaron a pasear para que conociera el lugar, ella estaba a punto de aceptar cuando bruscamente Carlos la tomo del brazo y la llevó a jalones hacia la casa. Era un ataque de celos, le recriminó y le gritó como nunca lo había hecho, y a partir de ese momento, su sueño se convirtió en una pesadilla.

Se volvió en extremo paranoico, la vigilaba todo el tiempo, le prohibió volver a salir, una vez intento escapar, pero solo consiguió ser atada con una cadena por los tobillos, solo tenía un poco de paz cuando él salía por comida.

La vida no tenía sentido y el arrepentimiento estaba de más, poco a poco fue perdiendo la cordura...

—¿Y no pudo escapar? -la madre dibujó una sonrisa torcida en su boca y, sin contestar, continuó su relato.

Una noche en la que él había salido por provisiones, Claudia se encontraba en la habitación de siempre, ensimismada en sus pensamientos, alzó la vista para ver la poca luz que le brindaba una vela, era lo único que tenía

a la mano, su única salida... la empujó y cayó al suelo para encender el suelo de madera que la rodeaba.

No recordaba haber estado tan feliz en los últimos meses, por fin sería libre desahogando su euforia con una risa aterradora, De Carlos no se supo más, dicen que intentó rescatar a su amada adentrándose en las llamas y que nunca salió.

— Pero aún no has respondido a mi pregunta ¿cuál es tu más grande sueño?

— Mi más grande sueño es que quisiera haber estado ahí para protegerte cuando más me necesitaste.

Hasta pronto

ÁNGEL DAVID MONTIJO VALDÉS

Ya han pasado casi dos semanas desde que te vi por última vez. Sé que te encuentras bien y por ese lado me encuentro en paz, pero el tiempo a cada minuto pareciera ser más lúgubre, más lento, y creo que es normal porque las palabras son finitas en comparación con todos los sentimientos que tengo dentro de mi pecho; te envió mensajes, te dedico poemas, te compongo canciones, pero nada de eso se compara a sentir tus brazos que dan calor, a la esencia de tu perfume o al roce de tu piel; ahora más que nunca entiendo que la frase “no sabíamos lo que teníamos hasta que lo perdemos” está mal dicha, ya que la frase correcta en este tiempo de cuarentena es que “siempre supimos lo que teníamos, pero pensábamos que nunca lo íbamos a perder”.

Te extraño, “hasta pronto”, fue lo que te dije por última vez aquel viernes, y te lo diré cada vez que nos lleguemos a despedir, porque así sabré con certeza que siempre podré volver a verte. Jamás pensé que sería la última vez que vería tus ojos color café, como el roble más grande o como la taza de café que quita el sueño.

Nunca se deben dejar las cosas, los sentimientos, las acciones o las palabras para después, pues ahora te extraño, y aunque hablamos a diario, no es lo mismo, tocar tus manos es un privilegio que hoy en día me es negado.

La rutina se ha vuelto errante, curioso es extrañar lo ordinario, que ahora lo veo como extraordinario.

En mi mente, presente siempre estás y así la ausencia de tu presencia viva está, pero prefiero sentirte, acariciarte, verte con todos tus defectos, que, a cualquier idealización, puesto que tú eres mucho más hermosa que cualquier idea maravillosa que yo pudiera hacerme de ti, las ideas son pura fantasía, no existen, pero tú sí. Así que cuando termine la distancia y el confinamiento, lo primero que haré será correr a buscarte darte un abrazo, un beso, una caricia.

Hasta pronto.

Eterno dolor

ARIZDEL CY LIZBETH NEPOMUCENO ESCÁRCEGA

Mi nombre no importa, solo quiero contarles lo inimaginable, algo con lo que he vivido, si es que puedo llamarlo así. Realmente no entiendo nada, me encuentro confundida y, quizá, así será por mucho tiempo, por una eternidad.

Yo vivía en una hermosa casita de dos pisos, escondida en un gran bosque, rodeada de árboles donde los pájaros cantaban todo el día, donde la oscura noche era el refugio perfecto para la soledad.

Ese día desperté sin saber lo que pasaría. Recuerdo que mi mamá se encontraba en la cocina preparando unos deliciosos huevos con espárragos para el desayuno. Me pidió que fuera a buscar unos champiñones, exactamente no me dijo cuántos. Tomé mi canasta y me adentré en el bosque para buscarlos. Los encontré, recogí unos cuantos y, cuando pensé que eran los suficientes, tomé mi canasta. Justo antes de dar el primer paso, mi corazón se paralizó al escuchar el trueno de un disparo, corrí rápidamente hacia mi casa.

Al llegar me topé con los platos tirados en el suelo. El desayuno estaba por todos lados, se había manchado el piso blanco, luego de unos pasos ella estaba ahí, muerta, con la pistola en la mano. Comencé a temblar, mis lágrimas se juntaban con el sudor de mi rostro; sentí un nudo

en la garganta, no podía hablar en ese momento, menos gritarle ¿por qué lo había hecho?

Después de tanto llorar, sentí mis ojos cansados, el tiempo pasó rápido, ya era noche y mis pensamientos se apoderaban de mi mente, “¿Por qué mami me había dejado sola?”, “¿Por qué tomó esa decisión?”, preguntas como estas torturaban mi mente, no lo entendía, ella siempre fue la persona más feliz, o por lo menos, eso aparentaba.

A la mañana siguiente desperté con el corazón roto. Por un momento pensé que todo eso había sido un sueño; pero estaba equivocada. Todavía tenía las esperanzas de que ella se levantara y comenzara con la rutina de la mañana, no podía creerlo. Realmente estaba muerta, de una u otra manera no quería aceptar que la había perdido, así que pensé en una manera para encontrarme de nuevo con ella. Recodé cuando perdió a mi hermanito durante el parto; me dijo que él se había ido al cielo con papá, que yo no debía preocuparme pues ellos nos estaban cuidando. Mencionó que allí van las personas más buenas, y que ellos no sufrirían.

Pensé que la única manera para reunirme con ellos de nuevo sería si yo estuviese muerta. La idea me parecía irracional pero ya no tenía nada que perder, me había quedado sola, sin oportunidad de ser feliz, sin sueños, sin ilusiones. Al salir de mi casa me dirigí a un árbol, en él se encontraba una cuerda en una de sus ramas más gruesas. Instantáneamente me vino el recuerdo de cuando mamá la puso ahí, diciendo que podía usarse como “un columpio”. Trepé el árbol hasta llegar a la rama, justo ahí puse

la cuerda, rodeando todo mi cuello. Me aseguré de que la cuerda estuviera bien atada al árbol y en un instante pasó: me dejé caer. Mi muerte no fue tan rápida como yo esperaba, estaba en medio de la agonía, pero no me arrepentí en ese momento, pues pensar que volvería a estar junto a las personas que más quería hacía que todo valiera la pena.

Todo fue confuso después de mi muerte, no me desperté en el cielo, sino en el infierno. Ahí estaba un hombre viejo y de aspecto terrible. Él me explicó que solo aquellas almas buenas y puras son capaces de ir al cielo, incluso las personas que son asesinadas, “como tu mamá”, dijo él, que las que deciden quitarse la vida son condenadas para la eternidad. Ha pasado mucho tiempo, sé que jamás me reuniré con mi familia, no conocí a mi papá ni a mi hermanito, solo en mi mente queda decir “te amo, mamá”.

Soren, espada sangrienta

HANSEN NIELS SÁNCHEZ

Una a una cayeron las flores en la mano del joven. Una a una tocaron la ceniza y fueron cubiertas por el lento baile de las llamas rojas.

Soren se arrodilló. Sentía cómo se quemaba su piel, pero no se movió. Siguió mirando la escena presa del miedo, paralizado. Uno de los supervivientes, al darse cuenta de esto, le agarró del brazo para alejarlo de la aldea.

Soren apenas tenía seis años.

— ¡Papá!, ¡mamá!, ¿dónde están mis padres!

La mujer que lo había salvado negó con la cabeza y lo sujetó con fuerza para que no escapara. Mientras el rugido de una terrible bestia se alzaba sobre el ruido del fuego. Sus cuatro alas cortaban el viento. Su aliento ácido mataba todo lo que estaba a su paso y su llameante cola dejaba una estela de humo negro que se alejaba hacia el interior del bosque siguiendo al dragón.

Ese día juró venganza.

Habían pasado veinte años y el joven aún pensaba en ello. Cada vez que cerraba los ojos, a su mente le llegaban los gritos. Cada vez que miraba a la aldea, en su cabeza imaginaba las llamas y su pueblo sufría su pena; el recuerdo de una gran pérdida.

Un día nublado, de esos en los que el frío amenazaba con traer consigo males invisibles, el destino tocó a la puerta. Un hombre encorvado con una túnica negra, una

capucha y una máscara que lo tapaba entró como si se tratara de su hogar. Preguntó por el hijo de Ingrid al enterarse de la muerte de este y Soren respondió a su llamado maldiciendo a los dragones una vez más.

— ¿Quién eres que conociste a mi padre? ¿Acaso vienes a ayudar a vengarlo de esas malditas lagartijas insufribles?

— Vengo a lo que vengo y a nada más vengo, de los dragones he escuchado, pero ninguno al que hayan matado si buscas saber su paradero, tu fin será certero.

Los ojos del muchacho brillaron de emoción; aquel hombre era la clave de su venganza.

— ¡Habla todo lo que sabes anciano! ¡dime dónde se esconden!

— Ten cuidado al elegir tus palabras, pues hay quienes convierten a los hombres en cabras. Soy Shagini, último demonio sobre la tierra y vengo con un mensaje de otra era ¿deseas oír lo que tengo que decir antes de partir?

— ¡Dime! ¡dime dónde están! No me interesa tu mensaje.

El demonio hizo un gesto de desaprobación con la cabeza, su cuerpo creció a medida que las antorchas de la sala se apagaban. Cuando hubo ocupado toda la estancia habló:

— Te llevaré más allá del bosque donde habitan los Pueblos del Este, allí encontrarás a los dragones, tantos que se consideran peste.

[220] Soren accedió a ir con Shagini y mandó a buscar su espada; la misma que había portado su padre aquel día.

El joven Soren siguió al demonio al interior del bosque, tan profundamente que la luz dejó de tocar el suelo pantanoso, los árboles ya no eran tan verdes ni el canto de los pájaros tan bello. Shagini apenas se distinguía de la oscuridad que los rodeaba.

Pronto llegaron al otro lado, Soren encontró difícil reajustarse a la luz, miles de pensamientos surcaban su mente y empezó a cuestionarse si había sido buena idea confiar en el extraño. Pero se dio cuenta de que aquel ser le había traído a donde había prometido y que su amabilidad no era un engaño.

Aquel día llovió sangre de dragón sobre los Pueblos del Este, la espada surcaba los cielos como si volara pues la destreza y velocidad de los saltos de Soren lo hacían un espectáculo increíble. Uno a uno, cayeron al suelo destruyendo las viviendas y matando a inocentes.

Una niña de seis años miraba la aldea desde lejos, tenía en sus manos el huevo del último dragón y presa del pánico no se pudo mover cuando vio al asesino acercarse. Pero la ira de Soren no tardó en volverse vergüenza al ver que su espada y sus brazos estaban cubiertos de la sangre de inocentes, vio en la niña la misma mirada con la que años atrás él había visto al dragón y comprendió lo que había hecho.

Soren tomó el huevo y se lo llevó lejos a las montañas heladas del norte. Allí lo escondió en el interior de la cueva más profunda y se acurruco para darle calor, murió de hambre tras unos días dejando que su cuerpo calentara el huevo hasta que eclosionara.

Shagini le dio la espada y el trono de Kima a la pequeña niña quien le contó la historia de Soren, espada sangrienta, a sus hijos y a todo el que necesitara escucharla

Sesenta años contó sobre el mal que rodea a la venganza y cómo tarde o temprano todos debían reparar sus errores.

Gaby Saort

GABRIELA ALEJANDRA ORTIZ SARMIENTO

¿Yo quién era?... Yo era su reina.

Todos los días suelo dar una caminata, intentando olvidar el vacío, la incertidumbre y el coraje que invaden mi cuerpo. Para ser exactos no sé cómo llegué a tal grado y menos puedo explicar lo que eriza mi piel. Recuerdo que era una reina, pero he perdido tanto la noción del tiempo que saberlo es mi única añoranza. La vida de un muerto es difícil y más cuando no conoces la razón de su muerte.

La única ventaja de estar apagado es que en mi mundo no existen envidia, odio ni avaricia, al contrario, es un lugar tranquilo donde te sientes libre, donde no eres juzgado por nadie y el tiempo se paraliza, la calma siempre se hace presente y la luz... ¡jamás se va!

Lo único que deseo en este momento es llegar al verdadero “paraíso” donde el alma podrá vivir en el descanso eterno, al lugar a donde todos van cuando es el momento y siento que el mío se aproxima, es hora de ir con los vivos y romper todo lo que me ata a ellos. Es tiempo de enfrentarme a mi pasado, sin estar preparada para las adversidades que podría encontrar en mi camino.

Mi aventura comienza cuando un destello luminoso me envuelve, lo que más me sorprende de este, es el lugar a donde me deja, mostrándome un paisaje melancólico, donde la resignación jamás llega.

En el rincón de la morada, una mujer llora desconsolada y mientras lo hace, me destroza el alma. Es ahí cuando me doy cuenta de que había llegado a mi casa y dicha mujer era mi madre, quien abrazaba a un hombre que también lo lamenta, él era mi padre y yo ... ¡era su reina!

Al intentarlos abrazar, una voz me comienza a llamar, era Paloma, una niña de 4 años quien para mí sorpresa me podía ver, con llanto me comienza a abrazar mientras me llama ¡mamá! La abrazo con todas mis fuerzas, daría lo que fuera para poder quedarme con ella, el amor de madre me ciega, pero sé que mis padres entenderán y algún día no muy lejano todos juntos podremos estar.

Con un beso muy fuerte me despido de ellos, tomo a mi hija de la mano y juntas nos vamos al paraíso ya mencionando.

Miedo

JULISSA SAMANTHA PACHECO GUZMÁN

Estaba sentado en la orilla de la cama mirándome, frente al espejo subía el cierre de mi vestido.

—¿Qué? —Esperé una respuesta, pero ni siquiera un gesto de desagrado asomó en su rostro, sólo observaba.
—¿No me queda bien? —suspiró y se levantó mientras me miraba una última vez antes de salir de la habitación.

Sus pasos bajando la escalera coincidían con los “¿Qué?, ¿Qué?” repitiéndose en mi cabeza. Me veía de perfil, con las manos repasaba el contorno del vestido una y otra vez.

“No está roto. Pero quizás es feo, quizás es corto. Quizá no me queda bien”

Demoré poco en salir, Bajé las escaleras tomé mi bolso y crucé el corredor hacia la puerta. Las llaves no estaban colgadas.

Estaba de nuevo sentado, pero esta vez en la sala, vigilante e imperturbable. Un tintineo escapó de su puño derecho a la par de un pedazo de metal. Ahí están.

Tendí la mano creyendo que cargaba las llaves para dármelas, pero él no se movió.

—Dármelas —silencio.

—Tal vez no debas salir —fruncí el ceño, confundida—. No debes salir.

—No entiendo.

—No salgas.

No hubo rabia ante su negativa, pero la duda doblega más que un golpe en las piernas.

— ¿Por qué?

— No lo sabes.

“No salgas”. Y la luz dejó de colarse en las cortinas.

“No salgas”. Y desaparecieron las ventanas.

“No salgas”. Y toda la casa se caía sobre mi cuerpo tembloroso. El eco de la orden ocupaba mi cabeza; “No salgas, no salgas, no salgas, no...”

Grité.

Grité tan fuerte que podría jurar que todos mis órganos abandonaron su propósito sólo para cumplir este.

De nuevo silencio.

Bañada en llanto, me descubrí sola en el suelo de la sala, las llaves colgadas. No salí de casa.

La princesa perdida

MARÍA LUISA PADILLA POLANCO

*Cuando las princesas se pierden...
los colores desaparecen, el sol deja de brillar,
las aves ya no cantan, el cielo es gris, cae la
lluvia y la tristeza abunda.*

Había una vez una pequeña niña que soñaba con ser una princesa, cambiar al mundo y mejorarlo.

Daniela vivía en un cálido pueblo a las afueras de Bergen, en Noruega, tenía 8 años, muchos sueños y una vida por delante.

A Daniela le gustaba mucho ir a los fiordos, salir a la calle a jugar con sus vecinos, explorar las montañas junto a sus padres, y ayudar a cada persona que se lo pedía.

Un día la niña salió de compras con su madre, harían una gran cena, pues una nueva familia acababa de mudarse a la casa de enfrente y querían ser amables con ellos. De regreso a casa el señor Thomas le pidió a Daniela que lo ayudara a pescar en la montaña, ella aceptó pues el señor siempre era muy amable e incluso le regalaba dulces y juguetes. Daniela le prometió a su madre que llegaría a casa a las 6:00 pm.

Eran las 7:30 y Daniela aún no llegaba, Elizabeth, preocupada, llamó a la casa de Thomas y le preguntó por su hija. Él le dijo que ya estaba en camino y pronto llegaría,

Daniela llegó preocupada, en su rostro se observaba miedo, su madre no lo notó y solo le dijo que subiera a arreglarse, pues los invitados llegarían pronto, ella asintió y se dirigió a su cuarto. Se puso un vestido blanco con flores y un hermoso abrigo rojo. Fue a la puerta y esperó junto a sus padres a que la familia Thompson llegara. Estaba conformada por la señora Julia, el señor Charles y su pequeña hija Alinne. Ambas familias se cayeron tan bien que muy pronto se hicieron amigos inseparables.

Daniela había cambiado muchísimo desde el día en el que se quedó hasta tarde en casa del señor Thomas, ya no le gustaba andar sola por las calles de Bergen, ni quedarse a solas con ningún hombre, ni siquiera su padre. Él estaba muy preocupado por ella, él quería que su hija fuera feliz como antes, así que se le ocurrió llevarla a las montañas.

Era sábado 3 de diciembre de 1983. Daniela se levantó con mucha alegría y ganas de tener nuevas aventuras, por desgracia ese día no regresó a casa, ni el siguiente, ni los días después. ¿Pero cómo sucedió? La mañana era fría, toda la familia despertó a las 8:30, desayunaron y se alistaron para ir a las montañas, salieron de la casa a las 10; en el camino se cruzaron con el señor Thomas que se encontraba cerca del lago pescando como siempre, cuando Daniela lo vio se escondió detrás de su madre, ella preocupada le preguntó que qué le sucedía, pero la niña no respondió. La familia siguió su camino hasta llegar a una zona donde había una cafetería. Daniela, muy emocionada, pidió waffles, se sentía feliz de estar a salvo con

sus padres, un rato después subió a la cima de la montaña, la familia Thompson estaba ahí así que se acercaron a platicar. Daniela Y Alinne se alejaron para ir a explorar, sus padres las dejaron ir, pues Bergen era un pueblo muy seguro. Luego de tres horas, los padres se preocuparon de las niñas, pues no habían vuelto, las buscaron por un rato hasta que cerca del lago encontraron a Alinne, ella les contó que a Daniela se la llevó el señor Thomas.

Los padres de Daniela fueron a la casa de Thomas, pero él ya no estaba, llamaron a la policía, buscaron por todo el pueblo, recorrieron las montañas, los fiordos, y el lago, pero no había ningún rastro de Daniela.

Resultó que cuando ambas niñas estaban jugando, el señor Thomas se acercó a ellas y le pidió a Daniela que fuera con él, cuando ella se negó, él se molestó, la subió a su carro y le dio dinero a Alinne para que comprara lo que quisiera. Cuando Alinne se marchó, Thomas encendió el auto y se marchó junto con la niña, ella se negó a jugar con él. Molesto, la bajo del auto, la asesinó a sangre fría, metió el pequeño cuerpo en un costal y lo arrojó al lago. Después huyó de Noruega y nadie volvió a saber nada de él.

Un día les informaron a los padres de Daniela que habían encontrado el cuerpo sin vida de su hija en un pueblo vecino, ambos se derrumbaron, le habían arrebatado los sueños a su pequeña.

Memorias de una joven desesperada

REBECA JESED RAMÍREZ GARCÍA

Soy Rebeca y tengo 17 años. Mi nombre puede ser el de tu mamá, el de tu hermana, el de tu prima, el de una amiga. Soy mujer, y es algo de lo que mi madre me ha enseñado a estar orgullosa. Sin embargo, desde que era una niña he notado que existen diferencias entre hombres y mujeres. Desde entonces percibía cierta superioridad por parte de mi padre en la casa.

En la dinámica familiar, a mi hermano no le permitían llorar, pues lo enseñaron a ser “valiente”. A mí me dijeron que podía llorar siempre que quisiera, pero no me enseñaron a enfrentar mis miedos. Constantemente escuché que “a la mujer no se le toca ni con el pétalo de una rosa” y que “el hombre llega hasta donde la mujer lo permite”, yo asimilé que en algún momento tenía que casarme para cobijarme en la presencia necesaria de un esposo.

Cuando entré a la primaria me di cuenta de que yo era capaz de ser igual de inteligente que un hombre, (a diferencia de lo que me daban a entender en casa) y eso me hacía sentir importante. Pero cuando llegaba la hora de tomar clase de educación física, el profesor destinaba distintos ejercicios dependiendo nuestro género.

Observé que a las niñas nos ponía ejercicios más sencillos que a los hombres. Esto se hacía más evidente cuando

[230] los niños pedían jugar al fútbol y armaban sus equipos

dejando fuera a las niñas, afirmando que “ellas no saben jugar”. Yo me la creí, jamás intenté jugar algún deporte porque pensaba que era “débil” y podían lastimarme, como decían los profesores y profesoras, tampoco quise hacer equipo con los niños, pues creía que si perdían, me culparían por no ser igual de capaz que ellos.

El tiempo pasó y mi manera de comprender y vivir el ser mujer comenzó a cargarse de connotaciones fuertemente relacionadas con la belleza, el romance, la fragilidad, la pureza, la modestia, el color rosa, la tranquilidad e incluso al pensamiento pasional y no racional, referencias sobre casarme, tener hijos, saber cocinar, realizar labores domésticas para estar “realizada” como mujer y además me debían gustar sólo los hombres, no debía contradecirlos pues ellos me cuidaban y sabían más que yo.

Todo esto que creía natural ha orillado a mi país a que al día asesinen a 7 mujeres por el simple hecho de ser mujeres. Por sentir la presión de tener que entrar en estos prejuicios sociales sobre el género que normalizan la violencia. Estas víctimas tienen principalmente entre 16 y 39 años. Esto quiere decir que yo o alguna de mis compañeras podríamos no volver a ser vistas o podríamos ser encontradas inertes en un contenedor de basura por el simple hecho de querer ejercer nuestro derecho a la libertad y salir de noche con la vestimenta que deseemos. Suena cruel, irreal o poco probable que te suceda o le suceda a alguien cercano a ti, ¿no? Pues estoy segura de que los padres de estas víctimas creían lo mismo.

Las cifras, las fotos de mujeres desaparecidas, la violencia y el odio entre géneros van en aumento. Lo más lamentable es que ni así mi país toma acción. Al final, la sociedad insiste, como lo ha hecho a lo largo de la historia en que las demandas de las mujeres no son una cuestión prioritaria y que todos los problemas sociales, políticos, familiares, etc., que no están relacionados con los intereses de los hombres, son solo drama y exageración.

Hemos llegado al punto en que la violencia y la inseguridad han sido normalizadas. El gobierno enfatiza que está legítimamente preocupado por tomar medidas para ayudar a la mujer en caso de riesgo y alardean de la eficacia de sus medidas de seguridad cuando logran aprehender y enjuiciar a un feminicida o violador. Nos dicen que es un triunfo y que tenemos que aplaudirles, pero la realidad es que, en este país, la impunidad es más grande que la justicia.

Debemos entender que ya no se trata de pensar en cómo “proteger” más a las “doncellas desvalidas”, sino en erradicar el pensamiento patriarcal de nuestra cultura que no nos permite comprender la profundidad de este fenómeno.

Al final, seguimos dentro de la Caverna, a la que Platón hacía referencia en *La República*, y para mantenernos dentro, el poder se ayuda de los medios de comunicación masiva, a través de distractores que nos alejan de la realidad, creando la ilusión de hacernos sentir informados mientras nos indican, desde una falsa autoridad moral quién es el héroe y quién es el villano. Desgraciadamente, nadie lo cuestiona.

Esto resulta muy ilustrativo cuando observamos que en últimas fechas se han filtrado imágenes explícitas de casos de feminicidios acompañadas de historias trágicas, que rayan en lo amarillista. Desgraciadamente difundiendo estas notas los medios no buscaban generar conciencia sobre la situación, tampoco visibilizar la violencia que aqueja a las mujeres de este país, sino ganar un mayor número de lectores, alimentando el morbo que toda esta información genera.

Para la antropóloga feminista Rita Segato, “...cuántas veces se mata a una misma mujer en la pantalla de la televisión. Se glamoriza, en el sentido de que se transforma en un espectáculo [...]” “Por esto cobra sentido, como ahonda más adelante, la exigencia de generar “un debate mucho mayor sobre cómo se muestran estos fenómenos a la sociedad, de manera de informar sin promover, sin contagiar”. Y es que, como decía Bauman en *La Sociedad Líquida*, hemos aprendido a vivir en una sociedad que busca entretenimiento desechable, vamos de moda en moda, de espectáculo en espectáculo, lo que nos entretenga más, dejando de lado la capacidad reflexiva de analizar nuestro contexto y nuestro entorno, sin llegar al fondo de nada, cambiando el canal una y otra vez.

Todos los días desayuno, como y cenó violencia de género. Estamos tan bombardeados de noticias trágicas que estoy convencida de que con el paso de los días perdemos la capacidad de sentir indignación y rabia frente a tantas atrocidades, y curiosamente nos percibimos tan alejados de esa realidad, que es tan cercana, que bloqueamos la

empatía y la compasión hacia los demás. El otro nos es cada vez más ajeno en cuanto nuestro bienestar personal no sea tocado.

Nos urge comprender que la única manera que tenemos para sobreponernos a esta crisis es asumir la responsabilidad que a cada uno le toca. La violencia contra las mujeres no es una lucha de mujeres contra hombres, o de ciudadanía contra el gobierno, es un problema de todos, y en todos está el poder de transformarlo, poco a poco, desde nuestras acciones cotidianas, desde nuestras diferentes trincheras.

Urge tomar consciencia y tomar acciones mucho más allá de expresar nuestra indignación por redes sociales, o llamarnos “feminazis” o “machista opresor”.

Necesitamos informarnos mejor, leer, debatir, escribir, razonar, dialogar, gritar y luchar más. Tenemos que escucharnos más y atrevernos a romper los ciclos de violencia.

Yo no quiero caminar adelante ni atrás de un hombre, quiero caminar a su lado, quiero que nos

tratemos como lo que somos: seres humanos, capaces de mejorar el mundo en que vivimos.

Hoy tengo la oportunidad de escribir estas líneas sabiéndome segura en la comodidad de mi cuarto, mientras fuera de aquí otras hermanas están siendo silenciadas por un ser humano que se piensa con el derecho de hacerlo por el simple hecho de que ellas son mujeres. Curiosamente, este ser humano no es un monstruo, como

[234] como muchos se empeñan en hacerlo ver, simplemente es el

resultado de nuestro pensamiento cultural. Un hijo sano del patriarcado.

Ya no pienso quedarme sentada esperando a que algo pase mientras me ocupo de verme bonita. El cambio soy yo, el cambio eres tú.

Esta es mi historia, nuestra historia. ¿Qué final queremos darle?

Van Dort

TANIA BETZABE REYES SILVA

Un ruido ensordecedor llenó mi habitación:

— ¡Mamá! Ahhhhh...

Se escuchaba a lo lejos, al fondo de la habitación. Una vez más, ésta es la tercera ocasión en la semana que sucede; cada vez es más frecuente.

— ¡Por favor, ven rápido!

— Estoy en camino, cariño.

Sigo dormida, no atino ponerme las pantuflas, cuando al fin lo logro me encamino a la habitación de mi pequeño; una pesadilla más, una madrugada más...

— Te juro que estaba ahí, yo lo vi. Lo escuché.

— ¿Qué es exactamente lo que escuchaste?

— Me dijo que no quería ser mi amigo. Que era feo.

— Tú no eres feo, cualquiera querría ser tu amigo.

— ¿Y si no?

— Por supuesto, eres muy amable, valeroso y generoso.

— Pero...

— Pero nada, vuelve a dormir, mañana tienes escuela.

Dejaré la puerta entreabierta y colocaré tu luz de noche. Tranquilo, cariño. Estoy al final del pasillo.

Sólo escuché un pequeño susurro -ininteligible de resignación. Me dirigí a mi habitación de regreso a dormir

— Ahhhhh...

No me molesté en correr, ya sabía de qué se trataba, pero al llegar fue distinto; no eran súplicas de un niño de seis años, sus gestos, su vocablo, su actitud eran como de un hombre mayor.

— Tengo ese temor constante de que algo siempre está ahí...

— ¿Está todo bien?

— ¡No!, No lo está, tú no me crees.

— Por supuesto que te creo, pero ya estás grande para estas cosas.

— ¿Lo ves?

Vi unos pequeños ojos de desaprobación y, de pronto, un sobresalto, sus ojos se abrieron, su postura cambió, me dijo:

— Por favor, no te muevas.

— Suficiente, cariño, tendrás que volverte un niño grande y dormir con las luces apagadas.

— Por favor, por favor, no te muevas.

— ¿Por qué no habría de moverme?

— ¡Está detrás tuyo!

— ¿Quién? -grité exasperada ¡No hay nadie! ¡No hay nada! Tu mente te está jugando trucos, tus ojos se fijan en las sombras danzantes de atrás.

Roté mi torso solo para cerciorarme de que no hubiera nada más que la fluida imaginación de un niño. Solo eran las sombras juguetonas de los autos que pasaban por la avenida contigua.

— Viene por mí, estoy seguro.

—No hay nada, pequeño. Me quedaré a dormir contigo, pues las cosas peligrosas es mejor enfrentarlas juntos.

—Está bien -respondió con voz quetatal vez Van Dort no se anime a llevarme estando contigo.

—Por supuesto, te defenderé.

—Gracias, mami.

Cerré los ojos y caí en el sueño más profundo que no había tenido en meses. Cuando desperté con el primer rayo de sol, pensé que mi pequeño había tenido una noche tenebrosa y necesitaba salir a tomar el aire; no me preocupé por su ausencia hasta la hora del desayuno. Lo busqué en toda la casa, no había ni rastro de él. Mi mente divagó hasta lugares desconocidos. Salí al patio para continuar con mi búsqueda y encontré a mi pequeño tirado, en un enorme charco de sangre y los ojos perdidos en el horizonte. Realmente lo habían alcanzado, vinieron por él. No le creí y en la noche, mientras yo dormía, no pudo más y huyó por la ventana.

James

Yael Daniel Rivera Jiménez

Normalmente me levantaba a las 10 de la mañana, y de ahí comenzaba mi día, ya que tenía que ir a la escuela, presentarme y mostrar la mejor cara, pero un día todo comenzó de manera diferente. Me levanté a las 8 de la mañana. Dos horas antes de lo acostumbrado. Fui al baño a mirar mi cara y a cepillarme los dientes, me quería volver a dormir, mas cada que volvía a la cama me daba una taquicardia, o cuando me acostaba, me daba una especie de parálisis.

Pasó el tiempo hasta que dio la una de la tarde, era obvio que debía ir a la escuela. Salí de mi cuarto corriendo y entré en el cuarto de mi mamá porque normalmente me despidió de ella. Mi mamá, muy triste, no me dirigió la palabra ese día, estaba distante, me despedí de ella, no hizo más que soltar una lágrima. Yendo hacia la escuela sentía la presencia de dos sombras, de dos personas que me seguían, este día no estaba muy animado puesto que el día era gris y aparte sentía una pesadez extraña en el ambiente como que todos estaban tristes, sin color en sus vidas.

Ya en la escuela, entré en mi salón, voltee a ver a la ventana y aquellas sombras se hacían más lúcidas, podía distinguir que eran dos hombres de edad adulta, con un objeto en la cabeza y una chamarra bastante grande. Intenté no pensar en ello y concentrarme en el pizarrón, lo

extraño es que no recuerdo que hubiera personas en mi salón, solo yo, pero las oía; sin embargo, no las veía.

En el pizarrón, estaba una explicación sobre una nueva enfermedad. No entendí bien, las letras estaban difusas, borrosas. Me levanté de mi asiento para cambiar de clase y sentí escalofrío, aunque estaba dentro de la escuela tenía un frío intenso. El pasillo de mi escuela lo recuerdo cálido, Caminé y caminé. Por algún motivo mis piernas las sentía duras, como si ya no tuvieran movimiento, aun así, me movía a aquella clase.

Las sombras me seguían. Por un momento ya no sentía que me siguieran. Me senté en la banca donde comúnmente tomaba clase. Recuerdo que estaba en un momento tranquilo cuando, de repente, sentí dos manos en mis antebrazos sosteniéndome a la banca. Decidí ver mi pupitre, volteé hacia la izquierda y eran aquellas sombras solo que ahora sus ojos brillaban, eran blancos como la luz de una estrella, pero sin vida, tan solo eran dos grandes círculos que me miraban fijamente. Intenté forcejear, vi el pizarrón que se convertía en una figura humana. Levantando su mano, dijo unas palabras de las que solo me acuerdo: “Iluminen a este ser de luz en su camino”.

Caí del pupitre con las manos extendidas. La luz de aquel día se apagó, el cuarto se volvió oscuro; solo una luz blanca y una luz rosa alumbraban directamente mi rostro, y yo en el suelo con los brazos y las piernas extendidos, con los pies cruzados, sin movimiento: la oscuridad en aquel cuarto se volvió una enorme figura, que con una voz grave y tenebrosa pronunció unas palabras finales:

—Que tengas un buen resurgimiento en el reino de los cielos.

De repente toda la luz se volvió una espada afilada que cayó sobre mi pecho, gritos y un lamento, fue lo último que escuché. La realidad es otra... Mi nombre es James, James Salazar, no me acuerdo muy bien en dónde ni cuándo nací. Sólo estoy seguro de que tengo 16 años y recuerdo que una guerra tormentosa había comenzado, la segunda guerra mundial o algo así. Vivía con mi madre afuera de la ciudad en una enorme casa. Mi padre nos había dejado, ya que fue a pelear por nuestra patria. No tengo mucha memoria de él, pero mi madre me solía contar de cómo era. Recuerdo muy bien que dos hombres me solían seguir para un reclutamiento forzoso o al menos eso creía. Me ocultaba en mi escuela, pero esos dos sujetos siempre se quedaban ahí observándome. Cuando salía de la escuela corría a mi casa a descansar.

Un día sentí cómo mis piernas me dejaban de responder, creía que solo era un calambre o algo parecido, que provocaba que mis piernas se entumecieran, mi mamá y yo no le hicimos caso, hasta que un día al despertar realmente no me pude levantar, justo fue el día de mi cumpleaños, cuando cumplí 16.

Mi madre llamó a muchos doctores y realmente nadie sabía qué hacer, solo me observaban y con una libreta en mano anotaban mis cambios. Solían decir que sufría una enfermedad extraña y recuerdo ver cómo en un pizarrón le explicaban a mi mamá algo sobre “Parálisis permanente”. Mi madre me veía entristecida, no recuerdo mucho

de la explicación porque no lo comprendía. Después de no poder caminar vino la parálisis, solo podía mover mis ojos, veía a mi mamá distante, siempre viendo aquella ventana en mi cuarto.

Un día mi mamá decidió traer a un cura para ver si no tenía alguna. Aquel cura llegó con su Biblia a decir unas palabras que no recuerdo. Me venía a ver dos veces por semana hasta que un día, mi mamá estaba platicando con los doctores y el cura, acerca de algo triste, porque mi mamá lloró. Los vi entrar, el doctor se despidió de mí y se quedó el cura diciéndome unas palabras. En ese momento llegaron los soldados con mi mamá, estaban hablando sobre “La muerte en batalla” de alguien. Mi madre cayó en un llanto inconsolable, los soldados se alejaron y uno de ellos se acercó a mi mamá y le dijo: “Yo también lo echo de menos, era alguien fantástico... lo siento”.

Tardaron unas horas hasta que el cura fue con mi madre y le dijo discretamente – ya es tiempo. Recuerdo que me cargaron los soldados por un largo pastizal hasta llegar a una iglesia pequeña donde ahí adentro me acostaron, mi mamá tenía un velo negro. Yo veía un vitral que me iluminaba el rostro con una fuerte luz blanca y una luz rosa por el dibujo que tenía aquel vitral. El cura sacó un pequeño cuchillo y pronunció las palabras:

— Iluminen a este pequeño ser de luz que cayó de los cielos, pero que hoy regresará a ese lugar de paz.

Con cautela y calma el cura levantó el cuchillo, resplandeciente por la luz intensa del vitral, y con una lágrima en el ojo, dijo:

—Que tengas un buen resurgimiento en el reino de los cielos...

El cuchillo cayó sobre mi pecho, sentí un fuerte escalofrió en mi cuerpo y con la poca vitalidad que tenía, escuché el grito de sufrimiento de mi mamá, es lo único que mis ojos terminaron por ver.

Ahora no sé, si quedarme en mi realidad o vivir mi pesadilla.

La Bestia

ÁNGELA MARISSA RUIZ MAGALLÓN

Hace días que la encerré en ese escondite, no ha rasguñado la puerta y los llantos ya no retumban en las paredes. Desde que hubo silencio en este laberinto he llorado sin poder dormir, he deseado la muerte yo también y cuanto más lo pienso más me siento atraída por ella. No puedo recordar nada más, que el dolor que cobra fuerza, cada vez que vuelvo a escuchar su agonía en mi cabeza, una y otra vez. ¿Será muy tarde para arrepentirse?

La vida que llevaba antes de vivir en esta jauría ya era borrosa ante mi memoria. Todos los días estaba en una constante cacería, donde yo era la presa de esta bestia, cuya figura nunca fue visible ante mis ojos, porque cada vez que se acercaba a mí, evitaba mirarla. Le gustaba jugar conmigo, hacerme sufrir. Su monstruosa forma vagaba por las habitaciones y por los pasillos. Ella podía olfatear mi miedo. Escuchar sus pasos me hacía temblar. Lloraba de impotencia desde el escondite que tenía y mis lamentos resonaban por todos los rincones.

A veces sentía que hablaba conmigo porque cada noche escuchaba una voz que me lastimaba el pecho, como una daga que atravesaba mi piel, hasta llegar a mi corazón. No entendía el motivo de su odio hacia mí, yo solo intentaba sobrevivir de ella y jamás intenté lastimarla.

[244] Quisiera que ella me diera razones, pero es una bestia, no

entiende los sentimientos de una persona como yo, solo piensa en su propia sobrevivencia.

Mis esfuerzos tratando de buscar una salida siempre terminaron en dolorosos fracasos. Ella se me balanceaba encima, me lastimaba hasta hacerme sangrar y gritar de agonía. Disfrutaba herirme, era su entretenimiento. Después de terminar ese proceso tan tormentoso me dejaba herida para regresar hasta que yo fuera capaz de levantarme y volver a mis sentidos para jugar una vez más conmigo.

Pero después de tanto padecer y tanto intentar, planeé mi escape definitivo. Ya no podía seguir en esta contienda sin armas con las que pudiera defenderme, sin embargo; estaba dispuesta a terminar con la bestia, antes de que ella pudiera terminar conmigo. A la mañana siguiente ya estaba acechándome desde un rincón de donde solo podía percibir el contorno de su figura. Podía escuchar su respiración hasta el otro lado de mi refugio. Todavía no me sentía segura de escapar, no quería un fracaso más, pero necesitaba ser libre.

Un ruido provino de la fuerza con la que salí de mi escondite e inmediatamente la bestia se puso en alerta. No me detuve a mirarla, corrí hasta donde los pasillos me llevaran. La potencia con la que movía mis piernas me hacía levitar, todo alrededor se nubló y solo podía sentirla a ella, a esa bestia ir detrás de mí, de su presa. Con tantas vueltas en el enorme laberinto la perdí de vista, y fui a parar a metros de lo que parecía una salida, la había encontrado. Traté de avanzar hacia ahí, pero la

bestia me encontró, su olfato no fallaba. Me tomó con sus dientes, me arrastró lejos de mis esperanzas, comenzó a rasgar mis ropas, a herirme como otras veces, yo en todo momento evité el contacto visual con ella. No, no podía fracasar otra vez, yo quería seguir viva, lejos de todo este sufrimiento.

Tomé valor de mis palabras y mis sentimientos, en ese instante levanté la vista y sus ojos se encontraron con los míos. Sentía mi fuerza, ella tenía miedo, la bestia me temía. Traté de zafarme de ella, lastimándola también, dañando su cuerpo casi de la misma manera en que ella lo hizo; contraatacó con fuerza, encajando cada uno de sus colmillos en mi pecho. Agonicé de dolor, el llanto brotó de mis ojos y empecé a pedirle que me dejara, que solo quería ser libre; así que volví a intentar detenerla para salir huyendo en dirección a la salida.

El forcejeo se hizo más intenso, volví a lastimarla y no dejé que volviera a atacar en mi contra. El coraje subía de nivel, el odio sin explicación, la satisfacción de hierirla, acecharla, darle una lección. Esta vez la lastimé mucho más y desaté mi ira en su pecho, justo cerca del corazón. Estaba llegando a su final. Se quedó inmóvil, seguía agonizando de dolor y quejándose. Gruñía cosas a las que no les quería prestar atención. Más rasguños y heridas. Continué alimentándome de su dolor, la satisfacción de verla rogar, de sentir cómo la vida se le iba, fue un deleite. Cuando me fue suficiente, la llevé a rastras a su escondite y aún adentro, escuchaba su llanto resonando en cada pared. Toda esa noche traté de ignorar sus súplicas, pero

en medio del silencio que albergaba el ambiente, estas se internaron tanto en mi alma que me hicieron unirme a su dolor.

Aún la escucho rogándome por su vida, sigo escuchando los gritos que le provocaba el daño que guardaba en el pecho. Me hacía preguntas con la poca voz que le quedaba, se disculpaba y me agradecía por hacerla libre, aunque no de la forma que ella esperaba. Empecé a sentirme arrepentida, el dolor se había terminado y ahora yo estaría sola. Estaba dispuesta a acabar con ella, pero no medí mis consecuencias, no pensé en qué pasaría conmigo. Puede que yo también muera de soledad, de hambre, de arrepentimiento.

Ahora yace sin vida la pequeña criatura que trató de zafarse de una bestia que acabó con ella, con sus esperanzas de seguir adelante. Perdóname, criatura, tu presencia me acompañaba y ahora no tengo nada.

Un triste futuro

LILIAN SALAS ROSALES

Todo comienza con simples acciones, personas tirando basura en las calles, personas que no cuidan el agua y recursos que ofrece la naturaleza, el uso excesivo e innecesario de plástico y papel y la actitud del ser humano hacia los demás en la sociedad.

El planeta está muy dañado, pero aún se puede habitar, la tecnología es lo más importante para todos. El gobierno decide separar a la sociedad por grupos, específicamente por clases sociales, hay reglas que seguir y espacios que respetar, nadie puede ir más allá del área que se le asigna. Los grupos con una buena posición económica se encuentran en el área verde y otros grupos en el área amarilla.

En el área verde las calles están vacías, únicamente se ven pantallas y luces por todos lados, ya casi nadie camina por la banqueta, nadie sale de sus casas, solo se ven edificios de 80 pisos con muchas ventanas iluminadas y carros voladores por todos lados.

En el área amarilla las calles son oscuras, llena de casas pequeñas y personas que salen con cubrebocas y máscaras debido a que el aire está muy contaminado y no es posible respirar sin protección, las personas trabajan como obreros, arreglan tecnología que ya no funciona y crean nueva para que después el gobierno la transporte

En una noche fría de invierno Ulises sale de su casa, camina hasta perder de vista a todos, atraviesa un par de calles y cruza un túnel oscuro y largo, al salir cruza un terreno abandonado hasta llegar a donde comienza el área amarilla, entra por un hoyo que hay en una cerca de metal, se mete y logra salir al territorio de la zona amarilla. Camina unos metros y llega a un lugar oscuro en medio de la nada. Cada jueves se ven ahí, se quedan hablando por horas hasta las 10:00 pm cuando los policías descansan y no hay nadie en las calles del área amarilla.

Existe un nivel de sobrepoblación muy grande y ya no hay recursos para mantener a tantas personas en el mundo, el gobierno tiene un plan de eliminar a la mayor cantidad de personas para que mientras menos haya más grande sea la calidad y esperanza de vida.

Ulises regresa por el mismo camino a su casa, por la mañana ven el noticiero, anuncian rumores sobre la “solución” del gobierno para mejorar el planeta y la sociedad. Dicen que nadie de la zona verde tendría que salir de su casa porque podían correr peligro y que a las personas que van a matar son las que habitan en la zona amarilla, ya que ellas no sirven de mucho y están hasta abajo de la pirámide social. Ulises escucha eso y decide ir por Laila para que no le pase nada, al llegar todo está destruido, no sabe en qué grupo está Laila. Corre e intenta encontrarla entre las personas y el desastre, se esconde detrás de unas grandes casas de madera. A lo lejos, ve correr a Laila y va tras de ella, quien le pregunta que qué está haciendo ahí. Él la toma de la mano y corren lo más rápido posible. En

la salida de la zona amarilla había muchos policías. No podían pasar a la otra zona, ya habían tapado cualquier paso que llevaba a la zona verde. Regresaron a un refugio que Laila conocía, estuvieron a salvo durante algunos minutos. Dos horas después, salen de ahí. Ya no queda nadie, ya no existe la sociedad del área amarilla, se escucha una explosión, volean hacia el lugar de donde se escuchó el ruido y en ese momento toda el área amarilla explota.

Recuerdo

SOFÍA SANTOS MARRERO

Todo era tan lindo, pensé que nunca terminaría.

Hoy te volví a recordar porque siendo un día tan especial es inevitable no hacerlo y todavía me pregunto, ¿por qué tomaste esa decisión tan repentina? Según yo éramos muy felices o al menos yo sí lo era, y es que fuiste mi primer amor y en verdad yo sí quería que durará toda la vida. Creí que tú igual querías lo mismo, pero me di cuenta de que no, de que tal vez tu amor por mí no era tan fuerte como para soportar la distancia, o simplemente te cansaste, eso es algo que nunca sabré, porque tu orgullo te impide que hablemos.

Siendo sincera todavía te lloro por las noches y solo abrazo tu recuerdo y me atormento con la misma pregunta de siempre, con el ¿qué hubiera pasado si...? Pero eso ya no importa, sé perfectamente que tú ya encontraste a alguien que te hace feliz, me alegro por ello, aunque me duela, pero no te entiendo, tú siempre decías que nunca pasaría esto, que nunca te aburrirías de mí, que íbamos a estar juntos siempre, en fin, fueron muchas promesas que los dos nos hicimos y de mi parte así ha sido, porque para mí no es fácil olvidarte y estar con alguien más, yo sigo amándote como el primer día, y lo intentaría una vez más contigo, pero ya no tiene caso, además sé que tú

no quieres saber nada de mí y tengo que respetar esa decisión. También sería hacerme daño y eso no quiero por más que te amé, sé que es mejor estar separados.

Hace algunos meses conocí a alguien que se ha portado tan lindo conmigo que creí que podría olvidarme de ti. Volver a ser feliz. Él me trataba muy bien, de hecho, mejor que tú y quería que las cosas con él funcionaran, No pude, algo en mí me dijo que no era el momento, sentí que era muy pronto para andar con alguien más. Y qué irónico, ya han pasado 7 meses desde que me dejaste, y aún sigo pensando que es muy pronto para tener una relación. En cambio tú, solo pasaron algunos días y ya tenías a alguien más en tu vida, y fue ahí donde entendí que nunca fui lo suficientemente importante para ti, ni mucho menos fui el amor de tu vida, como tú lo decías.

Es triste esta situación, después de todo, formaste parte de una gran etapa de mi vida y aunque no lo creas, te lo agradezco mucho, porque contigo aprendí cosas nuevas. Una de esas cosas, fue el amor. Así que si me preguntan quién fue mi primer amor, siempre diré tu nombre y tal vez hasta cuente nuestra historia, prometo contarla con una sonrisa de felicidad y no derramando lágrimas, porque, al fin de cuentas, tú me llenas más de felicidad, que de dolor y tristeza.

Cómo olvidar nuestros casi cinco años de amistad y un año de relación, para mí todo eso es muy valioso, y aun guardo nuestras fotos, las cartas que me llegaste a dar, que, por cierto, me emociono aun cuando las releo como

aquel peluche de mi caricatura favorita. Conocías a detalle mis gustos y siempre tratabas de consentirme. No sé cómo olvidar todo esto, en realidad fue mucho tiempo el que nos dedicamos el uno al otro. ¿sabes qué es lo que más extraño?, pues bien, lo que más extraño es que podía decir cualquier tontería, la cosa más estúpida que se me ocurriera y que tú respondieras a con algo aún más tonto o que simplemente te rieras. Me va a costar mucho trabajo superar esto, pero prometo que lo voy a lograr, por mí, por mi estabilidad emocional, porque al final del día solo cuento conmigo para salir de esta depresión que empieza a consumirme.

Solo espero que algún día leas estas líneas y te des cuenta de lo importante que eres para mí, no sé si pronto te vuelva a ver, o al menos me atreva a mandarte un mensaje, solo sé que cuando eso yo ya te habré superado, y entonces podré entablar una conversación contigo, sin sentir dolor o tristeza.

La marca del ente

DANIELA TAVARES SARABIA

Otra noche más. De nuevo me vuelvo a levantar a mitad de la madrugada, con este temor que ha atacado días atrás; días no, puedo jurar que llevo meses sintiendo un miedo que me deja atónita, perpleja. Una vez más abro los ojos con un pánico indescriptible, con este terrible estupor de saber que me observan esos ojos macabros. Comprendo que ya no podré conciliar, el sueño y decido empezar con mi día.

Pretendo dirigirme a la ducha, cuando me atacan los recuerdos de aquel día; aquél que me arrebataron a la persona más importante en mi vida. Mis ojos se llenan de lágrimas al recordarlo. Junto a Eric pasé más de la mitad de mi vida. Él se encuentra en la mayoría de mis recuerdos.

Lo conocí una calurosa tarde de verano. Caminaba hacia la primaria. Chocamos debido a nuestra falta de atención, terminé en el suelo y él me ayudó a levantar. Eric acababa de llegar a la ciudad y coincidimos en nuestra edad. Más tarde descubrimos que estábamos en el mismo salón y desde ese momento nos volvimos inseparables, hacíamos todo juntos: salíamos al cine, estudiábamos, íbamos de viaje, en fin, se convirtió en una parte esencial en mi vida.

La tarde en la que él se fue pasó tan rápido. Íbamos hacia mi trabajo, caminábamos por la avenida, estábamos tan alegres, riendo de todo y de nada, bromeando, y de

la nada sentimos un cambio de ambiente brutal. Todo empezó a tornarse melancólico, se notaba una tristeza en el aire; ambos volteamos hacia atrás pues sentimos que había alguien y en efecto, advertimos a un ser inhumano; él nos miraba fijamente. Se encontraba a menos de medio metro de nosotros. Medía cerca de dos metros, ambos patidifusos por el extraño ser que estaba frente a nosotros, tenía unos ojos tan macabros que con solo verlos nos dejaron en shock, Eric y yo retrocedimos para alejarnos de él.

Todo pasó en menos de cinco minutos; en un pestañear, el ente ya se encontraba a pocos centímetros. Con su larga mano señaló a Eric y dijo algo en un idioma que no conocíamos. Inesperadamente, el ente clavó su mano en el abdomen de Eric y lo aventó a la otra banqueta. En ese momento sentí cómo agonizaba, me apresuré a llegar a su lado. En un instante el ente se situó enfrente de mí y empezó a reírse de una manera depravada, me dio un leve empujón y desapareció. Cuando llegué al lado de Eric, él deliraba debido a la herida que le hizo el ente. Tuve que verlo agonizar, murió en mis brazos. Recordar todo esto me dejó devastada, me recuperé del trance y me metí a bañar, traté de seguir con mi día, pero aún tenía en la mente todo lo anterior.

Caminando hacia el gimnasio comencé a sentirme mal, la tristeza me invadió y mi cuerpo empezó a llenarse de miedo. No comprendía qué pasaba, hasta que volví a ver aquellos aterradores ojos que han sido causa de mi insomnio durante todos estos meses. Me quedé estupefacta, a escasos metros de mí tenía al ente que había

acabado con la vida de mi amigo. Me miró fijamente y comenzó a reírse, me provocó un temor indescriptible, acercó su mano lentamente a mi brazo y lo envolvió. Su pálida piel me provocó escalofríos. Empezó a arderme la zona que me estaba apretando el ente, jalé mi brazo con fuerza para tratar de liberarme, y sin lograrlo, empecé a temer por mi vida. Sentí cómo se me quemaba la piel, era un ardor intenso, insoportable. Sentí cómo quitaba su mano de mi brazo, y alcancé a ver cómo aquella cosa marcó en mí un tipo de símbolo aterrador; cegada por el dolor que tenía, me desmayé.

Abro los ojos, aturdida, no me puedo mover. ¿Dónde estoy?, ¿Qué hago aquí?, ¿Qué es este lugar? Comienzo a desesperarme al no saber nada. Siento los brazos y las piernas inmovilizadas, a mis ojos les cuesta trabajo acomodarse a la luz de la habitación. Cuando ya me acoplé al ambiente, intento ver mis extremidades, en efecto. Estoy atada a una cama, con una gran cantidad de cinturones de piel, volteo al costado y veo la marca que me hizo el ente, empiezo a alterarme al recordar todo, después de unos minutos me tranquilizo, la habitación en la que me encuentro es completamente blanca, el sitio parece un hospital, mientras trato de identificar donde me encuentro oigo que alguien me comienza a hablar.

—Kate, veo que ya despertaste. ¿Cómo dormiste?

Yo, sin saber qué está pasando, no sé qué responder. Lo único que quiero saber es dónde estoy.

—¿Dónde estoy? —es lo único que mis labios pueden pronunciar.

— Veo que de nuevo no recuerdas nada. Bueno me tendré que presentar por tercera vez; Me llamo Cintia, soy tu enfermera, te encuentras en el hospital psiquiátrico de Webstermine. Tú te llamas Katherine y has sido huésped del hospital por más de cuatro años.

Me siento tan cansada que no puedo reaccionar, el sueño comienza a invadirme y en un instante mis ojos se empiezan a cerrar.

La importancia del waffle

EMILIO FEDERICO VARGAS DOMÍNGUEZ

Alguna vez Ximena compró un waffle en la tiendita de la escuela, no costaba más de diez pesos y eran reconocibles por su empaque verde. Ximena sintió el olor y el calor, como si su mamá lo hubiera preparado solo para ella y con mucho amor.

Pensó en su hermano Carlos, porque le gustaban mucho los waffles. Recordó una vez que él estaba comiendo uno de fresa para la cena y, en el fondo, sus papás estaban peleando, gritándose. Ximena entonces empezó a imaginar. Esa pelea fue el origen de la llegada de unos señores de traje con portafolios y papeles. Los vio como los culpables de hacer llorar a su mamá, pero, sobre todo, de separarla de Carlitos y su papá. Se quedaron solo la mamá y Ximena. Se mudaron a una casa pequeña, y la señora se comenzaba a preocupar por llegar temprano al trabajo y que su hija tuviera que comer en la tarde. Cada vez quedaba menos tiempo para estar juntas y platicar.

Ximena ya no estaba feliz, de la niña aplicada y sus ambiciones no se volvió a saber más. Vivían estresadas y aprisa, pero la niña, quien debía entrar a la universidad, aún más. No se quedó. Trabajo en una fonda cerca de la casa por donde pasaban sus antiguos compañeros de la prepa, todos ellos con un espacio en la universidad. Se

El sentimiento creció más cuando su madre tosió en la sala, más y más como una gripa hasta terminar en una visita al hospital. El médico acertó en el diagnóstico de VIH de la señora. Desde entonces, Ximena quedó casi sola para resolver la vida de ambas.

Había momentos donde se sentía sola e incapaz. Hasta que un día, en la fonda, apareció Jairo. Un estudiante aplicado y responsable, amable y cariñoso. Cuando él y Ximena fueron novios, la tristeza de la muerte de su madre iba desapareciendo poco a poco, y él, se mudó a la casa. El padre de Ximena recibe la casa después que su esposa muriera, entonces la joven pareja debe ir a la casa de la familia de Jairo como refugio temporal.

Los meses se hicieron años y el chico amoroso no volvió a ser igual, dejó de estudiar para ir al bar dos veces a la semana, no estudiaba ni trabajaba, todo lo pagaba Ximena. Jairo regresó un día del bar, y su novia no estaba de acuerdo, le reclamó y Jairo lanzó un golpe que destrozó la nariz de Ximena, así, unas 4 o 5 veces más. Pero el día en que Ximena, quien por cierto había renunciado a su trabajo y vivía de la pensión de la familia, se excedió de sal en la carne para su novio, este la golpeó tan fuerte que visitó el hospital. El médico aseguró que los golpes fueron mortales y destazaron órganos, seguramente no viviría.

Ximena vio a su amiga sentada frente a ella, haciéndole señas para llamar su atención. Le preguntaba si estaba bien, porque llevaba 10 minutos viendo el waffle. Lo vio y se asqueó, entonces su amiga lo tomó y se lo comió. Ximena seguía en la secundaria, y nada de eso pasó, no

existió, lo estaba imaginando. Pero cuando ya era noche, su mamá la llamó para cenar, bajo, caminó al comedor, y vio a Carlos, su hermano, estaba comiendo un waffle de fresa, le gustaban mucho, y, en el fondo, sus papás estaban peleando, gritándose...

En ese momento Ximena dejó de ver al waffle como una comida trivial, veía la realidad en ese alimento, el futuro, y así comprendió la importancia del waffle

Dos, tres, cuatro y cinco

MARICARMEN VÁZQUEZ VÁZQUEZ

Sería muy tonto fijar una fecha que no recuerdo, nunca noté su presencia. La vida no se detiene, y es absurdo pensar que alguien va a abandonar su rutina para venir a rescatarte del abismo de ideas, llenas de miedo e inseguridad; porque a pesar de que llegué a este mundo en compañía y –sonará a cliché– estando sola, no culpo a nadie por alejarse de mí y, hasta cierto punto, aprendí a vivir con la soledad, el vacío de un amigo que solo te quiere por interés o por un rato; nunca fue lo mío y me resigné a valerme por mí misma.

Nuevo curso y ese fue el primer encuentro. Un día antes, como mi personalidad perfeccionista me lo exigía, medité todos los detalles a los que me enfrentaría. Absurdo, pero tenía planeado hasta las posibles respuestas de mi primera conversación; mi único objetivo era obtener buenas notas, lo demás no me sorprendería. Me sentí decepcionada y absurda pues al entrar al salón actué por inercia. Sentada al lado una chica rubia y simpática, enfrente de dos chicos agradables.

En fin, nada extraordinario. Nos presentamos. Amador, Emilio y Miranda, todo fue de lo más normal trivial. Apenas si hablábamos, intercambiamos pensamientos y ocasionalmente hacíamos preguntas para conocernos más. Pasaba el tiempo y la relación entre nosotros se iba estrechando, sin saber lo que el destino me tenía preparado:

fue el auge de mi vida. Seré breve y sincera. Miranda se volvió parte de mí, tenernos una a la otra se fue haciendo indispensable; sin pensarlo nació una amistad. Éramos opuestas y hasta cierto tiempo funcionó nuestra dichosa amistad. Atribuyo nuestra separación a Naibi; era la perfección de una estudiante modelo, hija única. Tenía un carácter fuerte y, me atrevo a decir, que con ella me sentí débil; nos manipuló muy bien hasta que, por fin, nos separó. Así es, de nuevo sola, pero mi pericia con la soledad me ayudó a sobrevivir, por un tiempo tuve estabilidad.

Fue agotador. De alguna forma me llevé mejor con los hombres. Comencé a disfrutar de su compañía, en especial la de Amador y Emilio. Hago un paréntesis en el orden de mención entre ellos dos, pues Amador era seguro de sí, inteligente y tenía personalidad. La diferencia era notable ya que Emilio carecía de estas tres cualidades, que, en lo personal, es en lo que me fijó en cualquier persona, sin excepción. A medida que pasaba el tiempo nos fuimos uniendo y comenzó mi maravilloso tormento.

Me gustas, María. Me lo confesó Amador, pues igual a mí me gustas. Salimos por un tiempo, fue lindo, nos dimos nuestro primer beso y lo presumió como trofeo. Te amo, no obtuve respuesta y las cosas se complicaron, ¿Qué significa te amo?, ¿realmente siento eso? No lo sentía, fue la inercia del amor. Es una palabra vacía que desde que mencioné esa horrible expresión se terminó, pese a los intentos que hicimos para rescatar nuestro amor. Después de tanto drama, pudimos perdonarnos. Los tres volvimos a estar juntos y pensar que volvía a la rutina,

hubo apego por el intermediario Emilio. Insistió tanto tiempo y tantas veces en ser novios, que le dije que sí. Me pregunté si era lo correcto, y no, no lo era. Por eso decidí terminar con el triángulo amoroso. Amador intervino con su amor en ciertas ocasiones. Eran buenas personas y lo único que quería era una compañía sincera. No comprendieron ni un poco y de nuevo me quedé sola.

¿Es forzoso tener una relación?, ¿por qué solo me veían cómo novia? Fui muy atenta, pues tomé muy en serio la relación, pero no era injusta la causa por la que me hicieron sufrir. No podía tener tantos novios a la vez. Quiero aclarar que no fueron los únicos a los que conocí y cada uno tuvo su tiempo, pero todos terminaron igual, fue frustrante, y era todo o nada. Por mi bien estaba a favor de la soledad.

No creo que haya una persona que me haga salir de este lugar tan cómodo y acogedor pues nací sola y así moriré. Por un momento pensé que todo iba bien, tenía las mejores notas y dentro de mi cuadro de perfección está muy bien, pero era notable que algo andaba mal. Eran ocasionales esos ataques de ira, eran causados al mínimo roce hacia mi persona. Sentí que mi alrededor se volvió en mi contra, ya no podía seguir cargando tanto peso, tenía ganas de llorar y dejarlo todo. ¡Ya no quiero ser fuerte! Nunca me importó la crítica, pero me desgastaba esta forma de vida si es que puede llamarse vida y no importaban las palabras de nadie, me eran insignificantes.

Lo planeé con parsimonia y estaba segura de que no quería dolor ni sensaciones desagradables; al final no les

afectaría a segundas personas, se preguntarán por mi familia, pero este asunto no la compromete y ya dejé todo listo, para mí, mis padres un cargo de conciencia y de ineptitud, pues con sus infidelidades, vivían en otro mundo. No tengo miedo y tengo buenos recuerdos, pero ya no importa. Sólo necesitaba cuatro jeringas, nada complicado. Consulté Wikipedia y me mostró la ubicación de la carótida del lado derecho, con un plumón marqué su presencia pues durante el proceso perdería la coordinación, pero tenía que dar el mejor esfuerzo. Las descubrí y las posicioné frente a mí, me encontraba enfrente de mi tocador. Tomé la primera, dos mililitros por las personas que conocí, segunda tres mililitros por mi perfeccionismo, solo sentía los pinchazos y un poco de presión, tercera cuatro mililitros por todos los hombres que decían amarme, y sucedió algo inesperado.

Era Amador frente a mí, todo se detuvo por un segundo, fue tan lindo volver a verlo y decirle lo tonta que me porté, volví y todo se tornó más claro, solo fue una alucinación ¡Maldita sea! Me dolían los recuerdos, cuarta cinco mililitros, fue despreciable el momento, pero se terminó.

Bonita

ARLETTE TAIS VILLALOBOS MELÉNDEZ

I

Ese día me puse bonita. Arreglé mi cabello como nunca, lo alacé con la plancha de mamá y le coloqué un poco de su silica para oler a uva; me puse mi vestido de flores rojas con fondo blanco, que me compraron para mi cumpleaños número dieciséis y partí de mi casa para encontrarme con él. Era maravilloso, guapo, inteligente, atractivo; no podía existir alguien tan perfecto. Sabía escucharme, hablarme, descifrarme y reconstruirme. Éramos amigos con llamadas y mensajes, nunca con salidas o reuniones, nos dividía un monitor y ninguno tenía problema con ello.

Decidimos reunirnos en torno a una cafetería, después de habernos enviado cien cartas, miles de bellas palabras en las que yo le contaba todo sobre mí y él me respondía diciendo que yo era mejor que las siete maravillas del mundo.

Llegué a las 4:00pm, a esa hora era la cita y yo no quise estar tarde, no podía esperar para verlo. Por alguna razón él no llegaba, eran 4:30, 4:45 y las 5:00, pero nada. Entraba y salía la gente del lugar, el gerente y la mesera sólo me observaban, y yo tenía una mezcla de enojo y tristeza recorriendo mis venas.

Decidí salir y esperar por diez minutos más en el poste que estaba al doblar esquina, pero antes de que pudiera cumplirse ese tiempo, llegó una camioneta negra y dos tipos fornidos con paliacates en el rostro. Me colocaron un pañuelo con olor raro en la nariz y me tomaron fuertemente; eso es lo último que recuerdo, antes de perder el conocimiento.

Desperté con sangre en mi bonito vestido, me dolía la entrepierna y en mis brazos y vientre tenía pequeñas marcas en forma circular que aún me ardían. No me acordaba de nada, pero creo que eso era mejor.

II

No supe dónde estaba, me encontraba en un cuarto oscuro que, aunque tuviera una gran puerta, no quise acercarme siquiera. Comprendí que algo malo había ocurrido y pensé en echarle la culpa a Dios hasta que oí su voz, la voz de todas las llamadas que me habían erizado la piel y ahora me estaban causando escalofrío.

Entró y me vio con las rodillas encogidas, temblando de miedo; entonces se acercó un poco y con un tono perverso me dijo:

—Estabas bien buena, mi amorcito. Mejor que las siete maravillas juntas.

Exploté de coraje, entendí todo; le di una cachetada antes de que reaccionara y por consecuencia me tomó de forma agresiva del brazo, me aventó contra la pared y

[266] apretándome el cuello me dijo entre dientes:

— ¡No te quieras pasar de lista! Estás muy buena, pero yo no tolero pendejadas.

Encerrada en mi odio, no supe escuchar y lo mordí, eso aumentó su molestia y como resultado me tiró en el piso, se me subió, comenzó a besarme el cuello, inmovilizó mis manos y tocó mis piernas una y otra vez. Alzó mi vestido y bajó mi pantaleta; me violó de forma repugnante, puso su miembro dentro de mí y justo en el momento que (supongo) estaba en la cumbre de su placer bajó la guardia. Le piqué los ojos, se bajó de mí y tomó un arma de su pantalón, se puso de pie y gritó:

— ¡Tú no entiendes, chingada madre!

Me disparó en el estómago. Comencé a desangrarme y sentí el segundo dolor más grande de mi vida (el primero había sido apenas hacía unos minutos). Sentía la sangre que arrojaba la herida, de alguna forma sentí la muerte cerca y me inundé de calma. Lo que lamenté es que ese día me había puesto bonita y había decidido creer.

La última noche

DAFNE MICHELLE VIVEROS VELASCO

Mi hermana murió a la edad de dieciséis años, en un accidente. Cuando eso sucedió yo apenas tenía trece. Esa noticia cambió mi vida. Mi nombre es Catherine, pero la mayoría me dice Kate. Volviendo a lo anterior, todo ocurrió hace un año; sin embargo, parece que fue hace poco tiempo. Nunca me alcanzarán las palabras para explicar cómo me sentí cuando supe que ella había muerto.

Mis padres se separaron después de aquel suceso, por lo que tuve que sobrellevar dos fuertes situaciones. Estaba muy molesta y me sentía más sola que nunca.

La secundaria fue lo más difícil. Nunca fui una persona sociable, así que no tenía muchos amigos, y debido a lo acontecido, me aislé por completo de los demás. Asimismo, mi empeño académico se vio afectado, mi hermana siempre me ayudaba, y ahora no estaba. La escuela me causó un constante estrés.

Después de un tiempo, comencé a verla, veía a mi hermana en los lugares donde me encontraba. Parecía que me seguía y eso me tranquilizaba. En ocasiones le contaba lo que acontecía en la escuela, con mis padres y en la terapia. Ella nunca respondía y solo me miraba con una gran sonrisa, pero eso no me impedía seguir hablándole. Cuando le conté a mi madre lo que pasaba, ella se preocupó tanto que habló, después de mucho tiempo, con mi

Ambos decidieron llevarme con un psicólogo que me auxiliara con el trance que estaba sufriendo. Puedo decir que me alivió el poder contarle a alguien todo lo que me ocurría. Asistí a terapias varios meses, me comenzaba a sentir mejor. En una ocasión, mi terapeuta me pidió que escribiera todo lo que había sucedido, debía describir a mi hermana, explicar el cómo ocurrió el accidente y cómo me sentía; todo esto sería personal. Lo hice, y es por lo que escribo esto.

Mi hermana, una chica con una gran belleza, tenía el cabello café castaño y corto; era delgada, sus ojos, cafés claros, tenían debajo de ellos muchas pecas. Era una buena estudiante, aunque en algunas ocasiones, muy rebelde. Tocaba varios instrumentos, cantaba cuando estaba muy feliz. Era una persona afanosa y solícita. Para ella resultaba sencillo hacer amigos, congeniaba con las personas. Sin embargo, también era un poco terca, no le gustaba que la ordenaran, razón por la que tuvo muchas discusiones con mis padres. A veces salía de casa sin consentimiento, iba a fiestas y regresaba un poco ebria, esto fue la causa del infortunio.

Sucedió un viernes del mes de agosto. Mi papá nos llevó a cada una a nuestros colegios, como de costumbre. El día transcurría normal y llevábamos a cabo nuestra rutina. Salimos del colegio, pasaste por mí y nos dirigimos a casa mientras escuchábamos nuestra canción favorita; la última canción que escucharíamos juntas. Llegamos a nuestro hogar, comimos, hablamos con nuestros padres sobre los planes para el fin de semana. Después te sentaste a leer

tu último libro, nunca sabrás el desenlace de esa historia. En la noche te diste tu último baño y te arreglaste para salir a otra fiesta, mientras nosotros veíamos la televisión. Te despediste sin saber que sería tu adiós definitivo.

Era ya de madrugada y tú no respondías el teléfono. Mamá estaba preocupada, mientras mi padre cada vez más molesto. Decidieron ir al lugar de la fiesta. Había muchos chicos; mi padre entró a buscarte, pero no estabas por ningún lado, así que preguntó por ti, muy alterado. Escuchó que te habías ido con tus amigos en un auto e inmediatamente salimos en el nuestro a buscarte. Recorrimos las calles cercanas, pero no te encontramos. A continuación, llegamos a una avenida y presenciamos el accidente, al parecer el conductor estaba tan alcoholizado que perdió el control. El automóvil estaba volcado y totalmente inservible. Tú y tres amigos más estaban ahí; mamá comenzó a llorar al mismo mi tiempo que papá miraba perplejo; yo estaba destrozada, pensaba en todo lo que hicimos por última vez y no me parecía suficiente. No sobreviviste, ni siquiera los demás chicos, pero solo me importabas tú. Cuando mis padres se acercaron a mí, supe lo que iban a decir, decidí ahorrárselos y solo lloré.

Emily, por primera vez puedo pronunciar tu nombre, después de mucho tiempo, y ya no duele hacerlo. Si hubiera sabido que escucharía esa canción contigo por última vez, la hubiera repetido. Mi vida cambió completamente sin ti, pero aprendí a ser independiente, y creo que por primera vez puedo hablar de ti sin sentirme tan mal. Me cuesta pensar que en un tiempo seré mayor que tú.

Sé que nunca podrás leer esto, no obstante, quisiera que lo hicieras y te dieras cuenta de lo difícil que ha sido para mí, sin embargo, sigo aquí. Por fin me siento lista para dejarte ir, para decirte adiós, aunque eso implique no verte más, pero puedo hacerlo. Gracias por enseñarme un poco de la vida, y por el inmenso cariño que siempre me mostraste.

Adiós para siempre, Emily.

Agradecimientos

Agradecemos a los alumnos por su participación comprometida y entusiasta, por compartir con nosotros su creatividad y sensibilidad.

Al Dr. Benjamín Barajas Sánchez, Director General del Colegio de Ciencias y Humanidades, y a la Mtra. Mayra Monsalvo Carmona, Secretaria Estudiantil del Colegio, por su valioso apoyo para hacer realidad la presente antología.

Al Prof. Leonel Robles Robles, por su colaboración en la selección de textos y el trabajo realizado en los talleres de creación literaria.

Y, por supuesto, a la profesora Cristina Arroyo Estrada, Coordinadora del Área de Literatura del Departamento de Difusión Cultural del CCH, quien desde la primera emisión de esta antología ha participado recopilando los textos de los alumnos y coordinando su presentación.

Rommy Guzmán



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Graue Wiechers

RECTOR

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

SECRETARIO GENERAL

Dr. Alfredo Sánchez Castañeda

ABOGADO GENERAL

Dr. Luis Álvarez Icaza Longoria

SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Dra. Patricia Dolores Dávila Aranda

SECRETARIA DE DESARROLLO INSTITUCIONAL

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo

SECRETARIO DE PREVENCIÓN Y SEGURIDAD UNIVERSITARIA

Mtro. Néstor Martínez Cristo

DIRECTOR GENERAL DE COMUNICACIÓN SOCIAL



ESCUELA NACIONAL
COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Dr. Benjamín Barajas Sánchez
DIRECTOR GENERAL

Mtra. Silvia Velasco Ruiz
SECRETARIA GENERAL

Lic. María Elena Juárez Sánchez
SECRETARIA ACADÉMICA

Lic. Rocío Carrillo Camargo
SECRETARIA ADMINISTRATIVA

Mtra. Martha Patricia López Abundio
SECRETARIA DE SERVICIOS DE APOYO AL APRENDIZAJE

Lic. Miguel Ortega del Valle
SECRETARIO DE PLANEACIÓN

Lic. Mayra Monsalvo Carmona
SECRETARIA ESTUDIANTIL

Lic. Gema Góngora Jaramillo
SECRETARIA DE PROGRAMAS INSTITUCIONALES

Lic. Héctor Baca Espinoza
SECRETARIO DE COMUNICACIÓN INSTITUCIONAL

Ing. Armando Rodríguez Arguijo
SECRETARIO DE INFORMÁTICA



DIRECTORIO DE PLANTELES

Dr. Javier Consuelo Hernández
AZCAPOTZALCO

Mtro. Keshava Rolando Quintanar Cano
NAUCALPAN

Lic. Maricela González Delgado
VALLEJO

Mtra. María Patricia García Pavón
ORIENTE

Mtro. Luis Aguilar Almazán
SUR

DEPARTAMENTO EDITORIAL

Héctor Baca Espinoza
DIRECCIÓN EDITORIAL

Marcos Daniel Aguilar Ojeda
REVISIÓN EDITORIAL

Evelyn Castro Trejo y Mario Alberto Medrano
COORDINACIÓN EDITORIAL Y CORRECCIÓN

Ivan Cruz
DISEÑO Y ARTE



DEPARTAMENTO DE DIFUSIÓN CULTURAL

Profa. Rommy Alejandra Guzmán Rióna

Profe. Mario Rangel Rangel

Profa. Gloria Bibiana Ornela Méndez

Profa. Cristina Arroyo Estrada

Profe. Luis Brandon Ibarra García

MEMORIAS *CECEHACHERAS* ENTRE EL 19 Y EL 20

Se terminó de imprimir el 31 de marzo de 2022 en los talleres de la Imprenta del Colegio de Ciencias y Humanidades, Monrovia N. 1, 002, colonia Portales Sur, C.P. 03300, Alcaldía Benito Juárez, CDMX.

La edición consta de 500 ejemplares con impresión offset sobre papel bond ahuesado de 90 grs. para los interiores y cartulina sulfatada de 12 pts. para los forros.

El diseño y formación estuvo a cargo de Ivan Cruz. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Evelyn Castro Trejo y Mario Alberto Medrano.